

RABIOSAMENTE ENAMORADOS



PATTY LOVE

Rabiosamente enamorados

Patty Love

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Rabiosamente enamorados

Patty Love©, enero 2019

Imagen de portada: FreePick

ISBN: 9781794248069

1

—¿Verdad que el pequeño Andrew es un bebé divino? —preguntó Carol Kelles, la recepcionista de Lefkowitz y Maddox Asociados, en cuanto vio a Liza Brown entrar por la puerta, mostrándole en la pantalla de su teléfono móvil la foto que todos en el despacho habían recibido esa misma mañana del retoño de Lewis Maddox, uno de los jefes, y su novia Gene Johnson.

—Es precioso —respondió Liza—. No había visto un niño tan guapo desde que me enseñaste la foto de tu nieto —añadió, ganándose una sonrisa de Carol, que había sido abuela por tercera vez el pasado enero.

—El pequeño Pete es tan guapo que parece una niña —confirmó la abuela de la criatura, con una amplia sonrisa esbozada en la cara.

—Sin duda es un niño precioso —corroboró Liza—. ¿Has encargado ya a la floristería que le envíen un centro de flores a Gene de parte del bufete? —Gene no solo era la pareja de Lewis, uno de los dos socios nominales del bufete, también era compañera de trabajo, pese a que los últimos meses había estado de baja debido a su embarazo de riesgo, que finalmente había terminado muy favorablemente. No había más que ver al pequeño Andrew. Era perfecto a la vista y gozaba de una salud excelente, según el informe pormenorizado que el recién estrenado padre había enviado a todos con el memorándum de la buena noticia.

—Por supuesto, lo primero que he hecho nada más llegar —confirmó la recepcionista, orgullosa de estar al tanto de todos los detalles que concernían al despacho de abogados para el que llevaba más de veinte años trabajando.

—Estupendo. Luego me escaparé un rato a ver al pequeño Andrew y a la madre, que debe estar radiante de felicidad. ¿Supongo que a Lewis no se le habrá pasado por la cabeza venir a trabajar?

—No. —Carol sacudió la cabeza, sonriendo—. Ese hombre no es el mismo desde que la señorita Johnson entró en su vida. Ha sido una bendición para él y para todos.

—Desde luego que sí —afirmó Liza, mirando su reloj de pulsera. Si no andaba mal de memoria tenía una cita concertada con una tal Kasey Blake en

diez minutos y al parecer su cliente no había llegado todavía, puesto que los asientos de la sala de espera estaban vacíos.

—¿Cómo tengo la agenda esta mañana? —preguntó, pensando en buscar un hueco para hacer esa pequeña escapada al hospital antes de comer.

Carol desvió la mirada a su pantalla de ordenador para revisar la agenda de la señorita Brown. Además de ser la recepcionista, también hacía las funciones de secretaria de la abogada de familia del bufete.

—Tiene una cita a las 9:00 con la señora Blake, que llamó hará una media hora para informar que sería puntual y que no la hiciéramos esperar, pero de momento no ha llegado. A las once tiene una cita con los Callaghan y luego no tiene nada más apuntado hasta la tarde.

Liza asintió y se dirigió alegre a su despacho, pensando que últimamente el bufete era un hervidero de felicidad, todos por allí estaban pensando en casarse, comprometiéndose o trayendo niños al mundo, en contraposición a su trabajo, que consistía básicamente en sentar, en el mejor de los casos, unas buenas bases para repartir lo que se había amasado fruto del amor a lo largo de un matrimonio que, por desgracia, había fracasado.

Su trabajo como abogada de familia, especializada en divorcios, le encantaba, pero no era muy reconfortante en ese aspecto, ya que cuando los clientes acudían a ella era precisamente porque la separación no era muy amistosa que digamos. A menudo tenía que vérselas en medio de airados conflictos irreconciliables, donde las partes estaban más por la labor de tirarse a la cabeza los platos de la vajilla que eligieron en un principio con tanto amor que en cómo repartirla amigablemente.

De su cita de las nueve poco sabía, pero suponía que tendría que lidiar con un hombre despechado con una mujer a la que ahora detestaba, y que este no querría soltar ni una libra para seguir sufragando el ritmo de vida que había llevado su querida esposa cuando todo funcionaba de perlas.

Se sentó a su mesa y dejó encima el vaso de café que había recogido en la cafetería de la esquina antes de subir al despacho. Repasó la superficie comprobando que todo se encontraba en su lugar, salvo uno rotulador verde que se había torcido un poco. Lo enderezó y luego encendió el ordenador portátil para leer la prensa diaria. Le gustaba estar al tanto de la actualidad nacional e internacional y seguía *on line* las noticias de los principales medios de prensa de Escocia.

Sorbiendo con cuidado el café, leyó por encima los titulares de primera plana y después pinchó en el enlace de sociedad, donde se informaba sobre las

bodas y divorcios de las personas más influyentes del país. Entre cuatro bodas y un funeral, vio que Olivia Milo, una supermodelo de cuerpo escultural y cara de ángel, había anunciado su divorcio, tras solo seis meses casada con el solista del grupo Rage Veuble, una banda de rock muy famosa en todo Reino Unido y que hacía estragos entre los adolescentes. En su opinión eran demasiado escandalosos y sus letras hirientes y a menudo soeces.

Estaba pensando en la suerte que tendría si la modelo la contratara para llevarle el asunto del divorcio, un cliente de ese calibre podría suponer una fuerte inyección de ingresos al bufete y en especial a su cuenta personal, cuando el teléfono fijo sonó. Levantó el auricular sabiendo que era Carol quien la llamaba, su extensión aparecía iluminada en la pantalla, y respondió con una sonrisa esbozada.

—Señorita Brown, está aquí la cita de las nueve —anunció la recepcionista.

—Estupendo, haga pasar a la señora Blake.

Al otro lado, Carol dudó un poco.

—Verá, es que no viene sola.

—Pues haga pasar a la señora Blake y a su acompañante.

—Es que son unas... —La recepcionista, desde su posición tras el mostrador, contó la gente que había frente a ella antes de seguir hablando—... Siete personas.

—¿Siete? —Liza, en su sitio, sacudió la cabeza sorprendida y, tras mirar las dos sillas que tenía en el despacho para recibir a las visitas, dijo—: Acompañe a la señora Blake y demás personas a la sala de reuniones. Creo que allí estaremos más cómodos. Enseguida me reuniré con ellos.

Mientras cogía una libreta para tomar notas y su pluma estilográfica, se preguntó quién sería esa señora Blake para precisar la compañía de seis personas para asistir a una reunión con una abogada. Se terminó de un trágó el café y encestó el vaso en la papelera.

Recorrió el pasillo hasta la sala de reuniones y, ya en el umbral de la puerta, se detuvo un poco para observar a toda esa gente de aspecto moderno que había invadido la estancia. Uno de ellos, un tipo moreno de pelo largo y barba de náufrago se había aposentado en la silla presidencial y tenía cómodamente apoyados los pies encima de la mesa de caoba; a su lado, una chica escuálida de cabello extremadamente corto rubio platino, con más anillos en las orejas que Saturno, gritaba a alguien con quien mantenía una conversación por teléfono; los otros cinco chicos parecía que habían caído

desde un helicóptero directamente sobre las sillas, a juzgar por la postura desmadejada que lucían con la cabeza caída a un lado y los brazos descolgados hasta el suelo. A Liza la curiosidad le pinchaba en el cerebro, ¿quién era toda esa gente? Tomó aire profundamente y entró en la sala con aire decidido.

—Buenos días —saludó con una sonrisa cordial, a la vez que se dirigía a la silla enfrentada a la presidencial—. Soy Liza Brown. ¿Le importaría quitar los pies de encima de la mesa? —le habló de buenas maneras al tipo de las greñas, que la miró fijamente con cara de perdonarle la vida durante unos segundos antes de bajar las piernas.

Luego dirigió la mirada a la chica rubia, que ahora se encontraba de espaldas, mientras, a gritos, le decía a su interlocutor que se las iba a pagar muy caro. Supuso que esa chica gritona, pese a que parecía muy joven, era la señora Blake, pues era la única persona, aparte de sí misma, del sexo femenino en aquella sala. Esperó pacientemente a que esta cortara la llamada y se sentara a la mesa para iniciar la reunión.

—Usted dirá, señora Blake —le dijo Liza a la chica y esta la miró abriendo los ojos de par en par, antes de explotar en una sonora carcajada que dejó a Liza del todo descolocada.

—¿Perdona? —dijo aún entre risas, echándose hacia atrás en el asiento.

Liza sacudió la cabeza y miró al resto de los presentes sin entender nada.

—¿Es usted Kasey Blake o me equivoco? —Liza estaba empezando a pensar que se había equivocado de clientes.

—¿Tengo cara yo de llamarme Kasey? —preguntó la chica en tono burlón y se rio de nuevo.

—Bueno, no lo sé. ¿Tengo yo cara de llamarme Liza? —le repuso la abogada en tono serio.

La chica dejó de reír y miró al tipo de las greñas, que asintió con la cabeza.

—Diría que sí —respondió con una sonrisa burlona.

—De acuerdo —dijo Liza y se encogió de hombros—. Si no es usted Kasey Blake, ¿sería tan amable de decirme con quién hablo?

—Me encanta. Me encantas, tía, eres la leche —dijo la rubia y los cinco estrellados se echaron a reír como si esa chiquilla hubiera dicho algo gracioso. Momento en el que Liza pensó que estaba siendo víctima de una cámara oculta. Había escuchado hablar de un nuevo programa de ITV en el que hacían ese tipo de cosas. Estaba a punto de decírselo a aquellas personas,

cuando el de las greñas le hizo un gesto con la mano a la chica y esta se puso seria o, al menos, lo intentó, ya que la sonrisilla permanecía indomable en su rostro—. Me llamo Cinthya y soy la asistente personal de Kasey Blake —dijo, señalando con una especie de gesto reverencial al tipo de las greñas.

—Entiendo —dijo Liza, centrando la mirada en su verdadero cliente y que hasta el momento no había abierto la boca para decir nada—. ¿El señor Blake no habla?

La chica volvió a explotar en una carcajada y Liza empezó a sentirse bastante irritada con la situación. Esperaba que todo aquello no fuera una broma de mal gusto y que aquel hombre estuviera allí con la firme intención de contratar sus servicios, porque de momento lo único que habían hecho era hacerle perder el tiempo y crisparla, y eso era algo bastante difícil, ya que Liza tenía la paciencia de un santo.

—Habla —afirmó la rubia impertinente—. Pero solo cuando es imprescindible.

—¿No piensa que el motivo que le trae aquí hace imprescindible que hable? —A Liza todo aquello le parecía absurdo y una completa desfachatez.

—No, siempre y cuando yo pueda transmitirlo.

—¿Cree usted que podrá hacerlo? —Liza no pudo evitar sonar un poco antipática.

La rubia se enderezó en el asiento y levantó su fina naricilla como si algo en el ambiente oliera mal.

—Kasey ha sido recientemente intervenido de unos pólipos en las cuerdas vocales por lo que debe mantener reposo vocal. O sea, no utilizar para nada la voz —informó con aire repelente.

Liza miró al tipo de las greñas, sintiéndose una completa imbécil, y este se encogió de hombros esbozando una sonrisa irónica. Se levantó y, dirigiéndose a él, le tendió la mano.

—Lo siento, señor Blake. En primer lugar, ha habido un malentendido, puesto que pensaba que se trataba de una mujer y, en segundo lugar, lamento haber sido impertinente, ya que desconocía el origen de su mudez y he supuesto que me estaban tomando el pelo. —Liza no era de andarse con tonterías y quería poner cuanto antes todos los puntos sobre las íes.

El tipo le sonrió y asintió, poniéndose de pie, luego le envolvió la mano con las suyas. Tenía unas manos enormes y cálidas de dedos largos y finos y, visto de cerca, unos ojos negros penetrantes que parecían capaces de meterse dentro de la cabeza de cualquiera y leer el interior.

—Nos han dicho que usted es la mejor especialista en divorcios de toda la ciudad y Kasey necesita la mejor —intervino de nuevo la asistente.

Liza se ruborizó un poco. Aunque era algo que siempre le decían, no terminaba de acostumbrarse a los halagos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para resolver ventajosamente la disolución de su matrimonio, señor Blake.

—A Kasey no le gusta que le digan señor Blake —añadió la rubia con retintín.

—Está bien, pero yo prefiero seguir usando señor Blake, si no le importa. A mí si lo desea puede tutearme, cuando esté en disposición de hacerlo, es decir, cuando pueda hablar. —Liza habló un poco más relajada, aunque la intensidad de los ojos de ese tipo fijos en su cara la estaban poniendo algo nerviosa.

2

—Pues ustedes dirán —dijo Liza, adoptando de nuevo ese tono profesional que tan bien se le daba.

Cinthy borró por fin la sonrisa de la cara y miró seria a la abogada que les habían recomendado, no solo porque gozaba de gran prestigio en Edimburgo, sino porque además era bien conocido en el mundillo legal que Lefkowitz y Maddox Asociados era el bufete que más pleitos había ganado en las últimas décadas a AD Lawyers, despacho al que pertenecía el abogado contratado por la todavía mujer de su jefe.

—Kasey quiere divorciarse de Olivia Milo. No sé si estará al corriente de quién es esta señora. —Cinthy casi escupió la palabra—. Pero es bastante famosa por su trabajo como modelo.

Liza en su asiento trató de controlar sus expresiones corporales, acababa de dar un brinco de alegría por dentro al escuchar el nombre de la top model. Justo unos momentos antes había estado conjeturando con lo que le gustaría llevarle el divorcio y, mira por dónde, tenía sentado delante al otro en discordia. Por tanto, este hombre debía ser el solista de ese famoso grupo tan ruidoso, Rage Veuble.

—¿Hay algún motivo que haya provocado el divorcio? —preguntó Liza con sumo interés.

La chica miró desconfiada alrededor como si estuviera buscando alguna cámara o micrófono oculto.

—Le recuerdo que todo lo que me diga es confidencial. No saldrá de estas cuatro paredes —comentó Liza a Cinthy, que de nuevo miró a su jefe para pedir confirmación. Kasey hizo un leve gesto con la cabeza y la chica se decidió a hablar.

—Es que la prensa es carroña, ¿sabes? Uno no sabe ya de dónde va a salirte un paparazzi.

—Entiendo. Prosiga, puede estar tranquila. Debe confiar en mí y contarme toda la verdad. Para llevar óptimamente el asunto debo conocer bien todos los detalles.

Cinthy asintió y dijo:

—Ellos dos tenían un acuerdo.

—¿Un acuerdo verbal?

—Sí —respondió Cinthya—, pero Olivia ha decidido saltárselo.

—¿Qué acuerdo era ese? —inquirió Liza cada vez más interesada.

—Antes de casarse decidieron de común acuerdo no tener hijos y ella... —bufó molesta—... Ella se ha quedado embarazada pasando de todo.

—¿Y usted no está de acuerdo, señor Blake? —se dirigió esta vez al cantante que callado, dada su situación de reposo vocal, escuchaba a las dos mujeres.

—Claro que no está de acuerdo —contestó Cinthya alterada—. Por eso estamos aquí. Esa mujer se ha pasado el acuerdo por el forro de las bragas. Aún no hace un año que se casaron y se ha quedado embarazada con toda su mala fe.

Liza no sabía qué pensar sobre aquel asunto. No consideraba que Olivia hubiera hecho algo del otro mundo. Una persona podía cambiar de opinión con el curso del tiempo.

—Pero ¿el hijo es suyo? —se atrevió a preguntar con cautela.

—Suponemos que sí —respondió la asistente de malos modos.

—Tal vez sería interesante pedir una prueba de paternidad. El hecho de que haya descendencia por medio complica un poco las cosas en caso de conflicto. De todos modos, lo mejor para ambas partes es llegar a un acuerdo amistoso. ¿Están en régimen de separación de bienes gananciales?

—No —respondió Cinthya.

—De acuerdo. Necesito que me proporcionen un listado de todos los bienes en común, y estaría bien que Kasey me indicara cuáles de esos bienes quiere quedarse sin opción a negociación, si es que hay alguno. Cuando disponga de toda la información relevante, la estudiaré y tras convenir con usted los pormenores de la repartición, me pondré en contacto con el abogado de Olivia para concretar una reunión y tratar de llegar a un acuerdo satisfactorio para las dos partes —explicó Liza a su cliente—. Por cierto, ¿saben ya quién es el abogado que le lleva el divorcio?

—AD Lawyers.

Liza se rascó la barbilla y asintió. Conocía bien al abogado de familia de ese bufete, Thomas Cook. Ya se las había visto anteriormente con ese cara de hurón. Era un buen profesional y sabía que, de ponerse la cosa fea, sería implacable y no dudaría en sacar a relucir todos los trapos sucios de Kasey

Blake.

En ese momento, en otra parte de la ciudad, y, más en concreto, en las oficinas de AD Lawyers tenía lugar una reunión de carácter similar a la que acontecía en Lefkowitz y Maddox Asociados. Olivia Milo se había citado con su abogado para disolver su matrimonio con Kasey Blake. Seguía enamorada del que pronto sería su exmarido, pero este le había pedido el divorcio en cuanto le comunicó que estaba embarazada. Era muy consciente de que había roto el acuerdo verbal establecido por ambos antes de casarse, pero no había sido de forma intencionada. Esas cosas sencillamente pasaban y a ella le había fallado la píldora anticonceptiva.

En su mente no había entrado tener hijos hasta que tuvo la prueba de confirmación en la mano. En ese momento un fuerte instinto maternal se instauró en su corazón, así como una fuerte negativa a abortar aquella criatura que Dios había tenido a bien traer al mundo. No pensaba que Kasey fuera a tomárselo a la tremenda, después de todo, ellos se amaban, o eso pensaba Olivia que, con ojitos enrojecidos y la voz tomada de tanto llorar, trataba de mantenerse templada mientras Daniel Greco le hacía las preguntas de rigor.

El abogado era un hombre muy agradable y atractivo, debía rondar los treinta, y lucía un afeitado perfecto a conjunto con su estudiado corte de cabello, muy distinto al de Kasey, siempre con aire despeinado. Sus grandes ojos pardos irradiaban seguridad en sí mismo y confianza, y tenía una sonrisa comedida, pero bonita. Sí, no se podía negar que Daniel Greco era un hombre indudablemente atractivo y ese leve acento extranjero que teñía peculiarmente su correcto inglés aún lo hacía más atractivo a los ojos de cualquier mujer.

—No se preocupe, Olivia. Estoy seguro de que podremos obtener el divorcio con brevedad y de forma satisfactoria para ambas partes. —Danny Greco se puso en pie y se acercó a la modelo.

Era una mujer bellísima, casi parecía un ángel, con aquel cabello que de tan rubio era casi blanco y su piel delicada y perfecta que parecía hecha de cerámica. De hecho, sabía que en alguna ocasión había desfilado para Victoria's Secret. En cuanto a su cuerpo, era demasiado delgada para el gusto del abogado y, quizá, demasiado alta también, ya que había podido comprobar al estrecharse las manos que incluso sin tacones eran prácticamente de la misma estatura, y Danny no se consideraba, con su metro ochenta, ni mucho menos un hombre bajo.

Ella asintió, enjugándose las lágrimas con un pañuelo de papel, que

arrugado se reservaba en la mano para tal fin, y él se compadeció de nuevo de ella. Pobre mujer. Embarazada de apenas dos meses y tener que estar lidiando con un divorcio que no deseaba. El marido debía ser un excéntrico artista con aires de divo, no podía comprender los motivos que podía tener para querer dejar a su mujer y futuro hijo. No debía tener corazón. Si bien era cierto que se había establecido un acuerdo verbal previo por parte de ambos con el deseo común de no tener hijos, eso era algo que podía cambiar con el tiempo. Aquel tipo debía ser un hombre despreciable. ¿Qué clase de persona no quería tener hijos?

—Recuerde enviarme cuanto antes el listado de bienes comunes y de indicarme en este, cuáles son aquellos que le gustaría mantener en posesión — le recordó antes de dar por zanjada la reunión con la desdichada modelo.

3

—Estoy a punto de subir al tren —avisó Liza a su amiga Brenda—. Llegaré a las siete, pero no hace falta que vengas a recogerme. Tomaré un taxi.

—Estoy deseando verte —comentó Brenda al otro lado de la línea de teléfono.

—Y yo. Es imperdonable que solo estemos a cincuenta minutos en tren y no nos veamos con más frecuencia —comentó Liza, subiendo al tren con la maleta a cuestas—. Deberíamos quedar al menos una vez al mes.

—Siempre decimos lo mismo y, por h o por b, luego no lo hacemos.

—Esta vez lo digo muy en serio.

—Eso es algo que también siempre decimos —le repuso Brenda riendo.

—Te dejo, que voy a colocar la maleta.

—Un beso. Nos vemos en nada —se despidió Brenda.

Liza se guardó el móvil en el bolsillo trasero del vaquero y se dispuso a cargar la maleta en el portaequipajes sobre los asientos. El vagón iba repleto, muchos glasgüenses, dada la prudente cercanía entre ambas ciudades, se desplazaban cada mañana a Edimburgo para luego regresar a Glasgow al terminar la jornada laboral. Aquel día, además, tenía el añadido de que era viernes, y a los trabajadores habituales se sumaban los estudiantes que volvían a sus hogares para pasar el fin de semana.

Y allí estaba Liza, que había decidido ir a visitar a su amiga Brenda Kirkpatrick, a la que no veía desde Navidad, cuando esta fue a Edimburgo a pasar unos días con su familia. La echaba mucho de menos, Brenda era una de sus mejores amigas y de las pocas todavía solteras. Mantenían el contacto y trataban de quedar tantas veces como les fuera posible, pero el traslado por motivos profesionales de Brenda a Glasgow, hacía ya un par de años, había supuesto un distanciamiento impuesto por los kilómetros que ambas trataban de paliar con largas conversaciones de WhatsApp o llamadas telefónicas. Liza sabía que esas charlas distendidas también verían su fin el día que una de ellas encontrara un hombre con el que ocupar los momentos de ocio, pues eso era lo que había ido sucediendo con el resto de amigas.

—Disculpa, ¿está libre ese asiento? —Una voz masculina la detuvo en sus intenciones de colocar la maleta en el portaequipajes. Sin mirar al interlocutor, respondió:

—Está libre.

—¿Me dejas pasar? —dijo el propietario de la voz, haciendo el amago de salvarla para tomar asiento.

—¿Se puede esperar a que deje la maleta ahí? —respondió algo crispada por la impaciencia de aquel hombre.

—Perdona, no me había dado cuenta.

—Pues es bastante obvio que es lo que quiero hacer —refunfuñó, agarrando de nuevo el asa de la maleta.

—Déjame que te ayude.

—Puedo sola —le repuso Liza entre dientes, cargando la maleta y subiéndola a peso hasta el portaequipajes. Pero al tratar de encajarla en el hueco, se dio cuenta de que no cabía. Un poco molesta por la contrariedad empezó a sacudir la maleta a los lados, tratando de ampliar el hueco disponible a golpes.

Danny observó toda aquella maniobra, divertido. Era brava la chica, eso era algo que no se podía negar, ni tampoco que era muy atractiva.

—Espera, espera, mujer, te ayudaré. —Liza escuchó decir al hombre y puso los ojos en blanco. Pero qué cretino—. A no ser que eso pueda herir tu sentido del feminismo —añadió con un cierto tono burlón que no le pasó desapercibido a Liza, que se detuvo en el acto en su empeño por buscar a la fuerza un espacio para la maleta y se volvió, con los ojos rabiosos, hacia el propietario de tal estupidez. Tuvo un momento de incertidumbre. Aquel hombre era guapo de verdad, con su espesa mata de pelo oscuro, esos ojos pardos que brillaban chistosos y esa sonrisa descarada que pedía a gritos guerra. Pero ¿qué clase de guerra?

—Lo único que me hiera es que sea tan troglodita como para referirse a mí con *mujer* —le replicó recuperando la compostura.

—Eres una mujer, ¿no? —dijo Danny, haciéndole un repaso de los pies a la cabeza, decidiendo en el acto que la mujer que tenía delante, ni muy alta ni muy baja, no excesivamente delgada, y carita enfurruñada pero bonita, era muy de su gusto.

—Por supuesto —dijo ella sin sonreír.

—Y yo soy un hombre —le repuso él en broma.

—Es evidente. — Su mirada se distrajo con el vello negro que asomaba

por la línea del cuello de su camisa blanca.

—Puedes llamarme *hombre* si quieres, no me importa.

—¿Y por qué iba a hacer yo tal cosa? —le replicó Liza sulfurada, volviendo a centrar la mirada en los preciosos ojos pardos de ese hombre tan exasperante.

—¿Y por qué no?

Liza bufó y apartó la mirada de la cara burlona de Danny. Volvió a posarla sobre la maleta que, entre unas cosas y otras, seguía en sus manos, y luego miró desesperanzada el hueco del portaequipajes, donde estaba claro que no cabía.

—Haremos una cosa —dijo él a su lado en tono conciliador—. Si te parece bien —prosiguió con las palmas en alto y una media sonrisa tan sexy esbozada que a Liza se le secó la boca—. Yo hago un poco de hueco aquí, moviendo —fue explicando con parsimonia, mientras empujaba un trolley de grandes dimensiones a la derecha— esto aquí y tú colocas la maleta ahí —terminó de hablar haciendo una especie de floritura con la mano para indicarle que ya podía dejar la maleta sin problema en el portaequipajes.

Liza asintió muy a su pesar, si bien el tipo era un poco impertinente, le había servido de gran ayuda. Subió la maleta y la introdujo en el hueco, sin poder evitar que el hombre se entrometiera de nuevo, ayudándola sin permiso a empujarla para encajarla hasta el fondo. Una de sus manos rozó por un instante la suya y Liza sintió una especie de corriente eléctrica traspasándole la piel y recorriéndole a continuación el brazo hasta llegarle al pecho, acelerándole de pronto el corazón. Lo miró de nuevo y se sintió nerviosa. Él sonrió, hinchado como un pavo de Navidad.

—Ya está. Arreglado. Si me hubieras dejado desde el principio habríamos terminado enseguida con el asunto.

—¿Y por qué debía hacerlo? Podía haberlo hecho sola perfectamente si me hubiera dado tiempo a reaccionar. Pero claro —sonrió con ironía—, los hombres siempre piensan que las mujeres los necesitamos para todo y presuponen que deben salir a nuestro rescate a la mínima, tal cual princesitas en apuros —se jactó con una hueca carcajada.

Danny negó con la cabeza y sonrió. Tenía delante precisamente el tipo de mujer que le gustaba, guapa y un poquito difícil, a no ser que fuera lesbiana. En ese caso, lo tenía muy difícil, aunque no imposible.

—Y tú estás presuponiendo que mi amabilidad se debe a que eres una mujer guapa, pero no es así, lo hubiera hecho igualmente por un hombre.

Liza lo miró irritada. Muy típico. Guapo y gilipollas. Pero ¿de verdad pensaba que era guapa? ¿Y por qué se lo había dicho? ¿Trataba de ligar con ella? ¿Y quién se pensaba que era para ligar con ella en un tren? ¿Tenía ella acaso pinta de ser una desesperada en busca de un ligue esporádico con la que echar un polvo apresurado y sudoroso en los estrechos y sucios aseos del tren?

A Liza unas cuantas preguntas se le amontonaron de golpe en la cabeza. Algunas incluso le parecían excitantes, aunque muy improbables. Ella nunca tocaría ninguna superficie de un aseo público con su trasero desnudo, pero... ¿Quizá el podría levantarla a peso? Tenía pinta de poder hacerlo. La manga larga de su camisa no dejaba ver sus bíceps, pero parecían desarrollados, no excesivamente, pero sí sólidos y fuertes. Justo el tipo de bíceps que a ella le gustaría acariciar mientras lo sentía empujando... «Para, cabeza», se dijo, empezando a acalorarse.

—¿Tienes intención de sentarte hoy? —Danny interrumpió los pensamientos de Liza, y ella volvió a centrar la mirada en su atractivo rostro con un rápido parpadeo, que a él le pareció muy sugerente, aunque también le parecía bastante obvio que aquella mujer no estaba tratando de coquetear.

—Sí, claro. ¿Prefiere ventana o pasillo? —dijo ella para salvar la incomodidad de haberse quedado en Babia pensando en calidad de sus brazos.

Danny abrió los ojos, gratamente sorprendido ante aquel ofrecimiento, y respondió:

—Bueno, no pensaba que me dieras a elegir, pero, ya que lo preguntas, prefiero ventana.

—Yo también —dijo Liza, dirigiéndose con rapidez al asiento de la ventana y sentándose en este con la espalda bien erguida.

—Entonces, ¿para qué preguntas? —refunfuñó Danny tomando el otro asiento.

—Es lo correcto, pero, dado que es un hombre tan educado y gentil, he supuesto también que me cedería encantado el asiento de ventana.

4

Liza clavó la mirada en el cristal, esperando que el tren se pusiera en marcha y rebufó. Ahora recordaba por qué no iba con más frecuencia a visitar a Brenda. Los espacios cerrados la ponían en un estado de nervios extremo. Tanta gente respirando el mismo aire una y otra vez no podía ser algo salubre, todo lo contrario, aquel ambiente debía ser un hervidero de virus y bacterias. Pensar aquello todavía la puso más nerviosa.

Poco después, el convoy echó a andar y respiró pausadamente tratando de calmarse. Se pasó la mano por el muslo, alisando una arruga inexistente en la tela de sus vaqueros, que al ser de tejido elástico se le ceñían a la carne de tal modo que imposibilitaban la presencia de cualquier signo de arruga, y luego levantó la vista para mirar disimuladamente a su compañero de viaje. Este se había puesto unos auriculares retro y Liza podía escuchar sin problema la música desde su posición. Debía tener el volumen a un nivel endiablado, tanto como el género musical que escuchaba. ¿Qué era eso? ¿Música satánica?

No se podía negar que era muy atractivo. El denso cabello castaño era algo más largo en la parte superior, luciendo estudiadamente despeinado en esa zona y con algunos mechones caídos sobre la frente, que clamaban ser tocados para llevarlos a su lugar por derecho. Tenía la tez oscura y los ojos de un tono pardo fantástico, matizado con motitas amarillas, poco habitual entre los escoceses, y unos labios gruesos tan apetecibles que parecían haber sido concebidos para besar y ser besados. No se dio cuenta de que su mirada disimulada había dejado de serlo hacia un buen rato hasta que él le habló.

—¿Eres de Glasgow?

Liza levantó con rapidez la vista de sus labios y la centró en sus ojos, sintiendo que la vergüenza se apoderaba de su cara, tiñéndole las mejillas de rojo. Un intenso calor la invadió por dentro.

—No —respondió escueta e incómoda, desviando de nuevo la mirada al frente. Su cuerpo actuaba con libre albedrío.

Danny sonrió moviendo la cabeza a los lados, sacó el *The Guardian* del día de su mochila y se puso leer. Había estado muy ocupado y no había tenido

tiempo de ponerse al día con la prensa.

Comenzó por los titulares, leyendo las noticias internacionales y nacionales más importantes, y luego empezó a hojear hasta llegar a la sección de sociedad. El titular anunciando el inminente divorcio de su cliente, la modelo Olivia Milo, del famoso cantante del grupo de rock Rage Veuble, captó de lleno su atención y empezó a leerlo. No llevaba leídos más de diez renglones, donde se explicaba que la pareja, que se había casado hacía apenas seis meses en un complejo paradisiaco en Bali, tras llevar solo un mes de relación, no conseguían llegar a un acuerdo, cuando notó la cálida respiración de su compañera de viaje golpeándole el hueco del cuello, sensación que le pareció muy excitante. Movi6 un poco la cabeza en su direcci6n, encontrándose su mejilla a escasos cinco centímetros de la boca. Comprobó que estaba leyendo con atenci6n la noticia de su peri6dico. Tras carraspear fingiendo incomodidad, cosa que hizo que ella se apartara de un brinco hasta pegarse a la ventana, le sonri6.

—Puedo dejarte el peri6dico —le dijo amistoso y ella entrecerr6 los ojos, desconfiada.

—Si es tan amable.

—Lo soy —afirm6 6l riendo.

—Pues muchas gracias —dijo Liza, alargando la mano y Danny se qued6 mirándosela con un gesto deliberadamente desdeñoso.

—Pero eso ser6 cuando yo termine con 6l —precis6 en tono burl6n y volvi6 a centrar la mirada en las l6neas del diario.

—Entonces no es tan amable.

Danny arque6 las cejas divertido y tom6 el m6vil para subir todav6a m6s el volumen, dándole a entender a su vecina de asiento que la conversaci6n hab6a llegado a su fin.

Liza sacudi6 la cabeza y mir6 crispada hacia la ventana. Estaba anocheciendo y el paisaje siempre verde de las extensas llanuras se ve6a m6gicamente teñido por las luces ambarinas de los 6ltimos rayos de sol cayendo al oeste. Consult6 su reloj de pulsera y comprob6 que en media hora estar6a llegando a Glasgow Central Station. Si bien el viaje no era de su agrado, si lo era el objetivo final. Podr6a disfrutar de la siempre agradable y divertida compañ6a de Brenda. Cerr6 los ojos durante unos instantes y, sin darse siquiera cuenta, se qued6 dormida.

5

Una voz hablando bastante alto, en un idioma que inicialmente no reconoció, despertó a Liza de golpe. Era su guapo y a ratos poco gentil compañero de viaje. Con los auriculares todavía puestos conversaba a voces con alguien por teléfono. No sabía si hablaba en español, italiano o portugués, pues las tres lenguas le sonaban muy similares, pero, fuera la que fuese aquella, le resultaba muy seductora en boca de aquel hombre. Aunque lo había visto sonreír, era la primera vez que le escuchaba reír tan abiertamente y tenía que reconocer que estaba rabiosamente guapo cuando lo hacía, dejaba caer la cabeza hacia atrás y abría la boca, soltando una carcajada que le salía del centro del pecho. Seguía sin saber qué idioma estaba usando con su interlocutor, pero trataba de captar alguna palabra suelta que le diera alguna pista. Tan ensimismada estaba en su particular investigación que de nuevo no se dio cuenta de que estaba invadiendo el espacio personal de aquel hombre hasta que este dejó de hablar y dijo algo así como: «*Un secondo, mamma*».

—Toma —dijo entregándole el periódico y Liza lo miró sin entender—. Para que leas y no te entretengas escuchando conversaciones ajenas —añadió, esbozando una chistosa sonrisa, y ella le lanzó una mirada ofendida, aunque era bien cierto que había estado tratando de enterarse de algo de lo que decía, sin ningún éxito.

—Gracias —dijo entre dientes y alargó la mano para coger el periódico.

Él siguió hablando ruidosamente con quien fuera mientras ella fingía leer las noticias del día, pero no podía concentrarse. Tenía los oídos pendientes en aquella conversación que tenía lugar a su lado sin lograr enterarse de nada en realidad. No consiguió saber que el idioma que usaba con tanta fluidez aquel impertinente hombre era italiano, hasta que este le puso punto y final a la charla, despidiéndose con un «*Arrivederci, mamma. Un bacione molto grande*». La clave fue la palabra *arrivederci*, una de las pocas que conocía del idioma, junto con *ciao* y *bella donna*.

—¿Te ha parecido interesante? —Danny se dirigió a ella en cuanto finalizó la llamada.

—¿Perdone? —Liza lo miró furiosa—. No estaba escuchándote. ¿Por quién me toma?

Él se echó a reír.

—Me refería a la noticia.

—Ah... —Ella lo miró invadida por la rabia—. Eso... Sí... —Asintió con la cabeza varias veces—. Muy interesante.

—¿Te gusta ese grupo?

—¿Qué grupo? —Liza abrió los ojos sin comprender—. ¿Ese que escuchaba antes? —le señaló los cascos, ahora colgándole del cuello, y él volvió a explotar en una de sus sonoras carcajadas. Luego sacudió la cabeza moviendo los mechones que caían sobre su frente de un modo muy sexy.

—No, mujer... —él se interrumpió y, tras carraspear teatralmente, dijo—: perdona, no quería llamarte *mujer*, pero no sé cómo te llamas.

—Ni tampoco hace falta —le repuso ella con rapidez.

Él levanta las cejas divertido. Esa mujer lo desconcertaba y le agradaba a partes iguales.

—Tienes razón. Es mucho más divertido mantener el misterio.

—¿A qué se refiere? —quiso saber ella.

—A que si supiéramos nuestros nombres romperíamos la magia de los primeros momentos.

—Sigo sin entender.

Una voz femenina les interrumpió, anunciando por la megafonía del tren que estaban a punto de llegar a Central Station.

—Me gusta no saber tu nombre y que tú no sepas el mío —dijo sonriéndole de lado—. Así podré pensar uno para ti y tú otro para mí acorde a nuestras primeras impresiones.

Ella asintió cautelosa, empezando a captarlo.

—¿Y qué nombre piensa que es acorde a mí? —quiso saber Liza, mirándolo con verdadero interés. Era muy guapo, pero tenía el tabique de la nariz ligeramente desviado a la derecha, defecto que, por otro lado, tampoco lo desmejoraba, sino más bien lo contrario, lo hacía más interesante, pues uno no podía evitar preguntarse cómo se lo habría hecho.

—Déjame pensarlo —respondió él, acariciándose el mentón con aire pensativo—. Final del viaje.

—Es un nombre poco común —opinó Liza en broma, y él se rio, empezando a recoger sus enseres personales y guardándolos en su mochila.

El tren se detuvo y Danny se puso en pie, saliendo al pasillo. Bajó la

maleta de Liza, dejándola a su alcance sobre el asiento que terminaba de desocupar.

—Ha sido un verdadero placer. —Extendió la mano en dirección de Liza, pensando en lo mucho que le agradaría volver a verla. Tenía un aire terco que a sus ojos la volvía irresistible.

—Siento no poder decir lo mismo.

—¿Acaso no ha sido agradable el viaje? —Arqueó una ceja, de nuevo divertido con su obstinación.

—Los viajes en tren para mí nunca son agradables. Pero no por ti —se apresuró Liza a matizar. Aquello no había sonado bien y aquel hombre empezaba a agradarle después de todo, hasta el punto que no le importaría volver a verlo—. Es que no me gustan los espacios cerrados —explicó con pesar. Por culpa de ese trauma Liza no viajaba tanto como le gustaría y había perdido la ocasión muchas veces de visitar países extranjeros a los que le hubiera encantado ir.

—Al menos he conseguido que me tutees.

Ella rio esta vez.

—Y que te rías —añadió él con una sonrisa, haciendo ademán de marcharse—. Lo dicho, un placer, Bella Pettegolezzo.

—¿Qué significan esas palabras? —preguntó Liza a la espalda de aquel hombre. Danny volvió un poco el rostro y sonrió a medias.

—Te lo diré la próxima vez que nos veamos.

—¿Y si no hay próxima?

Él se encogió de hombros y reanudó la marcha con su pequeña mochila colgada al hombro. Liza cogió su enorme maleta y la dejó en el suelo. Arrastrándola tras de sí mientras recorría el pasillo hacia la puerta del vagón. Bajó los pocos escalones que la devolverían a tierra firme y suspiró con alivio.

Empezó a andar en dirección a la salida de la estación. No llevaba ni diez metros recorridos cuando escuchó su nombre entre la gente. Se detuvo para mirar a su alrededor y pronto vio a su amiga Brenda, acercándose con el brazo en alto y una amplia sonrisa esbozada en el rostro.

—Pero ¡qué guapa estás! —La abrazó con fuerza estrechándola entre sus brazos cuando por fin llegó hasta ella.

—Y tú, te sienta fenomenal el clima de Glasgow —apreció Liza sinceramente.

Brenda se miró del hombro hasta los pies con aire desdeñoso, había

cogido unos cinco kilos desde que se había mudado a vivir a esa ciudad. Algo que detestaba, pues se veía francamente mal, pero sabía que Liza hablaba con franqueza.

—Qué va. Me he puesto como una foca.

—Estás perfecta —la contradijo Liza, repasando el rostro de su amiga desde su lacio cabello rubio cortado a ras de los hombros hasta sus ojos azules. Era guapa, pero se empeñaba en decir que no lo era, sacando siempre a relucir lo que ella consideraba sus mayores defectos.

—Tú siempre dices eso —le repuso.

—Porque lo estás y lo eres. ¿Nos vamos?

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Brenda, sabiendo de su problema de claustrofobia.

—No ha ido mal, hasta he conseguido dormirme.

—¡Estupendo! —exclamó Brenda, entrelazando su brazo con el de Liza e instándola a andar—. Salgamos de aquí. Tengo el coche aparcado en el parking.

—¿Qué has planeado para mí este fin de semana?

—Nada —dijo en tono aburrido.

—Venga, conociéndote como te conozco, lo que me extraña es que no hayas rehabilitado un dormitorio de tu apartamento en mi honor.

Brenda se detuvo un segundo y abrió los ojos desproporcionadamente, luego exclamó:

—¿Cómo lo sabes?!

—¿Es verdad? —preguntó Liza alucinada, de su amiga nada le extrañaba.

—No, por supuesto que no —contestó Brenda riendo—. Pero porque no he tenido tiempo —le confesó. Su trabajo como directora de una sucursal bancaria la absorbía sobremanera y trabaja cada día más horas que un reloj.

Ambas salieron del edificio de la estación y se dirigieron a la zona de aparcamientos, en el camino pasaron cerca de la línea de taxis, donde el atractivo viajero sin nombre se disponía a montar en uno de ellos. Antes de hacerlo, por un momento, alzó la cabeza y miró a las dos amigas. Las miradas de los dos viajeros se cruzaron y él sonrió, levantando el mentón a modo de despedida.

Brenda se percató de aquel breve intercambio de miradas, tampoco le había pasado desapercibido aquel hombre tan guapo que estaba a punto de subir a un taxi.

—¿Lo conoces? ¡Está buenísimo!

—No, solo era mi compañero de asiento.

—Chica, qué suerte tienes. La última vez que subí a un tren me tocó al lado un pseudomimo del príncipe Carlos. Tenía más orejas que cabeza. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿Tenías ese hombre tan guapo sentado al lado y no has hecho nada por hablar con él? Luego dices que no ligas. No me extraña nada, si vas desaprovechando las oportunidades que te da la vida.

—No he dicho que no haya hablado con él. Solo que no sé su nombre. Forma parte del misterio.

—¿Qué misterio? —Brenda la miró con sumo interés.

—No sé, eso dijo él.

—Aaah. —A su amiga le agradó la respuesta—. Espero que al menos le hayas dado tu número.

—No.

—¡Dios mío, ¿por qué a mí?! —Brenda bufó falsamente desesperada—. Eres un maldito desastre, Liza. Así nunca vas a encontrar novio, ni yo tampoco. Tienes que conocer a un hombre con muchos amigos disponibles y dispuestos a morir de amor solo por mí —dijo de acuerdo a un plan que las dos amigas habían urdido años atrás por el que conocerían a sendos amigos que se convertirían a su vez en sus respectivos maridos, tendrían muchos hijitos y serían felices y comerían perdices cada día del resto de su vida.

—También podría ser que tú lo conocieras antes y me presentaras a su amigo después —le repuso Liza.

—¿Pero tú me has visto a mí y te has visto a ti? —replicó Brenda riendo—. ¿No es mucho más factible mi plan?

Liza se echó a reír, siguiéndole los pasos a Brenda hasta donde tenía aparcado el Mazda 3 Sedan.

6

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Brenda a Liza un par de horas después, dejándose caer en el sofá. Hacía un buen rato que habían llegado al apartamento y Liza ya había colocado todas sus cosas, tanto en el armario del dormitorio como en el estante, que su amiga le había dejado libre en el baño para los útiles de aseo y maquillaje.

—¿Sándwiches y comedia romántica? —propuso Liza tomando asiento a su lado.

—¡¿Qué somos ancianas de ochenta años?! —se burló Brenda.

—Estoy cansada —bufó Liza masajeándose los muslos.

—Esas pelis siempre me hacen frustrarme. ¿Por qué todas esas mujeres esqueléticas siempre encuentran el amor y yo no? —protestó Brenda, sacudiendo su lacia melena a los lados con brío.

—Porque son películas para agradar a las chicas. A nadie le gusta ver romances que terminan con un divorcio.

—Salvo a ti, que eres especialista en divorcios —dijo Brenda con guasa.

—A mí no me gustan los divorcios —la contradijo Liza, falsamente ofendida—. Solo es mi trabajo. Para mi vida personal abogo siempre porque triunfe el amor. Además, me encanta que sean tan cursis y se digan todas esas majaderías que suenan tan bien en boca de otros, pero tan ridículas si te las dijieran a ti. —Liza soltó una sonora carcajada.

—Yo las detesto. No son reflejo de la realidad. A mí esas cosas no me pasan. Nunca me ha abordado un atractivo desconocido por la calle y me ha pedido una cita, así por las buenas, ni tampoco ninguno de los clientes del banco me ha invitado a tomar algo, salvo aquella vez que... —Brenda entornó sus ojos azules haciendo memoria—... Aquella vez que aquel indigente me pidió que le invitara a comer, pero... —chasqueó la lengua contra el paladar y frunció el ceño—... No sé yo si eso podría ser catalogado como pedir una cita. ¿Tú qué crees, Li?

Liza, a su lado, se masajeó el cuero cabelludo, tras soltarse el cabello. Las coletas y moños estaban muy bien para ir bien peinada, pero dejaban el

cuero cabelludo para el arrastre.

—No, Bren, no creo que eso sea pedir una cita. A mí tampoco me ha pasado nunca, aunque ese hombre del tren me dio la sensación de que estaba tratando de ligar conmigo —razonó Liza pensando en el atractivo hombre con el que había compartido trayecto.

Brenda puso los ojos en blanco.

—No entiendo por qué no le diste el número. Tú estás tonta. Hombres así no caen del cielo cada día. Era guapísimo.

—No me lo pidió —se defendió Liza, tal vez debía haber sido más simpática y darle pie a pensar que tenía alguna posibilidad con ella, en lugar de comportarse como una mona enfadada.

—¿Pero se lo habrías dado?

—No lo sé. Me pareció insoportablemente atractivo. Tenía ese punto crispante, pero sexy. Era muy guapo, sí, e italiano —añadió esto último como un gran punto a su favor.

—Encima italiano —suspiró Brenda con aire soñador—. Esos hombres están genéticamente diseñados para seducir.

—¿A cuántos italianos has conocido en tu vida para hacer esa aseveración tan tajante?

—Al señor Russo, el dueño de la pizzería Il Trastevere que estaba debajo de mi casa de Edimburgo. Era más feo que un demonio, pero me seducía el estómago con sus pizzas. —Brenda se acarició la barriga—. No eran de esas flacuchas con cuatro cachos rácanos de jamón o salami. Eran gorditas y bien surtiditas de queso —explicó, empezando a salivar—. Mañana podríamos ir a un italiano, me ha dado el antojo.

—Me parece bien —convino Liza, acurrucándose en el sofá, poniéndose más cómoda.

—¿Y por qué no ahora? —Brenda la cogió del brazo para levantarla—. Espabila o no nos querrán dar mesa.

—¿Ahora? ¿No habías dicho mañana? —protestó Liza. Estaba cansada, había madrugado mucho y trabajado todo el día en el bufete y luego estaba el viaje en el tren, que, aunque no era muy largo, había terminado por agotarla.

—Tengo un antojo terrible. Si no me como ahora mismo una pizza funghi, me saldrá un champiñón colosal en medio del trasero y no podré sentarme derecha en una semana.

—También podemos pedirla a domicilio —le propuso Liza, todavía reticente a salir, tratando de convencerla.

—Eso puedo hacerlo siempre, pero hoy estás tú aquí y me apetece cenar fuera de casa. Para eso has venido, ¿no? Para vivir la experiencia glasgüense en primera persona.

Liza se levantó a regañadientes del sofá y fue coger su bolso y abrigo del dormitorio.

—¿Sabes de algún restaurante cerca? —le preguntó poco después, mirando calle arriba mientras se terminaba de ajustar la bufanda. El barrio donde vivía Brenda era principalmente residencial y a esas horas no se veía ni un alma deambular por las aceras.

—Si no estoy equivocada creo que hay un restaurante italiano a dos manzanas —respondió su amiga, echando a andar, decidida. Liza no tuvo más remedio que seguirla.

A pesar de que aquel día había bendecido la ciudad con un sol espléndido poco usual, la noche era bastante fría como era habitual en esas fechas y una ligera neblina cubría el asfalto dotándolo de un aspecto un tanto fantasmagórico. Las dos amigas anduvieron rápido camino del restaurante, pero tras recorrer dos manzanas, no había rastro de este. Brenda se detuvo e, izando la nariz en el aire como un sabueso, se dejó guiar por el olfato.

—No me puedo creer que vayas a encontrar ese restaurante rastreando el aire —se rio Liza, mirándola incrédula.

—Ni yo —dijo Brenda, que la cogió por el codo y tiró de ella de nuevo con la nariz adelantada como si realmente estuviera dejándose guiar por esta —. Por aquí. Sé que está cerca. He visto la publicidad en mi buzón con un mapa de la situación.

—¿Y si preguntamos?

—¿Has visto a alguien a quién preguntar?

Liza miró a su alrededor y negó con la cabeza. Esa calle estaba tan desértica como la de su amiga.

—Está bien, sigamos a tu olfato.

Anduvieron otra manzana y al doblar la siguiente esquina, a mitad de la calle, vislumbraron lo que parecía ser un rótulo de neones en la fachada de un edificio.

—Debe ser ahí —dijo Liza feliz.

—Mi olfato nunca falla. —Brenda sonrió con orgullo.

Nada más abrir la puerta del restaurante, la calidez de aquel lugar las envolvió y ambas comenzaron a desaflojarse las bufandas mientras esperaban

que alguien las atendiera. El restaurante era bastante amplio y desde la entrada podía observarse que se dividía en varias zonas separadas por biombos. Estaba decorado de un modo retroclásico, con muebles de madera oscura y abundantes detalles de reminiscencia italiana, que le proporcionaban mucha alma. Definitivamente era un local acogedor. Además, estaba hasta la bandera, lo que era señal de que la comida era buena. Muchas familias disfrutaban frente a sus platos con las caras sonrientes y Liza se alegró de haber accedido a ir. De pronto, también sentía un antojo casi demencial por comer algo italiano y, de nuevo, sin venir a cuento, le vino a la cabeza aquel esporádico y atractivo compañero de viaje tan descarado a la vez que sexy, y se maldijo una vez más por no haber hecho nada por ser más simpática y haber tratado de conseguir una cita. Su amiga tenía razón. En cuestión de hombres era un maldito desastre.

—Es increíble —susurró Brenda a su oído—. Pero qué suerte tienes, maldita. Y encima sale a recibirte y todo —añadió su amiga, dándole un pellizco en la cintura.

Un *¿por qué lo dices?* se le que quedó atascado en la garganta en cuanto vio dirigirse hacia ellas justo al hombre en el que estaba pensando. Sonrió abiertamente, tratando de mostrarse esta vez más amigable, pero él no hizo amago de conocerla. Simplemente se detuvo al llegar hasta ellas e inclinó levemente la cabeza a modo de saludo. ¿Sería el maître de aquel restaurante?

—Buenas noches —dijo en un tono profesional, que denotaba que efectivamente se trataba de un empleado del italiano—. ¿Mesa para dos? —preguntó acto seguido, mirándolas a ambas y tratando de no dibujar una sonrisa.

Había reconocido a Bella Pettegolezzo nada más entrar y se alegraba de verla de nuevo. Era toda una sorpresa, pero una maldita suerte a la vez que lo viera de esa guisa. Ahora pensaría que se trataba de un empleado del restaurante. No era algo que le avergonzase, pero el caso es que no lo era. Solo estaba allí en calidad de buen hijo echando una mano a sus padres, a los que el maître había dejado tirados esa noche en el último momento.

—Buenas noches. Sí, nosotras dos. Solo dos. Guapas, solteras y sin compromiso —respondió Brenda jovial.

—Estupendo, síganme. —Danny echó a andar y las dos amigas le siguieron los pasos hasta una mesa al fondo, cerca de la zona de los aseos. El peor sitio, pero el único disponible.

—Enseguida vuelvo con las cartas —dijo mientras ellas tomaban asiento

—. ¿Les traigo algo para beber?

Brenda tomó la iniciativa y pidió un par de copas de vino blanco de la casa.

Danny asintió con la cabeza y se marchó.

—Vaya, qué casualidad verlo aquí así, pero está haciendo ver que no me conoce —comentó Liza, estirándose el suéter y recolocándose en la silla con la espalda bien erguida.

—Tal vez le avergüence trabajar aquí.

—¿Por qué?

—No sé, quizá crea que no es digno de ti.

—¿Y por qué pensaría eso? No me conoce de nada, no sabe a qué me dedico, ni quién soy, ni nada... Ni siquiera sabe mi nombre.

—Por eso mismo, has roto el misterio. Ahora ya sabes algo más de él que él de ti —afirmó Brenda, chasqueando la lengua contra el paladar.

—Me da igual que sea camarero.

—¿Sí? —Brenda arqueó una ceja, escéptica.

—Sí, ¿por qué no?

—No quiero parecer clasista, pero no está a tu nivel.

Liza miró sorprendida a su amiga y dijo:

—Pues lo pareces.

—¿En serio te da igual que sea solo un camarero? No vamos a negar que está muy bien el chico, pero... Es solo un camarero. —Brenda puso los ojos en blanco.

Liza carraspeó incómoda y con un gesto le indicó a su amiga que se callara. Danny se plantó al lado de la mesa y les ofreció las cartas, luego dejó las dos copas de vino blanco delante de ellas.

—¿Alguna recomendación? —preguntó Brenda, tomando la copa para darle un trago.

—Todo lo que hay en la carta es exquisito. Pueden pedir lo que sea, estoy convencido que satisfará sus finos paladares.

—¿En serio? —dijo Brenda con retintín y Liza le lanzó un puntapié por debajo de la mesa. ¿Qué le pasaba a Brenda? No se podía ser más borde.

—Muy en serio. —Danny se decidió a sonreír. No le gustaban los aires que se gastaba la amiga de Bella Pettegolezzo, pero por su profesión estaba más que acostumbrado a lidiar con todo tipo de gente—. Los maccheronis all'arrabiata son mi plato favorito. Da igual de que humor me halle, una buena ración de maccheronis all'arrabiata siempre consigue mejorarlo. Se los

recomiendo. Le van a sentar de maravilla —le sugirió a Brenda, guiñándole un ojo.

Liza en su posición soltó una risita y Danny desvió la mirada hacia ella.

—A Bella Pettegolezzo, sin embargo, le recomiendo el melanzane alla parmigiana. Es el plato perfecto para mujeres misteriosas. —Liza trató de ocultar una sonrisa, o sea, que sí la había reconocido.

—¿Pero qué te pasa, Bren? Estás siendo muy grosera —le reprochó Liza en cuanto Danny se marchó con la nota de las comandas.

—No sé de qué me hablas. Solo le he dicho que me recomendara algo.

—Ha sido el tono. ¿Crees que no se ha dado cuenta de que le estabas hablando con prepotencia?

—¿Y qué? —Brenda sonrió.

—Eso es...

—Te molesta porque este tipo te gusta —la interrumpió mirándola a los ojos en plan combativo.

—No... O sí... No he decidido aún si me gusta o no. No lo conozco de nada. No negaré que me parece guapo y que he pensado en él un par de veces desde mi llegada.

—Y tú le gustas a él.

Liza abrió los ojos, sorprendida. No era muy buena en cazar señales.

—¿Tú crees?

—¿A qué venía si no eso de *es el plato perfecto para mujeres misteriosas*? —Brenda hizo una imitación bastante ridícula de las palabras de Danny que sonaron a *mimimí*. Liza no pudo evitar reírse—. ¿Y qué narices significa eso de *bella petagolaso*?

—No sé, creo que es lo mismo que me dijo en el tren. ¿Verdad que suena misterioso?

—Suena misterioso porque no sabemos qué significa... Yo qué sé, lo mismo significa bella coliflor —le replicó Brenda, volviendo a tomar la copa para beber—. Espero que los macarrones enrrabiados estén bueno de verdad.

—Yo espero que lleven champiñones como balones de reglamento por el bien de tu culo —rio Liza—. ¡Calla, que viene!

—¿Que me calle por qué? No estoy diciendo nada de nadie —dijo Brenda elevando la voz a propósito y lanzándole una mirada descarada a Danny en cuanto lo tuvo enfrente.

—Esto es caponata siciliana —dijo él, dejando una fuente en la mesa con cuatro rebanadas de pan cubiertas de verduritas rehogadas con aceitunas y

anchoas—. Un detalle de la casa.

—Gracias —dijeron las dos, lanzándose a coger una tostada.

—¿Entre los detalles de la casa está dar el número de teléfono del camarero a las clientas? —preguntó Brenda con todo el descaro del mundo antes de meterse una caponata entera en la boca, y Liza de nuevo le asestó un puntapié con todas sus fuerzas. Danny la miró perplejo y sonrió, luego respondió:

—Depende.

—¿De qué depende? —Esta vez fue Liza la que habló.

—Depende de la cliente —respondió él antes de marcharse, esbozando una sonrisa burlona. Después de todo, ella sí que parecía estar interesada en él.

Poco después las dos amigas estaban degustando dos generosos platos de auténtica pasta italiana, hablando de hombres y trabajo. El hambre siempre sacaba la versión más fea de Brenda que, tras ingerir algo de comida y poner a trabajar el estómago, volvía a estar como una malvita.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó entre dos macarrones—. ¿Sigue divorciándose la gente a más velocidad de la que sea casa?

Liza dejó el tenedor en el plato. Su comida misteriosa consistía en una tartaleta que no dejaba ver cuáles eran los ingredientes a primera vista y ella pensó que ese debía ser el misterio al que se refería el guapo camarero cuando se la había expresamente recomendado. Tras partirla vio que se trataba de una especie de lasaña vegetal, donde la berenjena hacía la función de la pasta. Estaba deliciosa. Mientras masticaba, habló:

—Muy bien, tengo varios casos nuevos. No puedo contarte mucho, pero me ha entrado un asunto bastante jugoso. ¿Sabes quién es Olivia Milo?

Brenda dejó el tenedor cargado parado en el aire.

—¿La modelo?

—Sí.

—¡Cabrona con suerte que no tiene que hacer nada para estar divina de la muerte! —protestó metiéndose en la boca otro macarrón y masticándolo con cara de rabia.

—No te creas. Esa gente trabaja muchísimo para estar así de bien.

—Sí, pero nos lleva varios puntos de ventaja solo por la maldita genética. ¡Qué te den, Mendel. Qué te den bien duro!

Liza rompió a reír.

—Eso está claro, pero seguro que ahora mismo no se está zampando un

plato de macarrones como el tuyo.

—No, probablemente esté mirando desolada una lechuga pensando si en coronarla con una gota de aceite o no.

—Bueno... Puede. El caso es que Olivia no es mi cliente. Es su marido.

—Oh, ese cantante tan atractivo —suspiró Brenda.

—¿Te parece atractivo ese hombre? —Aquello sorprendió a Liza.

—¿A quién no? ¿Por qué si no la *Vogue* lo habría elegido como uno de los veinte hombres más atractivos de Reino Unido el año pasado?

—Es interesante, desde luego. Tiene una mirada muy intensa y penetrante. Pero es un hombre extraño.

—Penetrante tiene lo que no es la mirada, querida —se rio Brenda, tomando otro sorbo de vino—. Oh, vaya, se me ha terminado, pediré más. ¿Tú quieres más?

—Sí, pero compórtate esta vez, por favor.

—¿Qué me comporte? Pero ¡si no hago otra cosa! —exclamó Brenda falsamente ofendida, con los ojos en blanco.

El resto de la cena, conversaron alegremente y siguieron poniéndose al día, aunque Liza no podía evitar seguir con la mirada los movimientos del camarero. La tenía muy intrigada, el hecho de que la llamara Bella Pettegolezzo le agradaba, porque dicho con su acento sonaba de maravilla, y se reprendía a sí misma por no haber aprendido otro idioma que no fuera el suyo. Aquellas palabras saliendo de su boca eran muy sensuales y pensaba que estaban lejos de significar bella coliflor, tal y como apuntaba su amiga.

—Debes estar cansada. ¿Pedimos la cuenta? —preguntó Brenda, a la vez que apartaba a un lado el plato vacío de tiramisú que se acababa de comer.

—Me parece bien —dijo Liza, feliz de poder volver a casa de su amiga para descansar y triste por perder de vista a ese hombre, seguramente para siempre.

Brenda levantó el brazo y chasqueó los dedos para advertir a Danny de que requerían la cuenta. Este asintió con la cabeza, portando una pila de platos vacíos.

—¿Nos vamos a ir y no vas a pedirle el teléfono? —le preguntó Brenda a Liza, al percatarse de que esta había seguido con los ojos todo el recorrido que el camarero había hecho hasta desaparecer tras la barra.

—Vive en Glasgow, es algo que no tiene futuro y no debería empezar por tanto. No pienso viajar cada fin de semana con lo que odio el tren y tampoco creo que él pudiera hacerlo.

—¿Quién habla de empezar nada? —Brenda le replicó con malicia—. Hablo de aprovechar el tiempo que estés aquí y desempolvar tu cosita —añadió, señalando su entropierna.

—¡Por el amor de Dios, Bren!

—Por el amor de Dios, no me seas tú mojigata —se rio—. ¿Cuánto tiempo llevas sin echar un polvo?

—Por favor, para. Nos van a oír.

—Tú misma, pero por ahí viene tu última oportunidad de darte una alegría.

Danny dejó sobre la mesa la cuenta en un elegante estuche de piel marrón.

—Espero que hayan disfrutado de la cena y deseamos verlas pronto —dijo con deferencia.

—A unas más que a otras —soltó Brenda, provocando que Liza le diera otra patada por debajo de la mesa.

—Estaba todo delicioso, gracias.

—Disfruta de tu estancia en Glasgow, Bella Pettegolezzo —dijo él, antes de marcharse, dirigiéndole una mirada picarona.

—¿Has visto eso? Lo tienes en el bote, Liza. Deberías hacer algo.

—Tienes razón, debería hacer algo como pagar la cuenta y marcharme. — Liza abrió el estuche de piel y cogió la nota.

—¿Qué te pasa? Te ha cambiado la cara. ¿Hemos pagado macarrones a precio de caviar, o qué?

—No es eso —respondió, guardando el tique en el billetero y dejando un billete de cincuenta libras en el estuche—. ¿Nos vamos?

—Qué prisas. ¿No esperamos al cambio?

—No, es de agradecidos dejar propina. —Liza se puso en pie.

—Yo esa propina me la cobraba, pero tú misma —comentó Brenda cogiendo su chaqueta.

Durante el camino de vuelta a casa de Brenda, Liza estuvo muy callada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó su amiga, entrelazando el brazo con el de Liza.

—Nada.

—¿Nada? A mí no me engañas. Además, te has guardado la cuenta. Nunca haces esas cosas. ¿Acaso hay alguna nueva ley en la que puedas desgravarte cenas italianas?

—No vas a parar hasta que te lo diga, ¿verdad?

—Verdad —respondió Brenda, divertida.

Liza la condujo hasta un banco para sentarse y sacó la nota para después ofrecérsela a su amiga.

—¿Quieres que te pague la mitad? —preguntó Brenda, sin pararse a mirar la nota.

—¡No, tonta! Fíjate en lo que pone abajo.

—Bella Pettegolezzo, estoy seguro de que te mueres por saber algo más de mí. Puedo ser tu guía en Glasgow ¿Mañana a la una en Bilson Eleven? —leyó Brenda dibujando una mueca de sorpresa—. Vaya con el camarero misterioso... El Bilson es un sitio caro.

—Es un pretencioso —afirmó Liza.

—Yo creo que es romántico y atrevido —opinó con sinceridad su amiga—. Deberías ir.

—¿Te has vuelto loca?!

—¿Y tú?! Me parece un gesto muy tierno. ¿A cuántos hombres te encuentras así hoy en día? Además, debes saber qué significa eso que te llama.

—Eso lo puedo saber ahora mismo con el traductor de Google. —Liza sacó el móvil, decidida.

—De eso nada. —Brenda le quitó el terminal de la mano—. Vas a ir, y yo iré contigo y me quedaré en la retaguardia por eso de que pueda ser un loco, aunque no lo creo y sé que tú tampoco.

—He venido para verte a ti.

—Y ya nos hemos visto, pero tú mañana vas a salir de la rutina como yo me llamo Brenda Kirkpatrick —le repuso, guardándose el móvil en la chaqueta para evitar que Liza le quitara misterio a esa cita inesperada.

7

—¿Estás preparada? —preguntó Brenda, llamando con los nudillos a la puerta de la habitación.

—No es buena idea —refunfuñó Liza por vigésima vez.

—Déjate de tonterías. Lo que no es buena idea es dejar pasar oportunidades como esta. Sal, diviértete, haz algo loco por una vez en tu vida.

—No necesito ese tipo de locuras. Es un completo desconocido —le repuso, dejándose caer sobre el borde de la cama.

—No lo es tanto, has compartido un reducido espacio en el tren con él y no ha envenenado tu comida. Eso son puntos *match* en cualquier aplicación de parejas.

—Ya sabes lo que pienso de esas aplicaciones.

—Pero esto es la vida real, es muy de película, pero real, al fin y al cabo —le replicó, tendiéndole la mano para que se levantara—. Estás monísima cuando te vistes informal.

—Gracias, es que no tenía previsto tener una cita y no he traído ropa adecuada.

—Te ves estupenda, no tienes por qué preocuparte.

—Vas a estar cerca, ¿verdad? Si me mata, te mataré yo después por arrastrarme a hacer esta locura.

—Eso es fisiológicamente imposible, pero estaré pendiente como el inspector Gadget. —Brenda le guiñó el ojo.

Una hora más tarde, Liza se encontraba en la puerta del Bilson Eleven, un restaurante ubicado en un adosado de estilo eduardiano en el barrio de Dennistoun. Desde el exterior no parecía gran cosa, pero en cuanto le echó un vistazo al interior a través de una ventana, sonrió. Era un sitio elegante, tal y como le había asegurado Brenda, que todavía no había tenido oportunidad de ir, pero era conocedora de la buena reputación de la que gozaba el restaurante en la ciudad.

No se decidía a entrar. Balanceó el pie a un lado y al otro, un tanto

nerviosa. Todavía no había conseguido entender cómo se había dejado convencer para acudir a una cita con el camarero misterioso. De acuerdo, tal vez sí lo sabía, ese hombre la había conseguido impresionar, y eso era algo que no solía suceder. Liza no era muy impresionable que digamos.

Había llegado muy puntual, diez minutos antes de la una, pero esa era otra de sus cualidades. Le gustaba llevar su vida al milímetro y que nada se desajustara desbaratándole los planes. Por eso, lo de estar allí, indecisa, ante la puerta de aquel restaurante la inquietaba sobremanera.

Tras mirar a izquierda y derecha, se decidió por fin a entrar. Enseguida un maître salió a su encuentro, recibéndola con un saludo y una sonrisa encantadora.

—¿Tiene reserva?

Liza se encogió de hombros e hizo una mueca de contrariedad.

—La verdad, no lo sé. He quedado con alguien. Tal vez él haya reservado.

—¿Y cuál es su nombre?

—Pues... No lo sé tampoco —rio un poco nerviosa, pensando que a aquel hombre aquello no le haría ni puñetera gracia, pero el maître sonrió y le hizo un gesto para que lo acompañara hasta un mostrador, donde había una agenda con infinidad de anotaciones en cada hora del día—. Pruebe con Bella Pettegolezzo —dijo Liza.

El maître la miró con extrañeza, luego revisó la agenda.

—No, no hay nadie con ese nombre. ¿Algún otro?

—¿Camarero Misterioso? —probó suerte.

—No me estoy haciendo el misterioso —le replicó—. No hay nadie con ese nombre.

—No, disculpe. —Liza se rio tontamente—. Pruebe con ese otro nombre.

—¿Camarero misterioso? —El maître arqueó las cejas al máximo.

—Sí. —Ella asintió, queriendo que la Tierra se abriera bajo sus pies y se la tragase y después la escupiera en Japón.

El maître bajó la mirada y repasó la agenda de nuevo.

—Lo siento, ningún Camarero Misterioso por aquí —dijo, sin levantar los ojos. Luego añadió—: ¿Qué le parece Viajero Galante? —Liza fue ahora la que miró extrañada al hombre—. Tenemos una reserva con ese nombre. ¿Podría valerle? —preguntó él.

Ella sonrió, ese era un nombre perfecto para su compañero de viaje, aunque prefería el apelativo de misterioso. ¿Dónde narices se había metido? Podría haber sido puntual y llegar antes que ella. Eso sí era ser galante. Era la

primera vez que tenía una cita a ciegas... De acuerdo, no tan a ciegas, se habían visto ya un par de veces. Pero sí la primera sin conocer de antes a su pareja de mesa. Liza se estaba saliendo de su patrón de actuación y aquello la alteraba un poco. No tener el control de la situación era algo que detestaba y estaba hecha un manojo de nervios.

—Creo que sí.

—Todavía no ha llegado ese tal Viajero Galante, pero puedo acompañarla hasta la mesa y esperarlo allí. ¿Le parece bien?

—Perfecto.

Liza se sentó a la mesa y pidió una copa de vino blanco para amenizar la espera. Veinte minutos después y el vino casi en las últimas, miraba impaciente la hora en el móvil. El Viajero Galante no estaba haciendo honor a su nombre, llegar tarde no era un rasgo gentil, más bien todo lo contrario. Tomó el móvil y le escribió un mensaje a Brenda que, tal y como le había prometido, estaba esperándola en su coche unos números más abajo de la calle, ojo avizor.

«Ese pretencioso no piensa venir», le escribió.

Su amiga no tardó en responder:

«Dale tiempo, mujer. Solo son quince minutos.»

«Quince minutos son demasiados para mi gusto. Acaba de perder cien puntos de golpe.»

Brenda se rio, sabía que esa situación estaban sacando de su zona de confort a su amiga, que era amante acérrima del control y el orden.

«¿Y cuántos le quedan?», le preguntó.

Lo de los puntos había sido algo puesto al azar, pero por unos segundos Liza consideró cuál era el ranking de ese camaretucho de tres al cuarto.

«Menos cien», tecleó. «Me largo.»

«Espera un poco. Acaba de parar un coche», le pidió Brenda.

Un Maserati Quattroporte terminaba de pasar y se había detenido en la puerta del Bilson Eleven. No parecía el tipo de coche que probablemente conduciría el camarero de un italiano, pero todo era posible. Se quedó mirando, esperando ver al conductor. Poco después, salió con gran dificultad un hombre de dimensiones colosales entrajettato por la puerta del piloto y se dirigió hacia el restaurante.

«¿Es él?», quiso saber Liza invadida por la impaciencia, que ante el anuncio de la supuesta llegada de su cita, todavía se había puesto más nerviosa. Apuró de un trago la copa y miró ansiosa hacia la puerta, esperando

ver al muy desconsiderado entrar, pero un señor que a duras penas cabía por el marco apareció tras abrirse esta.

Una sensación de ira empezó a expandirse lentamente por su pecho mientras veía la puerta abrirse de nuevo, dando paso esta vez a una joven pareja.

Recogió el móvil de la mesa, se puso el abrigo y, sin pensárselo dos veces, se encaminó a la salida.

Justo cuando su mano se posó en el picaporte, el maître la interceptó.

—Disculpe, señorita —dijo, y Liza lo miró sintiendo que una oleada de calor se adueñaba de sus mejillas. No sabía qué demonios le estaba pasando. Ella no era de actuar por impulsos, pero verse allí sola, esperando a un tipo que claramente pensaba dejarla tirada la había enfurecido sobremanera.

—Perdone. No era mi intención irme sin pagar —se excusó, haciendo ademán de ir a coger el bolso, pero solo encontró aire. Se puso más nerviosa al no encontrarlo en su sitio y palpó a manotazos por debajo de su brazo y espalda a manotazos, sin ningún éxito.

—Claro. —El maître sonrió comprensivo—. Además, dudo que pueda pagar sin su bolso. Se lo ha dejado en la silla.

—Vaya. No sé ni qué decir. Nunca me había pasado nada igual.

—¿Es la primera vez que la dejan plantada?

—No me refería a eso, pero sí, también es la primera vez para eso —respondió con acritud—. Dígame cuánto le debo.

—¿No prefiere quedarse y disfrutar de nuestra cocina?

—¿Pretende que me quede y coma sola? —preguntó Liza sulfurada.

El maître asintió y respondió:

—Sería una pena que se fuera sin probarla. Además, su cita todavía puede venir. Tal vez le haya tenido algún contratiempo y por eso se retrasa.

—Pues tiene usted mucha razón.

—¿En qué cosa?

—En las dos. —Liza miró alrededor. La decoración interior era maravillosa, el mobiliario muy cómodo y los platos, que había visto desfilar desde su llegada, tenían una pinta deliciosa. Quizá no era tan mala idea quedarse, pero si lo hacía y ese maldito desconsiderado se dignaba al fin aparecer la vería allí, esperándolo, más sola que la una, y esa era una idea que no le agradaba en absoluto.

—¿Entonces?

—Me quedo —respondió ella y acto seguido hizo una llamada a Brenda.

Cinco minutos más tarde su amiga estaba sentada a la mesa, leyendo la carta con interés y emoción. Las dos mujeres estuvieron planeando, entre risas y copas de vino, una muerte larga y dolorosa para ese estúpido que había dejado plantada a Liza, mientras degustaban el menú degustación del chef, una cuidosa y elaborada selección de exquisiteces escocesas. El Viajero Despreciable, nombre con el que habían decidido rebautizarlo, no apareció en ningún momento.

Tras salir del restaurante, decidieron ir al centro y pasar la tarde callejeando y haciendo compras, algo que consiguió airear los malos pensamientos que habían hecho nido en la cabeza de Liza, tras ser plantada con tal desfachatez. Consiguió animarse, pero aun así, la imagen del atractivo camarero volvía a su cabeza de vez en cuando, malhumorándola. Ese hombre había logrado en escasas horas lo que nadie había conseguido antes. Lo detestaba.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Brenda, que al igual que ella estaban esperando para entrar en unos probadores.

—No sé para qué quiero un vestido así —respondió Liza, dándole vueltas a la prenda en sus manos. Era demasiado entallado, demasiado sexy, demasiado para ella. Su idea de escote era un cuello caja pegado a la garganta y lo que tenía ese vestido era más bien una raja sinfín que debía llegar al ombligo.

—Es precioso. Además, está al cincuenta por ciento. Una ganga, tratándose de un Donna Karan.

—Es tirar el dinero si no pienso ponérmelo nunca.

—Es un fondo de armario absolutamente imprescindible y válido para cualquier ocasión.

—¿Para un entierro también? —dijo con ironía Liza.

—Sí, seguro que levanta mucho los ánimos de los hombres presentes. Con ese escote incluso podrías resucitar al muerto —se rio sonoramente Brenda—. Es una pena que no haya de mi talla. Me lo compraría fijo e iríamos las dos vestidas iguales.

—Me lo pruebo para que te quedes contenta.

—Me quedaré contenta si te lo compras y te lo pones esta noche.

—¿Esta noche? —Liza la miró extrañada.

—¿No pensarás que vamos a quedarnos en casa rezando a san Mungo?

—Llevamos todo el día sin parar —protestó Liza, avanzando unos pasos

en la cola.

—No me seas abuela. —Brenda le dio una colleja y puso los ojos en blanco—. Glasgow está llena de hombres atractivos deseosos de hincarte el diente.

Liza sopesó la idea. Tampoco le vendría mal salir un poco y airearse, e incluso soltarse un poco la melena. Tal vez ese vestido era justo lo que necesitaba.

En cuanto se vio en el espejo, lo tuvo claro. Necesitaba ese vestido como el beber agua. Se ceñía perfecto a su figura, marcando curvas, pero sin resultar exagerado, y el escote terminaba justo en medio del canalillo, siendo sugerente, pero sin llegar a enseñar nada.

8

A Danny le pareció que ese fin de semana duraba una eternidad, la cosa se había complicado sobremanera. El sábado por la mañana, poco después de levantarse, la familia Greco había recibido una muy mala noticia: la abuela Angélica, la madre de su padre, había fallecido de forma repentina esa noche, si bien la mujer era mayor, se encontraba perfectamente de salud.

A partir de ese momento, el tiempo se convirtió en una carrera contrarreloj. Comprar billetes con salida inmediata a Milán, salir pitando hacia el aeropuerto, el vuelo, la llegada y posterior desplazamiento en tren hasta Bérgamo, lugar donde residía la abuela. Asistir al velatorio que tuvo lugar en la casa familiar, organizar el entierro, recibir a los amigos que se acercaron para saludar y dar el pésame.

Danny en todo ese tiempo apenas tuvo un segundo para pensar en nada. Cuando por fin pudo sentarse a descansar un poco, ya era demasiado tarde. Se había olvidado por completo de su cita con Bella Pettegolezzo. Miró la hora y bufó disgustado. Ni siquiera se había acordado de llamar al Bilson Eleven para dejarle un aviso de que no podría acudir y ella pensaría que la había dejado plantada. Pero eso no era lo que más disgustaba a Danny.

Había sido divertido mantener el misterio de no saber los nombres ni haberse cruzado los números, pero ahora todo ese juego suponía una gran contrariedad. Dudaba mucho en las posibilidades de volver a verla en un futuro y eso era algo que le pesaba, ya que le hubiera gustado volver a verla. Había tenido una especie de pálpito con ella, muy similar al que había sentido al conocer a Brooke.

—¿Qué tal te va? —Su primo segundo Alessio se sentó a su lado. Por supuesto, le habló en italiano.

Toda la familia paterna de Daniel Greco era de Bérgamo y vivía allí o en los alrededores, excepto la suya, que residía en Glasgow, donde sus padres tenían el restaurante italiano. Betto, su padre, había visitado Escocia en el viaje de fin de curso y allí había conocido a Otavia, su esposa, cuyos padres se habían mudado a Glasgow cuando esta era niña.

En cuanto sus padres se conocieron en aquel pub, sus miradas se encontraron, descubriendo que lo que tenían delante les gustaba mucho. Se produjo una chispa que inflamó el cableado de los dos jóvenes y que terminó con un acto de pasión en el asiento trasero del coche de una amiga de Otavia. Intercambiaron teléfonos, pensando que nunca más volverían a verse, pero ambos estaban muy equivocados. La joven Otavia dos meses más tarde hizo la llamada de rigor a Betto, que por aquel entonces trabajaba en una pizzería. Tenía algo muy importante que contarle.

El pequeño Danny llegó al mundo un veintiocho de enero en el Queen Elizabeth University Hospital de Glasgow, para alegría de sus jóvenes padres, cuyo cableado seguía a pleno funcionamiento. Se había hecho un hombre en esa ciudad e independizado al entrar en la universidad. No obstante, ya no contaba con casa propia en la ciudad, puesto que recientemente se había trasladado a vivir a la capital, tras aceptar una irrechazable oferta como abogado de familia en uno de los bufetes más reputados del país.

—Bien, teniendo en cuenta las circunstancias —respondió Danny, que se encontraba muy apenado por la muerte de la abuela Angélica. No la veía tanto como le hubiera gustado, pero mantenían contacto frecuente, pues a menudo la llamaba para preguntarle cómo estaba o ella lo llamaba para saber de él—. Me hubiera gustado despedirme de ella en persona. La última vez que la vi fue en Navidades.

—Era una mujer maravillosa.

—Lo era —afirmó Danny, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos—. La echaré mucho de menos.

—Todos la echaremos de menos. —Alessio le pasó el brazo por encima de los hombros—. No he visto a Brooke. ¿No ha podido venir? —preguntó sin malicia.

—No —respondió escueto Danny, que todavía no había contado a su familia que Brooke había roto con él y seguía sin querer hacerlo. Entendía por qué ella había roto. Pedirle que se mudara con él a Edimburgo era mucho y Brooke, como era lógico, se había negado. Era ingeniera en una refinería en Glasgow y no quería dejar su trabajo, le había llevado mucho esfuerzo que la hicieran jefa del departamento de desarrollo y no podía abandonar aquello sin más. Quería a Danny, pero amaba más su trabajo. La ruptura había sido trágica, ella lloraba a mares mientras le explicaba por qué no podía ir con él, y Danny también. Con el anillo de compromiso en la mano, le dijo que él tampoco quería renunciar a la oferta de AD Lawyers. Era uno de los bufetes

más importantes de Escocia, y lo quería en sus filas. Siempre había soñado con conseguir un puesto en un despacho de ese nivel y, cuando recibió la oferta, no pudo resistirse a aceptar, pese a Brooke. A veces, uno tenía que renunciar a cosas importantes para avanzar, y eso había hecho Danny. Dejar atrás una relación de dos años con la mujer que había pensado que sería su esposa y madre de sus hijos.

Tras el entierro, los Greco se quedaron tres días más para organizar asuntos y cerrar la casa de la abuela Angélica. Cuando Danny volvió el martes a Edimburgo, multitud de emails le esperaban en la bandeja de entrada del trabajo y se puso de inmediato a resolver las tareas pendientes. Se puso a leer el expediente de Olivia Milo. La modelo le había enviado el sábado el listado de bienes comunes de la pareja y marcado en negrita aquellos que deseaba conservar tras la disolución del matrimonio: una residencia en Lugano y un perro labrador, llamado Arthur. No era mucho y Danny pensó que sería fácil conseguirlo.

Levantó el auricular del teléfono y llamó a Olivia.

Lizabeth, la asistente personal de la modelo, respondió casi en el acto. Quedaron en verse al día siguiente en el bufete para formalizar la propuesta y presentársela al cantante.

—Supongo que Kasey Blake tendrá un abogado para llevarle el divorcio —dijo Danny.

—En efecto, nos consta que ha contratado los servicios de Liza Brown de Lefkowitz y Maddox Asociados.

—De acuerdo, me pondré en contacto con ella para concretar una reunión para el viernes. Dígame si Olivia estará disponible.

Al otro lado de la línea, Lizabeth le echó un vistazo a la apretada agenda de su jefa, aunque no le hacía falta, se la sabía al dedillo.

—El viernes, imposible. Pero el lunes tiene libre de doce y media a una.

Danny anotó la información y, tras despedirse, cortó la llamada, para acto seguido marcar la extensión de su asistente.

—Cameron, necesito que te pongas en contacto con Liza Brown de Lefkowitz y Maddox Asociados y acuerdes una reunión, el lunes a las doce y media, para tratar el divorcio de Olivia Milo y Kasey Blake.

9

Liza, pese al plantón del sábado, había disfrutado mucho del fin de semana con su amiga Brenda. Se habían puesto al día, habían visitado los lugares más emblemáticos de la ciudad y hecho algunas adquisiciones interesantes, entre ellas el fabuloso vestido de Donna Karan, que le quedaba de maravilla.

El domingo por la tarde volvió a subirse al tren rumbo a Edimburgo con un nudo en el estómago. La inquietud que le provocaban los lugares pequeños y concurridos era superior a ella, pero, tras tomar asiento y hacer unos ejercicios de respiración, logró tranquilizarse un poco.

El trayecto de una hora le trajo el recuerdo del anterior, cuando había tenido (sufrido) por compañero al Viajero Despreciable. Ahora, sin embargo, tenía a su lado una señora, que había sacado nada más sentarse una labor de lana y tejía como un autómata una larga bufanda de rayas de múltiples colores, mientras canturreaba sin cesar, semejándose a una colmena en pleno apogeo.

Se quedó mirándola unos segundos pensando que ocuparse de aquel modo podría ser la solución para alejar los nervios que la devoraban cada vez que tenía que recluirse en un espacio cerrado y se propuso aprender a tejer un día de estos.

La semana fue ajetreada, siempre tenía más trabajo entre manos del que podía abarcar y eso mantenía su cabeza cien por cien ocupada. Apenas era persona cuando llegaba a su apartamento por las noches con la mente agotada y los gemelos cargados de ir en tacones todo el santo día. Se preparaba cualquier cosa en el microondas y, tras cenar cara al televisor, se quedaba durmiendo en mitad de un capítulo de *Friends*, serie que estaba viendo en Netflix en un maratón autoimpuesto desde hacía semanas.

A veces pensaba que le gustaría que su vida fuera un poco como la de los protagonistas: poco estresada, divertida y sobre todo multitudinaria, cargada de amenas charlas y risas. ¿Cómo sería vivir con una compañera de piso?, se preguntaba. Un desastre, se respondía de inmediato. Era demasiado amante del orden y la pulcritud como para llevar bien compartir baño y cocina con nadie.

Llevaba mucho tiempo sola y se había acomodado demasiado a vivir en soledad. Además, viendo como veía todos los días matrimonios que terminaban destrozados, se consolaba pensando que era mejor estar sola que mal acompañada. No obstante, a veces su corazoncito le pedía algo más, rugía lastimoso dentro de su pecho demandando un amor que lo abrazara en las solitarias noches. Y no solo su corazón se quejaba. Brenda tenía razón en algo, llevaba tanto tiempo sin echar un polvo, que su vagina se contraía dolorosamente cada vez que presenciaba un beso apasionado.

Ese lunes tenía una reunión muy importante en el bufete, había quedado con su cliente, Kasey Blake, y la parte contraria, Olivia Milo, que vendría acompañada de su abogado, un tal Daniel Greco, para concretar las cláusulas del divorcio. Sabía que la modelo era una mujer impresionante, así que decidió ponerse a su altura para no sentirse intimidada en su presencia. De normal, solía vestir muy formal para ir a trabajar, con trajes sastre de chaqueta y pantalón o falda por encima de las rodillas, medias transparentes y zapatos de medio tacón, pero para ese día optó por el fantástico vestido de Donna Karan, unas medias negras y unos estiletos, que sumaban ocho centímetros a su uno sesenta de estatura, y se dejó el castaño cabello suelto, cayendo en bonitas ondas sobre su espalda.

A las once y media se dirigía al bufete, tras pasar por los juzgados para hacer unas gestiones. Una sonrisa radiante iluminaba su rostro, mientras repasaba mentalmente los detalles del divorcio. El patrimonio común del matrimonio Blake-Milo era considerable tanto en cantidad como en valor y, por tanto, también lo eran los honorarios que se iban a embolsar el bufete y ella misma por ser la artífice de la formalización del contrato de disolución.

Kasey Blake, pese a la primera impresión, le había parecido bastante cabal y generoso durante el desarrollo de la segunda reunión, que había tenido lugar el jueves para concretar las cláusulas y en la que había podido escuchar su voz grave por primera vez en directo. Si bien, seguían sin gustarle ni sus pintas zarrapastrosas ni el motivo alegado para el divorcio, no podía negar que el cantante tenía un indiscutible atractivo, y más cuando hablaba. Su voz era poderosa y penetrante, se te metía dentro, haciendo vibrar todas las células.

Aquel caso era pan comido, Kasey se conformaba con todo lo que Olivia le quisiera ceder, a cambio de quedarse con solo un par de cosas. Liza no pensaba que hubiera ningún problema en conseguírselas y de paso jugar bien las bazas para sacar algunas más, aquello suponía una minucia en comparación

con el grosor de los bienes comunes del matrimonio. Los dos habían contribuido por igual y lo justo era hacer un reparto equitativo del patrimonio.

Como le sobraba tiempo, decidió comprar un café para llevar en la cafetería de la esquina antes de subir al bufete. La reunión no era hasta las doce y media, y había quedado con Kasey Blake que acudiera con unos diez minutos de antelación para terminar de atar todos los cabos antes de la vista con la parte contraria.

El local estaba hasta la bandera y Liza se puso en la cola de pedidos. Delante de ella había unas siete personas. Mientras esperaba su turno, repasó de nuevo mentalmente los pormenores del contrato.

—Buenos días, Liza. ¿Me cueles? —Jack Lefkowitz, uno de sus dos jefes se acercó a ella, sobresaltándola.

—Hola, Jack. Claro. ¿Qué quieres pedir?

—Un café largo y una berlina.

—¿De cuáles?

—De las rellenas de crema —respondió Jack con un guiño.

—Mmm, qué ricas.

—¿Por qué no te pides una?

—¿Estás loco?! —exclamó riendo—. Eso se va directo aquí y aquí—. Liza se acarició la barriga y luego la cintura, Jack siguió el recorrido de su mano con una sonrisa encantadora.

—Creo que puedes permitirte —opinó él con sinceridad.

Liza puso los ojos en blanco y se atusó la melena de un modo fingidamente seductor. Jack era un hombre muy atractivo, pero, aparte de ser uno de sus jefes, no estaba libre. De hecho, tenía previsto casarse en septiembre. Liza no estaba interesada ni de lejos en él, pero la amistad que tenían les permitía hacerse esa clase de comentarios sin que ninguno advirtiera ningún tipo de intención de conquista en ellos.

—Este vestido te queda genial —añadió Jack—. Es justo el vestido que a Janice le encantaría. ¿Dónde lo has comprado?

—En Glasgow. Estuve allí este fin de semana con una amiga.

—¿Y qué tal fue?

—Muy bien. Lo pasamos estupendamente... Ya sabes, haciendo cosas de chicas —respondió Liza jovialmente. Pero al recordar el fin de semana, la imagen del Viajero Despreciable le vino de golpe a la mente, por lo que torció un poco el gesto.

Danny se quedó mirando a Bella Pettegolezzo desde una mesa de la cafetería, boquiabierto por la sorpresa.

—Joder, no me lo puedo creer —se dijo.

Estaba preciosa. Llevaba un vestido blanco entallado que se pegaba perfectamente a su bonita silueta, resaltándola. La falda le llegaba justo por encima de las rodillas y era lo más sexy que había visto en su vida. Tenía unas piernas de locura, pensó. Pero ¿quién era ese tipo con el que estaba hablando? Parecía que tenían algo. Danny no pudo evitar fruncir el ceño, en el restaurante de sus padres ella le había dejado entrever que estaba interesada en él y ahora estaba con ese hombre, coqueteando. De haberse encontrado sola o con una amiga, Danny se hubiera levantado para presentarle sus disculpas por no acudir a la cita, pero el hecho de que estuviera *tan bien acompañada* le hizo pensar que prefería no hacerlo. Había pensado varias veces en ella a lo largo de la semana e incluso imaginado que la volvía a ver por casualidad, ¡y allí estaba!, pese a que no pensaba que fuera muy probable.

La pareja hizo el pedido y se desplazó unos pies a la derecha en la barra para esperar a que se lo sirvieran. Seguían hablando animadamente y era indiscutible que tenían algo. El lenguaje corporal de ambos era evidente. Ahora ese hombre le estaba acariciando el cabello y ella reía, coqueta.

—Deberías llevar siempre el cabello suelto —afirmó Jack estirándole un mechón de pelo a Liza, que lanzó un falso grito de dolor.

—¿Qué tendrá el pelo largo que tanto os gusta a los hombres?

—Supongo que vemos una forma muy interesante de sujetaros mientras...

—Jack se mordió el labio inferior de un modo sugerente—... Ya sabes, Liza. Mientras... —Abrió los ojos expresivamente para darle más énfasis a esa palabra que no quería pronunciar ante ella.

Liza le agarró el brazo, riendo tanto, que se inclinó hacia delante, sujetándose la barriga.

—¡Qué bruto eres! Ya decía yo que la última vez que vi a Janice estaba algo más calva —bromeó y Jack soltó una sonora carcajada.

—Aquí tienen. —La camarera dejó sobre la barra los cafés y la berlina dentro de una bolsa de papel con el logo de la cafetería.

—Gracias. —Jack se dirigió a la camarera y recogió los vasos, entregándole uno a Liza—. Cuidado que quema mucho.

—Gracias —dijo ella, tomándolo con cuidado a la vez que soplaba las volutas de vapor—. No sé por qué los ponen tan calientes. Parece que quieren

calcinarnos las gargantas —protestó, encaminándose a la salida, seguida de Jack que, aun no estando interesado en Liza, no pudo evitar echarle un vistazo al bonito trasero de su compañera y amiga. Nunca la había visto tan sexy para ir a trabajar.

Detalle que tampoco le pasó desapercibido a Danny, que no había perdido de vista a la pareja. Los siguió con la mirada hasta que los perdió de vista desde su posición junto al ventanal que daba a la calle. Por unos segundos estuvo muy tentado de salir detrás y seguirlos, pero aparte de que eso no tenía ningún sentido, porque ¿qué iba a conseguir con ello?, tampoco tenía tiempo. Había quedado con su cliente en media hora frente al edificio donde se encontraban las oficinas de Lefkowitz y Maddox Asociados.

10

Liza entró en las oficinas del bufete junto a Jack y, tras saludar a Carol y preguntarle si tenía algún recado para ella, se encaminó a su despacho para dejar el bolso, tomarse el café mientras leía un poco la prensa diaria y recoger las copias impresas del contrato.

Diez minutos después, Carol la avisó de la llegada de Kasey Blake, que esta vez había acudido solo, y Liza salió a recibirlo. Juntos se dirigieron a la sala de reuniones, lugar donde tendría lugar la vista con la parte contraria.

—¿Cómo se encuentra? —Liza le preguntó, refiriéndose a su reciente operación, con el fin de amenizar la espera.

—¡¿Cómo quiere que me encuentre?! Yo no quería esto, ¿sabe? —respondió sulfurado el cantante, pensando que la abogada le preguntaba por su inminente divorcio.

—Supongo que no le quedó otro remedio —opinó Liza sin entender por qué su cliente se había alterado tanto.

—No, claro que no. No me dejó otra opción. —Cerró los ojos y suspiró profundamente, inducido por el gran pesar que había invadido su pecho ante la proximidad de encontrarse cara a cara con Olivia en cuestión de minutos.

—Entiendo que pasar por quirófano era la única solución para sus pólipos.

Kasey abrió los ojos, sorprendido. Luego soltó una fuerte carcajada, que terminó en un carraspeo incómodo. Todavía no estaba al cien por cien, ya que el proceso de rehabilitación era lento.

—Perdone, Liza, pensaba que me preguntaba por mi estado emocional. —Bajó la vista, apesadumbrado.

—No, perdóneme usted, yo también lo siento. Solo quería saber si se encuentra ya bien... —Liza se tocó la garganta para recalcar que se refería a sus cuerdas vocales.

—Eso va despacio, igual que lo otro. —El cantante se tocó el pecho sentidamente, y Liza asintió. No terminaba de comprender por qué había decidido divorciarse de la modelo, parecía quererla todavía—. Cuando se ha

amado tanto a alguien, pensar que todo pueda disolverse como la nieve con el calor del sol parece improbable a corto plazo, pero las decisiones que tomamos nos gobiernan.

—No siempre —comentó Liza—. Ninguna decisión es irrevocable.

—¿Incluso la pena de muerte? —ironizó Kasey.

Liza sonrió levemente.

—Incluso entonces queda esperanza.

—Eso dígaselo al condenado en el corredor de la muerte.

Liza se encogió de hombros y cuadró las hojas del contrato con unos golpecitos contra la mesa.

—Lo he dispuesto todo tal cual me pidió, pero he pensado que esa cabaña en Lugano es muy poco...

—¡No quiero nada más! —la interrumpió otra vez encendido. Era un hombre de genio muy corto y la convivencia con él no debía ser nada fácil, presumió la abogada—. La cabaña y a Arthur.

—Entiendo... Señor Blake, pero debería pensarlo mejor, estamos a tiempo de hacer unos cambios. Después de todo, fue Olivia quien rompió el acuerdo de no tener hijos.

—Ese niño será mío de todas formas —dijo él con pesar—. He estado pensando en ello estos últimos días. Aunque nos divorciemos, ese hecho no cambiará.

—Claro, así es —corroboró Liza, pensando que el cantante iba a echarse atrás. No sería la primera vez que le pasaba, que unos clientes decidían no seguir adelante en el momento de la verdad, y ella, cuando eso había ocurrido, se había alegrado sinceramente, pese a perder buena parte de los honorarios previstos. En este caso se trataría de una suma bastante importante—. ¿Quiere que le traiga un vaso de agua? —le preguntó al ver que parecía estar al borde del llanto. Eso no debía ser bueno para sus cuerdas vocales.

Kasey asintió y ella se dirigió a la máquina dispensadora que habían instalado en la zona de recepción para que estuviera al alcance de todos los empleados del bufete. Tomó un vaso y lo llenó de agua, lo dejó sobre la garrafa, y luego llenó otro para ella.

Cuando se dio la vuelta con sendos vasos en las manos, las puertas del ascensor se abrieron, y una mujer y un hombre aparecieron. La mujer era inconfundible: Olivia Milo en carne hueso, enfundada en un vestido de punto rojo que apenas dejaba traslucir su estado de buena esperanza, altísima, delgadísima, rubísima y bellísima, tal y como siempre aparecía en los

anuncios publicitarios. El hombre que la acompañaba, vestido con traje chaqueta azul marino, también era alto, algo más que la modelo, tenía buena planta y era muy atractivo, y además... Además, tenía esa media sonrisa y esos ojos...

Liza había visto esa media sonrisa y esos ojos pardos con anterioridad. Desconcertada, se quedó mirándolo embobada tratando de encajar esa cara en el aquí y ahora, y entonces algo hizo clic en su cabeza.

No esperaba volver a ver al Viajero Despreciable nunca más, pero mucho menos entrando con esa pintaza tremenda que daban ganas de lamerlo entero de la cabeza a los pies, en su lugar de trabajo, un terreno que ella dominaba y donde nada escapaba a su control. Aquello la descolocó sobremanera, tanto que perdió el control de la fuerza de las manos y los dos vasos de agua cayeron al suelo. Por unos instantes, se quedó allí plantada como un pasmarote, con las manos abiertas y los pies mojados, mirando boquiabierta a ese hombre que acababa de reparar en su presencia. Aunque él pareció sorprenderse al verla allí, ni de lejos lo estaba tanto como lo estaba la pobre Liza. Pero la sonrisa que llevaba en los labios se borró de inmediato y le dirigió una penetrante y fría mirada muy distinta a las que le había brindado en Glasgow, algo que todavía desconcertó todavía más a Liza, que de todas, se sentía entre ellos dos con el derecho exclusivo para dirigir miradas fulminantes.

Carol, que había presenciado todo desde su puesto detrás del mostrador, acudió corriendo en su ayuda.

—Señorita Brown, por Dios, pero ¡cómo se ha puesto los pies! Déjeme los zapatos que se los seque. —La mujer se agachó y trató de levantarle un pie para quitarle un zapato, algo que pilló por sorpresa a Liza que, perdiendo el equilibrio, cayó en plancha sobre la moqueta. ¿En serio? ¿Se podía hacer más el ridículo?, pensó mientras veía los brillantes zapatos de los dos visitantes acercarse a toda velocidad.

—¿Se encuentra bien? —Olivia Milo miró preocupada a Liza, que permanecía tirada en el suelo y parecía estar maldiciendo entre dientes.

—Señorita Brown, perdone. —Carol le posó con suavidad la mano en el hombro—. Deje que la ayude.

—No —dijo tajante Liza, sumida en la vergüenza de verse de esa guisa justo antes de la vista ante la parte contraria y especialmente ante el Viajero Despreciable, quien era obvio era el abogado de la modelo—. Puedo sola.

—Lo siento. No era mi intención que se cayera. —La recepcionista no

podría estar más disgustada por lo ocurrido.

—No se preocupe, Carol. Estoy bien —le repuso Liza, tratando de recuperar el aplomo para levantarse y enfrentar la mirada con la del Viajero Despreciable.

Danny observaba a las dos mujeres hablar y su mente se había puesto a atar cabos. Al principio, al ver a Bella Pettegolezzo con los vasos de agua había pensado que debía trabajar de asistente en el bufete, pero, tras escuchar a la que parecía ser la recepcionista, llamarla señorita Brown, había deducido de inmediato que se trataba de la abogada con la que se había citado. Cabía la posibilidad de que hubiera dos señoritas Brown, pero no pensaba que eso fuera algo muy probable, pero tampoco lo era mucho encontrársela por segunda vez esa mañana.

Viendo que todavía seguía tirada en el suelo, optó por levantarla él mismo. La tomó por los costados y a peso la elevó del suelo como si fuera una pluma, posándola finalmente derecha. Mantuvo las manos en su cintura, generando con ello un revuelo importante en el estómago de la abogada que no podía estar más afrentada, hasta que comprobó que sus pies habían aterrizado con seguridad

—Gracias —silabeó Liza, bastante aturdida, ante aquel alarde de fuerza por parte del Viajero Despreciable, que debía tener unos bíceps de acero tal y como había presumido en el tren.

—De nada. Un placer rescatar princesas en apuros —dijo él con guasa, manteniéndole la mirada por unos segundos mientras retrocedía tres pasos, para darle espacio. Sus ojos eran puro fuego.

Liza sintió que su cuerpo temblaba como una hoja y el suelo parecía disolverse bajo sus pies. Un pie le falló y notó que toda ella se iba de lado. Pero Danny estuvo rápido y, aproximándose a toda velocidad, le capturó con fuerza de nuevo la cintura, impidiendo que cayera.

—Debe ser la suela... Que está mojada —se excusó ella, sintiendo que el calor que emanaban las manos de aquel hombre traspasaba el tejido de su vestido nuevo y se extendía por la piel de su vientre, hacinándose en este de un modo abrasador. «Para, cuerpo. Empieza a funcionar, cabeza», se dijo, abrumada por las sensaciones que la invadían en aquel momento—. Estoy bien, gracias. Ya puede soltarme —dijo, poco convencida, pero firme.

—¿Seguro? —preguntó él, esbozando una media sonrisa tan bellaca que el calor hacinado en el vientre de Liza explotó de súbito, provocándole un certero espasmo en el sexo.

—Sí, seguro, seguro. —Posó las manos sobre las suyas con el fin de apartarlas y él las retiró con cautela, no estando muy seguro de querer dejarla sin sostén—. Gracias por la ayuda.

—Ha sido un placer —dijo Danny, posicionándose junto a la modelo, que había seguido con interés el intercambio de palabras y contactos entre su abogado y aquella mujer tan guapa.

—Buenos días —intervino Carol, que con todo el jaleo, había olvidado por unos minutos sus funciones—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Tenemos una reunión con la señorita Brown —respondió Danny recuperando el tono profesional—. Soy Daniel Greco de AD Lawyers y ella es mi cliente, la señora Blake.

—Así es, les estábamos esperando —corroboró Carol—. La tenían a las doce y media. Voy a anunciar su llegada a la señorita Brown —dijo Carol, luego miro a Liza y añadió—: Señorita Brown, su visita de las doce y media ha llegado.

—Gracias, Carol —respondió Liza, tratando de no sonar antipática. Toda aquella ceremonia estaba un poco fuera de lugar tras lo ocurrido, pero tampoco era muy normal hacer una aparición estelar cayéndose una delante de la parte contraria. Extendió la mano y se la ofreció a Olivia Milo.

—Soy Liza Brown, la abogada del señor Blake. Un placer, señora Blake.

—A Kasey no le gusta que lo llamen así —le repuso ella, torciendo el gesto.

—Lo sé, pero a mí sí me gusta —afirmó Liza que, tras estrechar la mano de la modelo, se dirigió al abogado con el mismo gesto.

—¿Así que usted es Liza Brown? —dijo él, sonrisa en boca—. Me han hablado mucho de usted.

—Espero que bien —respondió ella, entornando los ojos con inquina, un detalle que solo pudo apreciar el abogado—. Y usted es Daniel Greco. Un placer, supongo.

—Lo mismo digo, señorita Brown —dijo él, devolviéndole la mirada.

—Acompañenme. —Liza les hizo un ademán con la mano para mostrarles el camino—. El señor Blake ya ha llegado y les está esperando.

—¡Qué raro! —exclamó Olivia en irónico—. Kasey es de los que les gusta siempre llegar tarde y que lo esperen.

—Al menos le gusta llegar, que ya es un detalle de agradecer —comentó Liza.

—Se ve que a usted nunca le ha hecho esperar —le replicó la modelo.

—Él no, nunca, la verdad. Pero otros hombres sí. Alguno incluso todavía no ha llegado a fecha de hoy. Menos mal que no era un asunto de vida o muerte, porque tal vez yo estaría ya más momificada que Tutankamon.

—Tal vez sí era un asunto de vida o muerte —intervino Danny, sintiéndose atacado.

—Sería más de vida que de muerte, porque el pájaro todavía colea.

—Eso téngalo usted por seguro —replicó con rapidez Danny.

—¿Lo de que está vivo? —preguntó ella siguiéndole la gresca.

—Lo de que colea —aclaró él con una sonrisa impertinente.

Liza quiso decir algo, pero Olivia, que estaba muy acostumbrada a ser el centro de atención, los interrumpió, molesta con toda aquella cháchara banal:

—Disculpen, pero me gustaría comenzar con la reunión, tengo una agenda muy apretada. —Comenzó a andar con la esperanza de que los abogados la siguieran.

Liza, bastante contrariada, apretó los labios y los pasos hacia la sala de reuniones. Podrían estar eternamente lanzándose pullas, pero la cuestión era que Daniel Greco no había ido al bufete para pelearse con ella, o sí... Estaba allí en calidad de abogado de la parte contraria. Mmmmm... Así que se llamaba Daniel Greco y era abogado. Liza sonrió para sus adentros. Abogado. Eso sí que no se lo esperaba. Cuando se lo contara a Brenda, iba a alucinar.

—Entremos en la sala —dijo Liza, parándose ante la puerta y abriéndola acto seguido, para cederles el paso.

Olivia entró seguida de Danny. En la silla, Kasey se irguió nada más verla. La modelo se sentó frente al cantante con un mohín de disgusto y este la saludó levantando el barbudo mentón con un gesto de vergüenza, algo que no pasó desapercibido a los ojos de Liza. Los abogados tomaron asiento junto a sus clientes y enfrentaron las miradas. Liza no pudo evitar pensar que a pesar de todo ese hombre era rabiosamente guapo y Danny, por su parte, que la abogada estaba para devorarla con ese escote tan sugerente, siempre y cuando mantuviera la boquita cerrada. Era bastante impertinente.

—Bien, seré breve, pues todos sabemos el motivo de esta reunión y será mejor que vayamos directos al grano —habló Liza, entrelazando las manos sobre la mesa y mirando esta vez directamente a Olivia—. Esta es nuestra propuesta. —Empujó las copias del contrato de disolución marital por encima de la mesa.

—Mi cliente también tiene su propia propuesta. —Danny le lanzó con pericia los documentos, que resbalaron sobre la superficie hasta las manos de

Liza. Ella abrió la carpeta y le cedió una copia a Kasey.

Danny, por su parte, también tomó una copia y le pasó otra a la modelo.

Los cuatro se mantuvieron en silencio mientras leían los detalles de las propuestas contrarias. Danny tras echarle una breve ojeada al contrato que había redactado Liza, pensó que la cosa no iba a ser nada fácil. Liza, en su asiento, levantó la mirada y la centró en el abogado, pensando justo lo mismo.

—Puf. —La modelo dejó caer el documento sobre la mesa—. ¡Pero ¿qué narices significa esto? Quiero la custodia de Arthur! —exclamó enfadada.

—Y yo —se pronunció Kasey, irguiendo la espalda, con los ojos furiosos clavados en ella.

Olivia apoyó los codos en la mesa y miró al todavía su esposo con los ojos cargados de ira.

—¿Para qué narices lo quieres? —le espetó.

—Es mío y lo quiero.

—Tú lo que quieres es hacerme daño —le repuso ella subiendo el tono de la disputa.

—Sabes que no. Arthur es como un hijo para mí —replicó Kasey un poco más alto.

—¿Un hijo? —Olivia bufó dibujando una mueca de asco en su precioso rostro—. Tú no sabes lo que significa esa palabra, si así fuera no estaríamos aquí ahora.

—Sabes de sobra que eso no es cierto. Estamos aquí porque tú infringiste nuestro acuerdo.

—En el amor no hay acuerdos, Kasey —gritó Olivia.

—En el nuestro sí los había —gritó más fuerte él—. Era un pacto. Nuestros trabajos no nos permiten tener hijos en esta etapa de nuestra vida. ¿Quién te va a querer contratar ahora cuando te pongas como una vaca? ¿Cómo voy a irme de gira dos meses dejando a mi hijo aquí? Estás loca. Sabes perfectamente que no nos conviene a ninguno.

—Tranquilícense. —Danny intentó apaciguar los ánimos—. No estamos aquí para discutir temas morales. Debemos centrarnos en la negociación. —El abogado posó la mano sobre el antebrazo de Olivia, tratando tranquilizarla. Él también pensaba que el amor no se mide con acuerdos o pactos prematrimoniales, pero que ese tal Kasey era un gilipollas no era el tema que les concernía debatir en ese momento.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Greco —dijo Liza, mirando al abogado y apartando la vista de él al segundo para centrarse en qué pregunta

iba a realizar a continuación—. Veamos, ¿quién compró o adoptó el perro?

—Los dos fuimos al refugio de Dog and Cat Home y adoptamos a Arthur —respondió Kasey, recostándose en la silla.

—Bien, ¿y quién se hacía cargo de sus cuidados?

—Morgan —respondió al unísono el aún matrimonio.

—Yo me quedaré con Arthur, no sería bueno para Olivia y el bebé convivir con un animal en casa —afirmó el cantante.

—Vaya, ¿ahora te preocupas por mi salud y la de mi hijo? —masculló Olivia, dirigiendo a su marido una mirada reprobatoria.

—Siempre lo he hecho, además, ese bebé también es hijo mío, aunque te pese.

—Te pesa más a ti.

Ambos se aguantaron la mirada unos segundos y los abogados no supieron ni qué decir. Esa pareja se quería y estaban en esa situación por las excentricidades de ese cantante trasnochado que estaba más preocupado de seguir dando la nota para con sus fans que del verdadero sentido de la vida en familia y el trabajo. Cosas que no debían ir unidas en el caso de ambos, pues su imagen pública debía distar mucho de sus aspectos privados.

—Veo que será difícil llegar a un acuerdo con respecto a Arthur. Quizá podamos debatirlo más tarde. ¿Qué quieren hacer con la cabaña? —terció Danny, haciendo unos apuntes en su libreta.

Liza conversó en voz baja con el cantante durante unos segundos, luego habló a la parte contraria:

—Mi cliente está dispuesto a ceder la cabaña a Olivia a cambio de la custodia del perro.

—No, gracias. Sé que le duele más desprenderse de Arthur que de esa casa —dijo Olivia con altanería.

—¿Tanto me odias para buscar cualquier excusa para hacerme daño? —preguntó Kasey, inexplicablemente abatido.

—Nunca superaré el daño que me has hecho, despreciándome por estar embarazada de ti. Eso sí es algo inhumano. —A Olivia se le agolparon las lágrimas en los ojos e hizo un gran esfuerzo por no dejarlas salir.

—Creo que en esta reunión están aflorando muchos sentimientos y rencor, y será difícil llegar a un entendimiento. ¿Qué quiere usted realmente, señora Blake? —le preguntó Liza sacando su vena más profesional, aunque estuviera de acuerdo con la cliente de su contrincante.

—Quiero poder seguir mi vida con mi hijo con dignidad. ¿Acaso usted,

señorita Brown, no querría lo mismo si estuviera en mi lugar? —quiso saber la modelo, mirándola fijamente, de mujer a mujer.

—Yo no puedo juzgar eso. Yo estoy aquí para y por los intereses del señor Blake —respondió Liza haciendo acopio de su saber estar y profesionalidad—. Si ustedes no son capaces de resolver el reparto de sus bienes, lo tendrá que hacer un juez.

—¡O no! —exclamó Danny, dejándolos a todos expectantes con su intervención.

—¿O no? ¿Eso se lo han enseñado a usted en la carrera? —le preguntó Liza arqueando una ceja.

—No todo lo que uno aprende en la vida lo enseña un catedrático, señorita Brown —le repuso él con un deje burlón.

—Si se refiere a servir raviolis, estoy segura de que no —le espetó Liza a sabiendas que aquello era un golpe bajo.

—No todos somos unos repipis como usted, que a mi buen parecer se saltó algunas clases de ética en la escuela primaria.

—Disculpen, ¿a qué viene todo esto? —preguntó Kasey, mirando a Olivia y a los dos abogados, como en una rueda de reconocimiento.

—Disculpen, estamos perdiendo el tiempo tontamente —dijo Danny—. Lo que quería exponer, antes de que la señorita Brown me interrumpiera, es que nosotros como abogados, podemos ayudarles a resolver el tema de Arthur de una manera poco común, pero posiblemente efectiva.

—Hable —dijo el cantante, mesándose las barbas.

—Llevar este asunto ante un juez tal vez sea excesivo, tanto en tiempo como en uso de recursos. Al no tratarse de un ser humano, deberíamos aportar cada parte pruebas o testigos para dejar claro quién es de ustedes dos la persona con mayor afinidad con el can. Personalmente pienso que no tenemos por qué llegar tan lejos, ganaríamos mucho tiempo y podríamos acabar con el conflicto que nos ocupa con mucha mayor rapidez si...

—Señor Greco, ¿le importaría ir al grano? —lo interrumpió Liza, impacientándose.

—A eso iba, señorita Brown. Si no me interrumpiera constantemente. Se ve que tampoco le enseñaron a respetar los turnos de palabra cuando era pequeña. Debería mirárselo.

—Desde luego, y también debería mirarme lo de hablar con extraños —comentó con ironía Liza, frunciendo la nariz con desprecio.

—¡Al grano! —protestó el matrimonio, estando al menos de acuerdo en

que a sus abogados algo les había picado. Aquel comportamiento no era muy profesional.

—He pensado que me gustaría valorar personalmente el grado de predilección de Arthur.

—¿También es usted adiestrador de perros? —preguntó Liza con un tono burlón.

—Déjelo hablar, mujer —la reprendió su cliente, haciendo que su voz sonara inquisitoria y poniendo a Liza en tensión.

—Lo hago, pero si pretende que tomen ustedes una decisión, usando como testimonio su propio juicio, está pecando de pretencioso. Me niego. —Liza se cruzó de brazos y le lanzó al abogado una mirada belicosa.

—Por supuesto que no. Me refiero a usted y a mí. A los dos juntos —le sonrió él con prepotencia y ella entornó los ojos.

—¿Cuál es su idea, Daniel? —preguntó Olivia con interés.

—Los cuatro, nosotros cuatro —aclaró, deslizando la mirada por todos los presentes—, podemos pasar unos días en esa cabaña que se disputan... Con Arthur. Puede sonar descabellado... Raro quizá, pero se ahorrarían un juicio mediático, que no sería más que una pérdida de tiempo para ambos y no haría otra cosa más que darles mala reputación a sus carreras. Claro está, si confían en nuestro buen juicio y están de acuerdo.

—¿Pretende usted pasar unas vacaciones gratuitas en Suiza? —Liza apoyó los codos en la mesa, mirando desconcertada al abogado.

—No, por suerte mi profesión me permite pagarme unas vacaciones donde quiera, señorita Brown. Esto lo hago por el bien común de nuestros clientes, algo que usted también debería tener en cuenta. Piense en el pobre Arthur, ¿no querrá que entre en depresión por vivir con la persona que menos le quiere? —Danny apretó los labios para evitar reírse por eso último que había dicho.

—Yo estoy dispuesta, sé que Arthur me adora —intervino Olivia, apoyando la disparatada idea de su abogado—. Aunque no sé si Kasey estará de acuerdo, es incapaz de ir a ningún lado sin su séquito —comentó con desdén.

—¿Señor Blake? —preguntó Danny a un Kasey pensativo.

—Si es por el bien de Arthur, estoy dispuesto. Pero eso de que no sé ir a ningún lado sin mis amigos es una gran mentira —dijo enfurruñado.

La modelo soltó una hueca carcajada al aire y puso los ojos en blanco, expresando así su opinión al particular.

—¿Nos hemos vuelto todos locos? —preguntó Liza, que no daba crédito.

—Necesitamos una respuesta, señorita Brown —dijo Danny, que observaba a Liza con ojos chistosos.

—Ella lo hará —afirmó el señor Blake—. Si es por los honorarios, no debe preocuparse, señorita Brown.

—No pretendo ser grosera, pero mi tiempo vale dinero y más si me obligan a convivir con ustedes tres unos días. No me muestro en ropa de andar por casa delante de cualquiera —dijo Liza, recolocándose de manera incómoda en la silla.

—Diga una cifra, sin miedo, señorita Brown.

—No voy a hacer tal cosa, es algo que podremos aclarar en privado si decido hacerlo.

—Seguro que llegaremos a un buen entendimiento —dijo Kasey, levantándose dispuesto a marcharse—. He de irme. Llámeme luego para darme los detalles.

—Yo también tengo que irme. Llego tarde a una cita en el otro lado de la ciudad—. Olivia Milo se puso en pie y dio unos pasos en dirección a la salida.

Los dos abogados observaron, boquiabiertos por la sorpresa, cómo el cantante abría galante la puerta a la modelo y se la sujetaba mientras esta, contoneando las estrechas caderas, salía de la sala de reuniones con la barbilla bien alta. Luego se miraron por unos segundos sin decir nada.

11

—¿Y bien? —dijo Danny, rompiendo el silencio.

—¿Pretende que tome una decisión aquí y ahora?

—Eso pretendo.

—Pues prefiero pensarlo. Las decisiones precipitadas no traen nada bueno consigo —le repuso ella, levantándose de la silla.

—Hazlo rápido, ya has oído al señor Blake. —Danny se puso en pie, sonriéndole burlón.

—Prefiero pensarme las cosas con calma, señor Greco. No tengo buena experiencia con los impulsos y tampoco con usted —le espetó ella, recorriendo a toda velocidad la distancia hasta la puerta, pero Danny avanzó más rápido que ella y le bloqueó la salida con el cuerpo, presumiendo que la abogada pensaba marcharse sin darle una respuesta.

—¿Le importaría apartarse? —Se detuvo y le sostuvo la mirada. Era unos veinte centímetros más alto que ella, pese a los taconazos de ese día, y visto tan de cerca era tan guapo que se le aflojaban las piernas. Maldito pretencioso. ¿Qué pretendía con aquella absurda treta? ¿Era por los clientes o era por él? ¿Quería seducirla pese al plantón? Era inconcebible su descaro, y al mismo tiempo, irresistible. ¡Dios! ¿Por qué le atraía tanto ese hombre a pesar de todo.

—Pues sí.

—¿Me va a obligar a apartarlo? —Su voz sonó firme, aunque estaba hecha un manojo de nervios.

—Eso parece. —Danny apoyó el hombro en el marco y le lanzó una sonrisa combativa. Le brillaban los ojos pardos y ella pensó que así de cerca las motitas amarillas resultaban hipnóticas. Parecían decir: acércate un poco más y bésame. Bésame mucho, Liza.

—Está bien. No me deja otra opción. —Liza no pensaba doblegarse a los impulsos de su cuerpo. Estaba irreconocible.

Él se encogió de hombros y ella, sin pensárselo dos veces, apoyando las manos en su pecho (que era duro) le dio un buen empujón, logrando apartarlo

un poco.

—Vaya, tienes fuerza —rio Danny, recuperando de inmediato la posición.

—¿Para ser mujer? —le preguntó ella con sorna, mientras lo empujaba de nuevo para hacerse hueco. Pero Danny estiró el brazo y lo apoyó en el marco de enfrente, cerrándole el paso otra vez. Sus ojos se encontraron de nuevo en una distancia muy corta y la abogada tragó saliva, muy nerviosa con la cercanía entre los dos. El corazón le iba a mil y la respiración se le había acelerado visiblemente.

Las pupilas de Danny se dilataron, mientras repasaba las facciones de la cara de Liza: ojos enormes y azules, nariz pequeña y chata, labios llenos y rojos, una delicia. Sería un verdadero placer besarla.

—¿Me odias, verdad? —le preguntó, inclinando el rostro hacia ella, peligrosamente para Liza que temía ser víctima de un impulso y lanzarse en picado a su boca.

—Solo lo detesto, señor Greco. El odio es un sentimiento demasiado visceral para sentirlo por alguien que no te importa. Si me permite. — Retrocedió un paso orgullosa de su autocontrol. Pero debía alejarse de su influjo, ninguna parte de su cuerpo debía estar en contacto con el abogado. Su cuerpo vibraba y temía que reaccionara por su cuenta y riesgo en cualquier momento. El corazón le cabalgaba como un loco dentro del pecho, tan fuerte que temía que él pudiera escucharlo.

—Quería ir.

Liza desvió la mirada, molesta y excitada a la vez, y la posó en la pantalla de proyecciones. Era incapaz de mirar a ese hombre sin que sucediera a continuación una de las dos cosas que le rondaban la cabeza. Sentía tantas ganas de besarlo ardientemente como de abofetearlo con todas sus fuerzas.

—Puedo darte una explicación, no f...

—No la quiero —lo interrumpió, volviendo a encararse a él. Sus respiraciones se aceleraron al tiempo que sus ojos se enfrentaban.

—Me gustaría dártela.

—¿Es que tiene cargo de conciencia?

—Pues sí —respondió Danny, sintiendo unos deseos intensos de besarla. Sabía que estaba cabreada con él, pero también podía apreciar el deseo en sus ojos y en sus jugosos labios entreabiertos.

—Pues ojalá te pudras con ellos.

Danny abrió la boca sorprendido y ella aprovechó ese momento suyo de debilidad para empujarlo más fuerte y apartarlo de su camino.

—Te llamaré mañana con mi decisión —dijo una vez fuera de la sala de reuniones.

—¿Por qué no esta tarde frente a una copa? —preguntó a sus espaldas.

Liza se detuvo y desanduvo los pasos dados, cuando llegó a su posición, alzó la mano y la estrelló con todas sus fuerzas contra su mejilla, girándole la cara.

—Ahí tiene mi respuesta. Es usted un completo capullo, señor Greco. Debería marcharse, aquí ya no hace nada.

Danny asintió levemente con gesto serio, tocándose la mejilla, y la siguió. Las fantásticas caderas de la abogada ondeaban a cada paso y él se esforzó en no perder la mirada en ellas. Esa mujer tenía todas las papeletas para hacerle perder la razón. Debía centrarse. Era la abogada de la parte contraria y cualquier relación extraprofesional entre ellos en ese momento estaba fuera de lugar.

En cuanto llegaron a la sala de recepción, Liza se detuvo junto a las puertas del ascensor y pulsó el botón de llamada. Un denso silencio los envolvió mientras esperaban.

Las puertas se abrieron y Danny entró en el habitáculo. Ella levantó la barbilla y dijo:

—Tendrá mi respuesta mañana.

—Contaré los segundos hasta entonces. —Danny sonrió traviesamente, desafiándola.

—¡Qué aburrimiento! —le replicó ella con una sonrisa sarcástica.

—No tanto, si le digo en qué estaré pensando mientras la espero. —Dannyladeó la cabeza y le guiñó un ojo. Aún tenía la mejilla colorada, algo que inexplicablemente a Liza le resultó muy sexy.

Ella sintió el impulso casi irrefrenable de entrar con él en aquel ascensor y devorarle la boca entera antes de arrancarle ese traje que tan bien le quedaba. Por suerte, las puertas se cerraron y el impulso se disolvió tan rápido como había surgido, dejándole una sensación rara en el cuerpo.

Ir a esa cabaña con Daniel Greco era un peligro. Liza era muy consciente de ello, no sabía por cuánto tiempo podría resistirse a los encantos de ese hombre. Sin embargo, también entendía que debía buscar una solución al conflicto de intereses entre su cliente con la modelo. Y aquella idea tan disparatada podía ser una forma válida para hallarla. Tenía que admitir que la idea le daba un pánico atroz, y no solo por ese abogado que despertaba en ella todo tipo de impulsos desmedidos. Ir a esa cabaña en Lugano requería un viaje

en avión, y a Liza solo el pensamiento de tener que montar en ese artefacto del demonio y estar a 33.000 pies de altura sin posibilidad de bajarse ya le producía una leve taquicardia.

Contrariada, se dirigió a su despacho y se dejó caer en la silla. Tenía que tomar una decisión y no sabía cómo negarse sin ser la nota discordante. El móvil vibró sobre la mesa y Liza miró la pantalla. Era un mensaje de Brenda.

«He conocido a un tipo encantador».

Liza tecleó rápidamente una respuesta.

«Me alegro mucho. ¿Cómo se llama?».

«Barry. No lo creerás, pero lo conocí en plan peli moñas, comprando en el Tesco y es jardinero», respondió Brenda en su despacho de la sucursal bancaria en Glasgow, mientras masticaba un bocadillo de salami.

«Jajajajá, luego dices que no te ocurren esas cosas de las pelis. Y jardinero, jajajajá. Entonces, te podará bien el seto».

«Espero que haga algo más que podármelo, necesito que me lo riegue a base de bien, lo tengo muy sequito».

En su despacho, Liza se echó a reír, mientras en Glasgow, Brenda seguía escribiendo:

«He quedado con él esta noche».

«Pues ya me contarás mañana todos los detalles».

«Hasta lo que no quieres saber», le aseguró entre risas Brenda tecleando de inmediato.

«Jajajajajá. ¿Y tú? ¿Alguna novedad?».

«Tampoco lo creerás, pero he visto en plan peli de terror otra vez al hombre del tren».

«¿El camarero del italiano?».

«Sí, y no es camarero. Es abogado y se ha presentado esta mañana en mi bufete con su cliente».

Brenda rompió a reír ante tal casualidad y escribió:

«Muerta me quedo».

«Pues imagina yo. Me he caído redonda de la impresión».

«Jajajajá. ¿Te ha dado alguna explicación?».

«No le he dejado, pero atenta: pretende que para resolver un conflicto entre nuestros respectivos clientes, vayamos los cuatro a pasar un fin de semana a una cabaña con su perro».

Brenda leyó el mensaje y luego lo releyó, sin terminar de comprender el mensaje de su amiga.

«¿Qué pinta su perro ahí?».

Liza tras leer la pregunta de Brenda, se quedó descolocada por unos segundos, antes de entenderla.

«El perro es de los clientes. Se quieren divorciar», le explicó.

«Ah... Pero ¿qué pinta el perro en la cabaña? No lo entiendo».

«Se están disputando al perro en el divorcio».

«¿El perro?!». Brenda no salía de su asombro. ¿Qué clase de excéntricos haría algo así?

«Sí, el chucho», confirmó Liza.

«La gente cada día está peor», rio Brenda.

«Pues sí».

«¿Y piensas ir a ese cabaña con el tío ese y esa pareja de canfilicos?».

Liza se recostó en la silla y meditó un poco más la respuesta.

«No lo sé, la cabaña está en Lugano y para llegar tendré que subir en un avión».

«Vaya, eso sí es una contrariedad».

«Lo sé, pero pienso que, aunque poco ortodoxa, es una buena idea. Los abogados decidiremos justamente a quién prefiere Arthur».

«¿El marido se llama Arthur?».

Liza soltó una sonora carcajada, luego aclaró:

«No, Arthur es el perro».

«Aaah, ok, pues tienes que ir».

«¿Tú crees?».

«Claro que sí, por dos motivos. Primero, debes hacer todo lo posible para que ese perrito adore a tu cliente y así ganar el caso a ese abogaducho de tres al cuarto y que se joda entero».

«¿Y segundo?».

«Seducirlo y cuando menos se lo espere darle un guantazo con retroceso incluido por dejarte plantada en el Bilson».

Liza volvió a soltar una carcajada.

«Puedes estar contenta, porque eso ya lo he hecho», tecleó orgullosa de sí misma. «Se le ha quedado una cara de tonto. Jajajajá».

«¿Le has dado un guantazo? Jajajajajajajá. ¿Lo has grabado?».

«Lástima pero no. Ha sido un impulso».

«Jajajá. Ya vas aprendiendo. Te dejo, tengo que atender a unos clientes».

«Ok, ya me contarás mañana cómo te ha ido la cita con el jardinero».

«Ahora mismo mi cita con Barry el Jardinero carece de todo interés frente

a tu cita romántica con don Plantón en la cabaña del tío Tom».

«No es una cita romántica y lo sabes. Es trabajo».

«Se trabaja para vivir, no se vive para trabajar».

«Y eso lo dice una adicta al trabajo como tú», le repuso Liza, esbozando una sonrisa, mientras tecleaba.

La abogada aguardó por unos instantes la respuesta de Brenda, pero acto seguido esta dejó de estar en línea. Posó el móvil sobre la mesa y encendió el ordenador portátil. Tras arrancar, inició el navegador de internet y tecleó el nombre de Daniel Greco en el buscador.

En cuanto vio su cara en el archivo de imágenes, el corazón volvió a acelerársele. Repasó detenidamente sus facciones y volvió a preguntarse cómo se habría fracturado el tabique nasal. Tal vez tendría ocasión de preguntárselo en la cabaña. Enseguida, rehusó tal pensamiento. No pensaba confraternizar con él... ¿O sí? Liza estaba hecha un lío.

12

En cuanto Danny llegó a las oficinas de AD Lawyers se topó con Mike Gordon saliendo de su despacho. Era uno de los abogados principales del bufete y lo conocía desde hacía poco tiempo. Pero habían congeniado enseguida y quedado algunas tardes tras el trabajo para tomar algo. A esas alturas era lo más parecido a un amigo que Danny tenía en Edimburgo.

—¿Qué tal te ha ido con Liza Brown? —Mike le preguntó por el caso del divorcio de famosos que sabía que estaba llevando su colega.

Danny suspiró.

—Bueno ... No ha estado mal.

—¿No ha estado mal el reparto de bienes o la abogada de la parte contraria? —preguntó Mike en tono burlón. La belleza de la abogada de familia de Lefkowitz y Maddox Asociados era bien conocida en el mundillo legal de la ciudad, así como su mala leche. No era muy alta, pero sí esbelta y tenía unas curvas fantásticas, además estaba soltera y sin compromiso. Mike en alguna ocasión le había dicho de ir a tomar algo juntos, pero ella siempre se había negado, soltándole incluso alguna barbaridad. Era todo un carácter—. Está buena, ¿verdad?

—¿Quién, Liza Brown? —Danny trató de parecer poco interesado en ella. Mike asintió.

—Es preciosa —afirmó Danny. Era cierto que lo era y no tenía por qué ocultar cuál era su opinión al respecto si le preguntaban.

—Ni se te ocurra pedirle una cita —le advirtió Mike.

—¿Por qué?

—Te dirá en muy pocas palabras por dónde te puedes ir de paseo. No se anda con tonterías.

—¿Tú se la has pedido alguna vez?

—Sí, un par de veces y me dijo que me fuera a la mierda.

—¿En serio? —rió Danny.

—En realidad... La primera vez solo me dijo que no tajantemente, la segunda sí, con esas mismas palabras. Oye, ¿has comido ya?

—No, he venido directo de la reunión —respondió Danny, pensando que no le extrañaba nada que Liza hubiera sido capaz de decirle aquello a Mike, la veía muy capaz de eso y mucho más.

—Yo iba ahora, ¿te vienes y comemos juntos?

Danny lo meditó unos instantes, estaba muy liado. La semana anterior le habían entrado varios asuntos y tenía que ponerse al día. No obstante, tenía hambre y en algún momento debía hacer un alto para comer.

—Está bien, dejo esto en el despacho y voy contigo.

—Estupendo, te espero en la calle fumándome un cigarro.

Tras dejar las carpetas y el portátil en el despacho, salió de nuevo al exterior. Las oficinas estaban ubicadas en Princes Street, la avenida principal de la New Town y había mucho ajeteo de peatones, autobuses y tranvías a aquellas horas. Mike le esperaba con la espalda apoyada en la fachada del edificio y Danny se dirigió hacia este. Su colega, conforme lo vio, lanzó el cigarrillo al suelo y pisó la colilla.

—¿Dónde vamos? —le preguntó Danny. Todavía no estaba muy puesto en los restaurantes de la ciudad.

—Vamos a un griego en Rose Street. Comida buena y en cantidad. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta.

A pie recorrieron la distancia hasta el restaurante en diez minutos. Al llegar se encontraron con que estaba lleno y tenían que esperar media hora para tener mesa. Ocuparon unos taburetes de la barra y se pidieron unas pintas de cerveza mientras.

—¿Y cómo un tío como tú sigue solo? ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta?

—Treinta y dos —aclaró Danny—. ¿Y tú?

—En septiembre haré los cuarenta y tres —respondió Mike, haciéndole un buen repaso a una atractiva morena que pasaba por su lado—. Pero bien llevados, ¿eh?

—Sí, se te ve en forma —afirmó Danny, echándole un vistazo a su prominente barriga—. Me refería a que tú tampoco tienes pareja.

—Estuve casado pero fracasó y ahora no busco nada serio. Cuando veo que empiezan a ponerse tontas las dejo sin más dilación.

—Entiendo.

—Tú tampoco pareces tener ganas de pasar por el aro. Estarás muy escarmentado, viendo cómo ves tantos divorcios, ¿verdad?

—Ahora mismo no —respondió Danny. No había estado casado, pero no

hacía mucho había querido hacerlo con Brooke y ella lo había rechazado. Después de un mes, todavía la sentía en su corazón, estoicamente acomodada dentro de su pecho, y su recuerdo lo invadía cuando menos lo esperaba, como ahora. ¿Estaba feliz con su decisión? No lo tenía muy claro. En lo profesional había ganado mucho, pero sentimentalmente había perdido a la mujer que amaba. Después de todo, él había sido quien había forzado la ruptura al aceptar aquel empleo en Edimburgo.

—¿Te pasa algo? —Mike le palmoteó amigablemente el hombro para devolverlo al ahora.

—¿Eh? Sí, perdona, pensaba en alguien.

—¿Un antiguo amor? —presumió Mike, parpadeando tontamente.

—No tan antiguo en realidad. Poco antes de mudarme a Edimburgo rompí con la que era mi novia... o, más bien, ella rompió conmigo. Le pedí matrimonio con la intención de traerla aquí, pero no quiso.

—Joder, tío, te rechazó, vaya dramón —Mike se rio—. Pero ¿estás bien, no?

—Sí... La echo de menos y siento... Bueno, ya sabes que esto no es fácil: olvidar de golpe a una persona que ha compartido tanto tiempo contigo, pero el trabajo ayuda a sobrellevarlo. Ahora mismo estoy al cien por cien en lo profesional.

—Deberíamos salir a tomar unas copas algún viernes o sábado. Te presentaré a muchas mujeres guapas dispuestas a ayudarte a olvidar a tu ex. No todo es trabajar en esta vida, necesitas diversión de la buena.

Danny sonrió de lado. Él ya había conocido a una mujer que podría ayudarle a superar lo de Brooke, una de armas tomar, aun así, dijo:

—Me parece muy buena idea. Cuando quieras.

—Pues este fin de semana.

Él negó con la cabeza y dio un sorbo de cerveza.

—Este fin de semana tal vez no pueda. He propuesto un plan un tanto disparatado para resolver el reparto de bienes de unos clientes.

Mike apoyó el codo en la barra y lo miró esbozando una sonrisa. Aquello prometía.

—Cuéntame ese loco plan.

—Verás... De todos los bienes que tiene en común el matrimonio Blake, la pareja solo quiere conservar una cabaña en Lugano y un perro labrador tuerto. Es increíble con todo lo que tiene esa gente que los dos quieran justo lo mismo y no haya forma de que ninguno ceda. Así que he propuesto pasar un fin

de semana juntos los cinco en esa cabaña.

—¿Los cinco? —Mike se quedó distraído mirando detrás de Danny, que siguió el recorrido de su mirada y comprobó que observaba a una pelirroja muy atractiva que había ocupado un taburete un poco más allá en la barra.

—La modelo, el cantante, el perro, la abogada y yo.

—Parece el título de una película porno —rio Mike, volviendo a centrar la mirada en Danny—. Espera ... ¿Has dicho la abogada? ¿ Liza Brown? —Soltó una sonora carcajada.

—Sí, ella misma.

—¿Liza Brown ha aceptado formar parte de algo así? —preguntó, incrédulo, entre risas. Aquel plan no era muy ortodoxo y la abogada, por lo que Mike sabía, no era de saltarse los protocolos.

—Eso espero. Mañana me lo dirá.

Mike rio y volvió a sorber la cerveza con la vista clavada en la pelirroja.

—Ya me extrañaba que ella hubiera aceptado. Esa mujer es cuadrículada por dentro —aseguró y le dirigió una sonrisa a la mujer, que se la devolvió junto a una mirada coqueta de ojitos entornados.

—Pero curvilínea por fuera —añadió Danny, esbozando una chistosa sonrisa, pensando en Liza y en lo bien que le quedaba ese vestido blanco que llevaba esa mañana. En ese escote bastante pronunciado que acentuaba la suave blanca piel de su cuello y la tela pegándose a esos pechos increíbles, y sobre todo en cómo le agradaría quitárselo antes de follársela. Dios, estaba perdiendo todo el criterio profesional.

—Estoy seguro de que pueden congelarse filetes de bacalao entre sus muslos —comentó irónicamente Mike, y Danny no pudo menos que reírse, pese a que no estaba en absoluto de acuerdo con esa afirmación sobre Liza. Al él la abogada le parecía puro fuego y tal vez tendría ocasión de comprobarlo pronto, o tal vez no. Eso no era muy correcto. Ahora mismo jugaban en equipos contrarios.

13

Liza no podía estar más nerviosa de lo que estaba mientras terminaba de hacer la maleta. ¿Cómo se había metido en semejante follón? No solo tendría que estar encerrada en un avión durante dos horas y media, además lo iba a tener que hacer junto a Daniel Greco y su irresistible atractivo. Y eso solo era el principio, luego iban a tener que estar en el mismo coche, en la misma cabaña, a todas horas durante dos días, supervisando al maldito chucho de la disparidad. ¿En qué momento había perdido la cabeza y había dicho que sí?

Aquella mañana no dio ni golpe en el bufete, trataba de centrarse en el trabajo, pero cada poco miraba la hora y cada vez que lo hacía, sentía mariposas en el estómago. ¡Eso era el colmo! ¡Ni que fuera una adolescente en las horas previas a una cita! ¡Aquello no era una cita, por Dios! ¡Era trabajo! «Céntrate, Liza, céntrate. No vas allí en plan de fin de semana romántico con Daniel Greco. Vas a trabajar». Cerró de golpe un dossier que no estaba consiguiendo leer y dejó caer la cabeza entre las manos justo cuando escuchó que se abría la puerta. Carol entró y se acercó a su mesa.

—¿Se encuentra bien, señorita Brown? —le preguntó, mirándola preocupada.

—Pues no. La idea de subirme a ese avión me está poniendo de los nervios.

—¿No ha pensado tomarse algún calmante?

—Pues sí, lo había pensado, pero lo cierto es que no tengo.

—Yo puedo ayudarla en eso —dijo Carol sonriente, feliz de serle útil a su jefa.

—¿Puede? —La abogada miró a su asistente esperanzada.

La mujer asintió sin dejar de sonreír.

—Tengo unas pastillitas que son mano de santo. Se quedará tan relajada que no sabrá ni donde está.

—Tampoco quiero eso —le repuso Liza, que no deseaba tener un comportamiento poco profesional inducido por esas pastillitas milagrosas.

La asistente descartó tal cosa con un rápido movimiento de mano.

—Qué va, no son para tanto, pero le van a venir divinamente. Se va a quedar tranquilita, tranquilita. —Le guiñó el ojo—. Voy por ellas. Por suerte, siempre llevo un blíster en el bolso. Nunca sabe una cuándo le hará falta un poco de ayudita.

Liza asintió, eso era justo lo que necesitaba: un poco de ayudita.

—¿En cuánto tiempo me harán efecto? —le preguntó, cuando Carol le puso tres pastillas en la palma de la mano.

—Una hora como mucho, pero si se toma una copita de algún licor irá más rápido —respondió.

—Muchas gracias, Carol. Me ha salvado. Meterme en ese cacharro del demonio y subir al cielo... —Liza llevó a los ojos al techo con una mueca de espanto dibujada en la cara como si estuviera visualizándolo—. Se me antoja la peor tortura de la Inquisición española.

—Yo encantada de ayudarla, para eso estoy aquí. —La buena mujer sonrió satisfecha.

Una hora después, Carol la llamó al teléfono fijo, para avisarla de que el señor Blake la estaba esperando en la calle con el coche en marcha. De nuevo las mariposas revolotearon agitadas en su estómago y Liza se puso en pie nerviosa, estirándose el jersey y alisándose unas arrugas inexistentes en los pitillos vaqueros. Había decidido ponerse cómoda para el viaje, pero no había querido prescindir de su habitual tacón y llevaba unos botines rojos que dejaban a la vista un par de centímetros de tobillo.

Arrastrando el trolley salió del despacho, tratando de controlar el estado de nervios que la devoraba por dentro. Nada más poner un pie en la calle, vio un Volvo negro S90 con las lunas tintadas parado delante del edificio y fue hacia él. Un chófer la esperaba de pie junto al vehículo y la saludó con una leve inclinación de cabeza, antes de dirigirse a ella para cogerle la maleta. Abrió la portezuela y le indicó con la mano libre que entrara. Liza asomó la cabeza y vio cómodamente sentado en los asientos de cuero blanco al cantante hablando por el teléfono móvil. Este la saludó con un breve levantamiento de barbilla y ella hizo lo mismo.

El tráfico era lento y Liza se entretuvo mirando por la ventanilla, pese a que la situación de nuevo la incomodaba. Kasey seguía conversando por teléfono. Parecía estar hablando con alguien muy cercano, a juzgar por el tono cariñoso de su voz. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el asiento mientras intentaba, sin mucho éxito, tranquilizarse.

—¿Se encuentra bien? —El señor Blake le habló y ella abrió los

párpados de golpe.

—Estoy un poco nerviosa —le confesó—. Soy un poco claustrofóbica y la idea de estar en breve dentro de un avión no me seduce en absoluto.

—Eso es una gran contrariedad. Ahora entiendo que para usted la situación no sea fácil y le agradezco de corazón que se haya prestado a participar en este tinglado.

—Y yo le agradezco que me lo agradezca. Desde luego es inusual, nunca me había visto en nada parecido desde que ejerzo la abogacía.

—Siempre hay una primera vez para todo. ¿Es la primera vez que sube en avión?

—No, pero hace mucho tiempo. La experiencia fue bastante traumática y no me quedaron ganas de repetir, la verdad —rio Liza sin ganas, al recordar aquella penosa primera vez.

—Debe suponerle un gran problema. ¿Le ocurre lo mismo en todos los medios de transporte?

—Más o menos, pero el tren lo tengo en cierta forma controlado. Mi mente parece ser capaz de asimilar que puedo detener la maquinaria en cualquier momento y bajarme si me veo muy mal. Pero en un avión eso no parece muy probable.

—Es un avión pequeño, pero muy seguro, apenas será consciente de que está a 33.000 pies del suelo.

—¿Podría no recordármelo? —Liza hizo un leve pucherito—. Ya estoy bastante nerviosa.

—Está bien, como quiera. —El cantante le sonrió compasivo y dirigió la mirada a la ventanilla—. Odio el tráfico.

—¿Quién no? —convino Liza con una sonrisa—. ¿Vamos bien de tiempo?

—Es un jet privado. Tenemos todo el margen que queramos. —El cantante de nuevo le sonrió de ese modo y Liza se sintió bastante tonta. La abogada no estaba acostumbrada a ese nivel de lujo. En su mundo nada se detenía por ella—. De todas formas, estoy seguro de que tendremos que esperar a Olivia. —Al mencionar a su esposa, su tono de voz se tornó triste y Liza volvió a preguntarse una vez más por qué seguía anteponiendo ese dichoso acuerdo a su felicidad. Para ella era obvio que seguía enamorado de la modelo. Si el cantante hubiera sido amigo suyo hubiera hablado con él sobre ello, pero solo era su cliente y ella estaba allí para defender sus haberes. Debía ser profesional y no dejarse llevar por las emociones que aquella situación le provocaba.

—¿Y Arthur?

—Esta semana le tocaba a Olivia, irá con ella.

—Estoy deseando conocerlo.

Kasey arqueó una ceja, incrédulo.

—¿Le gustan los perros?

—En realidad... No mucho —respondió Liza riendo, tras meditar la respuesta unos instantes. Nunca había tenido un perro, pues suponía que la presencia de un animal en su apartamento supondría el punto y final de su escrupuloso orden.

—Este fin de semana debe suponerle un infierno entonces: avión, perro, un cantante imbécil, una modelo loca. Vaya planazo. —Kasey soltó una carcajada.

—Pues sí.

—Debería pagarle el doble.

—O el triple —añadió ella.

—Tal vez lo haga... Le agradezco mucho que esté aquí conmigo. Usted es la voz de la cordura.

—¿Tan importante es ese perro para usted?

—Ese perro es como un hijo para mí, ya se lo dije.

Liza asintió, pese a que no entendía el razonamiento del cantante. Quería aquel perro, pero, por el contrario, no quería al bebé que llevaba la modelo en su vientre.

—¿Por qué no quiere tener hijos? —preguntó y acto seguido se riñó a sí misma por no saber mantener la boca cerrada. Aquello no era asunto suyo. Su trabajo no era entender los motivos de sus clientes, sino pelear lo mejor para ellos, por eso estaba en ese coche de alta gama en medio de una situación que no era de su agrado. Por unos segundos, el cantante se quedó callado, mirando a través del cristal tintado de la ventanilla.

—A veces ya no sé lo que quiero —dijo al cabo de un rato.

—¿La sigue queriendo, verdad? —«¿Por qué no te callas?», Liza volvió a reprenderse mentalmente.

Kasey bajó la vista a su regazo y no trató de retener una lágrima brillante que resbaló por su mejilla.

—La querré hasta el día en que deje este mundo.

—¿Entonces?

—No se trata de querer o no querer. He dejado de confiar en ella. Teníamos un acuerdo y Olivia lo rompió

—Tal vez no fue intencionado.

—Eso dice Olivia.

—En cualquier caso... La consecuencia es maravillosa. Piense... Un niño.

—O niña.

—O niña, sí.

Tras eso, Liza cambió el tema de conservación al clima de Lugano (algo muy manido pero eficaz) y poco después llegaron a las pistas de despegue destinadas a los jets privados del aeropuerto de Edimburgo. El coche se detuvo frente a un pequeño edificio industrial que parecía un almacén de mantenimiento. A unos pocos metros había un Bentley negro aparcado. De pie, junto al lujoso coche, con el móvil pegado a la oreja, estaba Daniel Greco. De nuevo, Liza sintió un revuelo en su barriga, pero no sabía si debía a lo guapo que estaba el abogado o al pequeño artefacto volador que esperaba en la pista de despegue.

Al igual que ella, Daniel iba vestido completamente informal. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta negra de manga corta, que dejaba perfectamente a la vista sus bien torneados brazos. El cabello peinado de ese modo tan sexy suyo, que una no podía saber si había estado horas frente al espejo para conseguirlo tal efecto o simplemente surgía de un modo natural. Al ver detenerse el coche del cantante, el abogado dio unos golpecitos al cristal del Bentley, como queriendo informar al ocupante del mismo de su llegada, luego sonrió en dirección de los recién llegados.

La punzada en el estómago de Liza fue tajante. Aquel hombre era un peligro andante.

—Me alegro de verte —dijo él en cuanto se reunieron junto al hangar.

—Yo también me alegro de verle a usted, señor Greco.

—¿En serio? —preguntó él en un tono irónico.

—Pues sí. Tenía mis reservas sobre si pensaba aparecer o no. No sabía si era una práctica habitual suya dejar tirada a la gente o simplemente algo puntual.

—Ya te dije que eso tiene una explicación, si me dejaras hablar.

—Ya le dije que no me interesa saber su explicación.

—Pues no te interesa, pero no haces más que sacar el tema.

—¿De qué narices hablan? —La voz de la modelo interponiéndose entre ellos paró en seco la discusión, y ambos abogados miraron a Olivia que, plantada a su lado, sujetaba a duras penas la correa de un perro labrador que

brincaba, lleno de entusiasmo y energía.

Arthur acababa de ver con su único ojo a Kasey y no podía estar más feliz. Trataba por todos los medios de deshacerse del control de su dueña y quería ir a toda costa a saludar al cantante, pero la modelo lo retenía a su lado.

—¿Así que tú eres Arthur? —Liza se acercó al perro con cautela. No parecía peligroso, pero era un animal muy grande.

—Hola, guapo. ¿Me has echado de menos? —Kasey saludó al perro, acariciándole la cabeza, el lomo y de nuevo la cabeza, tras las orejas. Arthur trató de abalanzarse sobre este para saludarlo a su manera—. ¿Cómo estás? —Le ofreció una mejilla para que el perro pudiera lamérsela.

—Está de maravilla. ¿No lo ves? —respondió tirante Olivia, que sujetaba firmemente la correa para evitar que el perro saludara al cantante, sin conseguirlo. Arthur se mostraba visiblemente contento con su presencia y era imparable en su empeño. La lengua le iba a mil mientras colmaba de lametazos la cara de su dueño.

—Ya lo veo. —El cantante abrazó a Arthur con una sonrisa satisfecha y luego se puso en pie—. Estás muy guapa, Olivia.

A la modelo le brillaron los ojos, aunque trató de mantenerse ceñuda.

—Será que me sienta bien el embarazo —le repuso con acritud, girando la cara y echando a andar en dirección al avión.

El cantante se quedó plantado junto a los dos abogados, viéndola alejarse.

—¿Lo ven? Arthur me adora —dijo satisfecho.

—También he visto que adora a la señora Blake —le replicó Danny, poniéndose en marcha.

Liza lo observó de espaldas mientras este se reunía con Olivia junto al lujoso avión y de nuevo su corazón se aceleró. Ese aparato era muy pequeño y ese hombre era demasiado atractivo.

—¿Está lista, señorita Brown? —preguntó el cantante que la estaba mirando. Estaba preocupado por su abogada. La idea de montarse en ese avión debía ser aterrador para ella y ahora lamentaba haberla puesto en tal tesitura.

—Si le digo que no, ¿podré irme? —Liza centró la mirada en los ojos negros de Kasey.

—Me temo que no. Pero puedo ayudarla.

La abogada levantó una ceja, intrigada.

—¿Puede?

Él se encogió un poco de hombros y sonrió.

—En realidad la cantina del avión puede hacerlo. Cuando subamos nos tomaremos unas copas. El alcohol puede ser un buen aliado en estos casos.

—¿Pretende que me emborrache? —Liza lo miró indignada, aunque su plan para sobrellevar ese vuelo no distaba mucho de la propuesta del cantante.

—Pretendo que pueda sobrellevarlo sin sufrir un ataque de pánico a 33.000 pies —rio él.

Liza le lanzó una mirada furiosa y él rio aún más.

—Vamos. No lo demoremos más —dijo ella, haciendo acopio de valor, y arrancó a andar con decisión, pese a que le temblaban las rodillas.

14

El jet privado estaba colmado de elegancia y detalles lujosos. Los asientos eran amplios y estaban tapizados en un bonito cuero beige que invitaba a frotarse en ellos y disfrutar de su confort, pero Liza los miró con desconfianza. ¿Dónde se sentaría Daniel Greco? Ahora mismo estaba de pie conversando con Olivia que había tomado posesión de un sillón en la zona de estar, dotada de dos largos sofás cubiertos de cojines y una pantalla de televisión enorme. El enorme labrador estaba tumbado a sus pies en el suelo tapizado de moqueta del mismo tono que los asientos.

—¿Todo bien? —El cantante volvió a mostrarse preocupado por ella.

—Sí —suspiró—. ¿Dónde piensa sentarse usted?

Kasey repasó con la mirada el largo de la cabina y, tras comprobar la posición de Olivia, decidió que un asiento junto al acceso a la cocina era su mejor opción.

—En ese de ahí. —Le señaló con la mano el que había elegido, y Liza barajó en su cabeza las opciones disponibles.

—Yo iré en ese otro —le dijo, señalando el asiento de la pared de enfrente. Los dos asientos estaban separados por un pasillo, pero la corta distancia les permitiría charlar si les apetecía sin tener que gritar—. Así podremos hablar.

—Solo será durante el despegue, luego podremos cambiarnos de sitio —aseguró Kasey y Liza lo miró asustada. ¿De verdad pretendía que ella se moviera alegremente en ese reducido espacio? Estaba loco si pensaba eso. Ella pensaba ponerse el cinturón y no mover ni las pestañas durante las siguientes dos horas y media.

Mientras se acomodaba comprobó que Daniel estaba haciendo lo mismo en un asiento cerca de su cliente y respiró de un modo controlado. Los nervios le estaban devorando el estómago y decidió que era un buen momento para sacar las milagrosas pastillitas de Carol Kelles. Abrió el bolso y buscó el monedero. Cogió dos, una le parecía insuficiente para su estado enervado de nervios, y miró a su alrededor para comprobar que nadie la estaba mirando.

Allí cada uno parecía estar a lo suyo: Kasey de nuevo conversaba por teléfono móvil, Daniel leía un periódico, Olivia examinaba una especie de menú que tenía en las manos y la auxiliar de vuelo estaba atendiendo los deseos de la modelo con continuos asentimientos de cabeza.

Necesitaba agua. Levantó la mano tímidamente, pero nadie le prestó atención.

—Perdone —dijo, alzando la voz, para llamar la atención de la auxiliar—. ¿Podría ayudarme?

Cuatro pares y medio de ojos se clavaron en ella y Liza notó que se le encendían las mejillas.

—Un segundo, señorita. Enseguida estoy con usted —le pidió la auxiliar, que volvió a centrar la atención en la modelo.

—Beth, ¿podría traerme un vaso de agua? —le pidió en cuanto esta se acercó para presentarse y ofrecerle sus servicios.

—Por supuesto, enseguida. ¿Desea algo más?

—No, gracias —rehusó su ofrecimiento con un rápido movimiento de mano—. Solo agua.

— ¿Por qué no trae una botella de Moët&Chandón y dos copas? —La voz de Kasey terció en la charla.

—Eso estaría bien —convino Liza, recordando que el efecto de las pastillas sería más rápido si las acompañaba de alcohol—. Buena idea, señor Blake.

Él asintió con la cabeza y desvió la mirada hacia donde se encontraba Olivia. Estaba preciosa. El embarazo le estaba sentando de maravilla y sus pechos parecían rebosantes dentro de aquel ajustado vestido que no debería ser apto para mujeres embarazadas. Dios santo, el escote le iba a explotar y él deseaba hundir la boca justo en medio de sus pechos y saciar su deseo hartándose de estos. La deseaba muchísimo y todo ese tiempo que llevaban separados no había hecho otra cosa más que echarla de menos y pensar en ella a cada momento.

—Me va a dar un ataque —le dijo Liza apretando las pastillitas en el puño, y Kasey volvió a mirarla un tanto incómodo, se le había puesto dura al pensar de ese modo en Olivia y no era momento ni lugar—. La única vez que subí en avión fue hace unos veinte años y hubo una pérdida de presión en la cabina. Pensé que iba a morir allí mismo. Por eso tengo miedo a los sitios pequeños... Y más a los aviones. —Miró a su alrededor, de nuevo aterrorizada.

Él sonrió y en ese momento Beth apareció con el champán y las copas. Le sirvió una a cada uno y Liza disimuladamente se metió las pastillas en la boca.

—Por un vuelo agradable —dijo el cantante, levantando la copa hacia la abogada.

—Por un vuelo agradable —repitió ella, tragándose las pastillas con el primer sorbo, luego le dio otro y comprobó que aquel champán estaba riquísimo—. Está delicioso.

—¿Verdad que sí? —Sonrió Kasey levantando la copa otra vez a modo de brindis—. No hay nada como un buen champán para quitar las penas... O al menos camuflarlas durante unas horas.

—Lo cierto es que sí —afirmó Liza, apurando la copa. Con suerte, las pastillitas milagrosas harían pronto su función.

—¿Quiere más? —Kasey le señaló la copa vacía.

—Sí ... Sí... Creo que sí —respondió Liza, acercándole la copa para que se la llenara.

—¿Cómo se encuentra? —El cantante le sirvió el champán y ella le dio un buen trago. Aquel champán estaba delicioso, era suave y seco y no tenía esas molestas burbujas que se metían por los conductos nasales, llegándote al cerebro de forma punzante.

Al poco comenzó a sentirse relajada, tanto que cuando el avión comenzó a moverse por la pista para dar comienzo al despegue, sonrió alegre mirando a Kasey, quien le devolvió el gesto.

—Todo va a ir bien —le aseguró él irguiéndose en el asiento.

—Ya no estoy preocupada —afirmó ella.

—El Moët&Chandon hace milagros —aseguró Kasey apurando la copa, dejándola luego en su regazo mientras el avión tomaba velocidad—. No se preocupe. En un abrir y cerrar de ojos estaremos volando.

Y tanto, pensó Liza comenzando a notar los efectos calmantes de las pastillas.

—Si le digo que me dé la mano, ¿sería muy raro e incómodo?

Kasey ladeó la cabeza y sonrió compasivo.

—No me importaría, pero... —echó una rápida mirada a la modelo—... Olivia es celosa y no sé si quiero que me vea haciendo algo así.

—Pero ustedes van a divorciarse, no debería importarle lo que ella piense.

—Pero el caso es que me importa.

—Es un acto de caridad —le imploró poniendo morritos, y Kasey sonrió

al comprobar que la abogada comenzaba a relajarse.

—Olivia me importa mucho. Tal vez, podría pedírselo a su abogado, el señor Greco —sugirió con cierto retintín en la voz.

—¿Qué dice? ¿Está usted loco?

Kasey se recostó en su asiento y entornó los ojos, esbozando una pícaro sonrisa.

—Algunos aseguran que sí, pero... No... No lo estoy. No se crea que no me he dado cuenta que ustedes tienen algo.

—¿Qué insinúa? Eso sería por completo una falta de profesionalidad.

—Sí. Supongo que usted tiene razón. Pero yo solo digo lo que creo. Puede que no, en la actualidad, ya me entiende, pero quizá ustedes han tenido algún rollo o han salido alguna vez o algo de algo en el pasado.

Liza abrió los ojos al máximo, como no dando crédito a la insinuación que le planteaba su cliente. ¿Cómo se le pasaba por la cabeza tal disparate? ¡¿Ella y Daniel Greco?! De acuerdo, igual no eran tan disparate, no se iba a negar ahora que algo había habido. Tal vez si hubieran tenido esa dichosa cita, habría tenido incluso ocasión de tenerlo entre las piernas. Por Dios, se riñó. Pero ¿qué le pasaba?

—No, por supuesto que no —respondió rotunda. Ante todo debía mostrarse seria y profesional, pese a que en la situación actual no lo parecía.

—Pues tal vez debería hacerlo. Hay mucha tensión sexual no resuelta entre ustedes dos.

—¡Pero ¿qué dice?! ¿Esa es su forma de ayudarme a calmarme? Le aseguro que no lo está consiguiendo.

—Pues sí. De hecho, miré —Un Kasey sonriente le señaló con el dedo la ventanilla—, ya estamos arriba.

—Oh, es verdad. —Liza miró a través del cristal y observó la vasta extensión de océano extendiéndose hasta el horizonte allí abajo—. Es una maravilla. Casi me siento como un pájaro, libre, ligera —dijo emocionándose por momentos con las vistas aéreas. Le dio otro sorbito al champán y sonriendo pensó que aquello después de todo no era tan malo.

Liza cerró los ojos y respiró hondo sin perder aquella estúpida sonrisa en la cara mientras el avión quemaba combustible y surcaba el cielo. Aquellas pastillas sí que eran milagrosas.

Echó una mirada rápida hacia Danny, quien revisaba tranquilamente unos papeles, entre tanto Olivia se hacía unos selfies para alimentar sus redes sociales. El perro labrador, bien acomodado en el asiento contiguo, lucía un

aspecto bastante ridículo asegurado con el cinturón de seguridad cruzándole la peluda panza, cosa que hizo reír a Liza.

Danny sabía que Liza lo estaba observando, pero prefirió ignorarla haciendo como que trabajaba, pero aquella mirada se prolongó más de lo debido y tuvo que mirarla. Liza que, en ese momento sentía una paz interior extraña, le regaló una sonrisa y Danny le hizo un gesto que ella no logró descifrar, así que volvió a cerrar los ojos.

—Te he visto —le dijo alguien al oído sobresaltándola de su letargo.

—¡Me has asustado!

—No sabía que te iban las drogas —rio Danny, sentándose en el asiento que antes ocupaba Kasey, quien se había marchado junto a Olivia.

—¿De qué me hablas? Yo no me drogo.

—¿Estás segura? Te he visto sacar dos pastillas del bolso y atiborrarte de champán, debes llevar una melopea importante.

—Eran dos valerianas, pero no te negaré que me han sentado muy bien.

Beth pasó por su lado y Liza aprovechó para pedirle algo más de beber.

—¿Estás segura de tomarte un gin tonic? —preguntó Danny divertido ante la mirada de la azafata.

—¿Acaso eres mi padre? —bufó ella, apartándole la mirada.

—De acuerdo, en ese caso que sean dos —le dijo Danny a Beth con una sonrisa encantadora, y esta solícita se marchó para traerles las bebidas.

—¡¿Por qué me miras así?! —saltó Liza. Danny la miraba con una sonrisa de medio lado que la estaba poniendo nerviosa.

—Me haces gracia.

—¿Y en qué sentido, si se puede saber?

—Tienes los ojos rojos y has dicho unas cuantas tonterías mientras dormías.

—Estás intentando sacarme de quicio. Jamás he hablado en sueños.

—¿Estás segura?

—¿No sabes decir otra cosa? —Liza puso los ojos en blanco.

—Sé decir muchas cosas, pero creo que las que has dicho tú son mucho más interesantes.

—No tienes pruebas.

—Soy abogado, ¿crees de verdad que no las tengo?

Liza quiso decir algo, pero Beth llegó con el carrito y les sirvió las bebidas. Liza cogió la copa globo con minihielos y se la llevó a la boca sedienta, aquellas pastillas resecan un poco la boca.

—No bebas tan deprisa o te va a dar un subidón importante —le advirtió Danny dando un sorbo.

—Aquí lo único importante es lo desconsiderado que eres, además de mentiroso.

—¿Mentiroso? —Danny soltó una risotada.

—Desde el minuto uno que nos conocimos en aquel tren lo supe.

—¿Y si lo sabías por qué fuiste a la cita?

—¿Y por qué piensas que sí fui?

—Tú me lo has dicho.

—¿Yo? —Liza fingió escandalizarse, agarrándose el pecho. Danny la observó divertido.

—Claro. ¿Cómo si no sabrías que no fui?

Liza lo miró, una sonrisa bobalicona desdibujó su bonito rostro.

—En ese caso, la pregunta sería por qué no fuiste tú, pero la respuesta es bastante clara, porque eres un mentiroso. No haré más preguntas, señoría.

—¿Crees que te estoy juzgando?

—Creo que me estás molestando, y estoy demasiado relajada como para que me afecte —respondió volviendo a coger la copa para deleitarse con aquel gin tonic tan bien preparado, iba a ser duro volver a la triste realidad y no seguir disfrutando de aquellos lujos.

—Creo que no deberías beber más.

—O si no, ¿qué? ¿Vas a hacerme una prueba de alcoholemia y usarla para inhabilitarme?

—No soy tan rastrero, pero cuando vuelvas de ese viaje alternativo que te has montado con esas píldoras mágicas y alcohol en vena, vas a querer que la tierra te trague.

—¡Otra vez! Te he dicho que eran dos pastillas de herbolario, y dos copas de champán y un gin tonic no van a hacer que pierda la cabeza. —Liza se levantó de sopetón del asiento sin darse cuenta de que aún llevaba el cinturón puesto, para demostrarle que estaba en perfectas condiciones.

—Si fuera un vuelo comercial ya te hubieran llamado la atención, ¿quieres no gritar?

—¿Quieres no gritar, quieres no gritar? —repitió ella burlándose de él.

—Vas a quedar como el culo con tu cliente, compórtate —dijo él, acercándose al asiento más próximo a ella y posando la mano sobre ella.

—¡No me toques!

—Tranquila Kate Moss. —Danny levantó las palmas de las manos en son

de paz.

—Beth, Beth —gritó Liza, captando la atención de la azafata, que apareció de inmediato.

—¿Qué cojones les ponéis a las bebidas en este avión? Tengo la boca acartonada y me cuesta gesticular.

—Nada, señorita Brown. Es ginebra Oxley y Q tonic.

—¡Mentira! Sois todos unos mentirosos, me habéis drogado como a M.A.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia, acercándose a Beth.

—No lo sé, señora Blake. Dice que la hemos drogado como al negro de la serie americana.

—Verán —dijo Danny, apartando a ambas mujeres al pasillo—, la señorita Brown tiene miedo a volar y se ha tomado unos relajantes.

—Entiendo, ¿y ha bebido?

—Dos copas de champán y un gin tonic, señora Blake —confirmó Beth.

—No le sirvan más bebidas, y usted, Daniel, ¿podrá encargarse de ella? Me gustaría tener un vuelo agradable y poder conversar con Kasey tranquilamente.

—Descuide, solo queda media hora de vuelo, creo que podré con ella.

—Gracias —dijo la modelo, echando una mirada rápida a la abogada de su marido, que estaba canturreando una canción y emulando un video clip con los brazos en aspa.

Danny volvió a su lado e intentó que dejara de hacer aquellas cosas tan raras.

—Por el amor de Dios, Liza, Olivia está mosqueada.

—¿Por qué? Igual necesita una pastilla de Carol, me dio unas cuantas más —le repuso, rebuscando en el bolso de manera torpe—. ¿Dónde narices están? Las necesito para el vuelo de vuelta.

—Creo que ya estás de vuelta, Liza. Lo que te ha dado esa mujer no son valerianas, son relajantes musculares.

—Carol no haría una cosa así, ella me dijo que me las tomara con un poquito de alcohol para que hicieran efecto más rápido.

—Un poquito, pero tú te ha bebido un muchito y además te has tragado dos de esas pastillas.

—Ay, ay. —Liza sintió un repentino agobio, aunque su cara seguía acartonada y hablaba como si le hubieran inyectado dosis indecentes de bótox—. ¿Voy a morirme como Amy Winehouse?

—No, no vas a morirte. Pero tienes que relajarte. Estamos a punto de

aterrizar y parece sacada de una clínica de rehabilitación.

—No me siento la cara, Daniel —dijo, tocándosela con las manos y dejando la boca entreabierta—. Tengo la lengua rasposa y siento que no me cabe en la boca.

—Es normal que te sientas así, pero se te pasará. Respira hondo.

—No siento entrar el aire, soy como Pinocho pero al revés. Él se convirtió en un niño de carne y hueso y yo en una mujer de madera. ¿Soy de madera, Daniel? Dime que no —dijo, mirando al horizonte, fijando la mirada en el respaldo de un asiento y provocando la risa de él.

—Lo siento, no quiero reírme, porque sé que estás agobiada, pero tengo unas ganas tremendas de grabarte con el móvil otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó ella, girándose hacia él con los ojos abiertos como platos.

—Te he dicho que tenía pruebas de tu somniloquía.

—No te creo. —Liza se quedó mirando con la una sonrisa bobalicona dibujada en la cara.

—Puedo enseñártelo si quieres, pero agravará tu estado.

—Serás...

—Confíesalo —la retó arqueando las cejas muy divertido con la situación —, estás coladita por mis huesos.

—¿De dónde te sacas eso?

—De tus conversaciones con Morfeo.

—¡Yo no he podido decir semejante cosa! —Ella lo miró crispada.

Danny iba a responderle, pero el comandante avisó de que iban a iniciar las maniobras de aterrizaje y que todos los pasajeros debían seguir los protocolos de seguridad, y prefirió dejarlo para otro momento, aquello podría ser muy divertido. La miró por unos segundos sonriendo, antes de volver a su asiento, y Liza sintió un escuadrón de mariposas en fase de ebullición dentro de su estómago de nuevo. ¿Qué habría dicho? Nada. Seguro que ese estúpido se lo estaba inventando. Pero aseguraba que lo tenía grabado. No sería capaz... ¿O sí? Lo cierto es que veía a Daniel Greco muy capaz de semejante vileza.

Inconscientemente, se llevó la copa a los labios, pero la muy eficiente Beth interceptó el movimiento antes de que pudiera beber.

—Señorita, tengo que llevarme la copa. Por seguridad.

—Antes me ha dejado beber.

La azafata la miró sin saber qué replicarle.

—Son órdenes de la señora Blake —dijo, esperando que la mujer no se alterara más de la cuenta. Su experiencia de años en vuelos privados había dado para más de una situación de esas características.

—Solo un sorbito más —le pidió haciendo un pucherito antes de darle un trago. Tenía la garganta como un papel de lija—. Mmm, qué rico está... Entiéndame, Beth, es por el bien de todos. —Liza le pasó conciliadora la copa y trató de acomodarse en el asiento. Parecía que tenía vida propia bajo su trasero. Disimuladamente, trató de mirar de reojo a Daniel, quien en su butaca junto a Olivia, la observaba con una estúpida sonrisa dibujada en su guapa cara. Qué bueno estaba, por favor. Él levantó insolente su afeitado mentón, que parecía gritar: muérdeme, y ella apartó la mirada con rapidez.

15

Cuando Liza se despertó unas horas más tarde, no sabía ni cómo ni cuándo había llegado a esa cama tan confortable. Holgazaneando, tras un reparador sueño, se removió entre aquellas sábanas tan suaves y entonces abrió los ojos sobresaltada. ¿Dónde estaba? Se quedó mirando en la penumbra a través de los visillos de la única ventana de aquella habitación. Era de noche, pero la claridad lunar del exterior estaba presente en el interior de aquel dormitorio amplio y decorado con muebles de estilo provenzal. Sentía la cabeza pesada y la garganta seca. Necesitaba agua.

Apartó las sábanas y comprobó con sorpresa que llevaba puesto su pijama. ¿Quién le había cambiado la ropa? No habría sido ese engreído de Daniel Greco, ¿verdad? ¿La habría visto en bragas y sujetador? ¡¿Y qué bragas y sujetador llevaba ese día?! Nerviosa salió de un salto de la cama y se dirigió hacia la puerta. La entreabrió y asomó la cabeza por el hueco, inspeccionando el lugar. Más puertas en el pasillo que daba paso a un pequeño zaguán donde estaban las escaleras. Debía estar en la cabaña de Lugano. Dios santo, qué vergüenza. Había llegado hasta allí dormida o peor, hecha un zombi. No sabía si quería saber cómo exactamente, pero estaba segura de que el chulito de Daniel la iba a poner al corriente tan pronto tuviera oportunidad. Seguro que aún se estaba riendo de ella. Un fugaz recuerdo de la conversación mantenida en el avión, poco antes de caer inconsciente, le vino a la cabeza. ¿Qué narices le habría dicho? Solo no esperaba haberse ofrecido para hacerle un traje de saliva, algo muy probable dado su estado de euforia transitoria. Por favor, que no fuera eso. Empezó a recorrer el pasillo, mirando a los lados. ¿Cuál de aquellas tres puertas sería la del baño? Tenía la vejiga llena. Claro, si no hubiera estado bebiendo como una cosaca en el avión. ¡Dios, qué vergüenza! ¿Qué pensaría Kasey Blake de ella? ¿U Olivia Milo? ¿O Daniel Greco? Maldito Daniel Greco y malditas pastillas. Está bien... Malditas, pero milagrosas. Al menos habían cumplido estupendamente su función, había superado aquel vuelo sin morir de pánico en el intento, pero no podía decir lo mismo de su credibilidad como abogada seria e íntegra. Esa estaba enterrada

en el hoyo más profundo.

Se detuvo ante la primera de las puertas y la miró con recelo. A malas debía tratarse de otro dormitorio, solo esperaba que no fuera el del abogado y que este estuviera allí desnudo sobre la cama, esperándola con un clavel entre los labios. La abrió con sigilo y conforme pudo entrever el interior, la cerró de nuevo tratando de no hacer ningún ruido. ¡Eso sí que no se lo esperaba! Avanzó un poco más y abrió la siguiente puerta. Afortunadamente esta vez se trataba del baño.

Al salir, volvió a su habitación y pensó en meterse en la cama y tratar de dormir, pero se encontraba bastante despejada y sobre todo muy hambrienta. Necesitaba alimentar su estómago, tal vez podría bajar a la cocina, coger cualquier cosa de la nevera y subir de nuevo sin que nadie se percatara de su presencia. Estaba claro que no sería el caso del cantante y la modelo. Esos dos no estaban ahora mismo en la tesitura de enterarse de nada exterior a su universo bipersonal.

Daniel Greco en la planta inferior había tomado posesión de un sillón en el porche de la cabaña con una copa de gin tonic. Aquel lugar era fantástico. Desde su posición se divisaba un amplio prado verde rematado en el fondo por una hilera montañosa, el cielo estrellado y la luna llena por techo. En el suelo, cómodamente tumbado con la cabeza apoyada en uno de sus pies, estaba Arthur, el perro de la discordia. Pero el abogado ya no tenía muy claro si existía tal discordia. Aquel matrimonio no estaba tan desavenido como querían aparentar. Tan pronto habían llegado a la cabaña y le habían enseñado un poco todo aquello, se habían encerrado en una habitación y llevaban horas ahí metidos, suponía que haciendo aquello mismo que les había llevado a estar en esa situación: follar.

Levantó la copa y le dio un sorbo. Había paz, pero no sabía hasta cuándo iba a durar, pensó Danny, y se rio para sus adentros. En cuanto la abogada abriera los ojos se iba a liar una gorda. Lo presentía. Había aterrizado grogui y había seguido en ese estado en el coche durante el traslado y al llegar a la cabaña. Él mismo había tenido que subirla en brazos hasta el dormitorio que le habían asignado y se había tomado la pequeña libertad de ponerle el pijama para que estuviera más cómoda. Pero no había mirado apenas... De acuerdo... Quizá había echado un vistazo lo justo para comprobar que sus pechos eran tan fabulosos como intuía y que ella no se había vestido esa mañana pensando que un hombre la desvestiría más tarde. Esa ropa interior desconjuntada y de estilo

juvenil no era lo que una mujer se pondría pensando en rematar la jornada con una sesión de sexo, y si así era, a juzgar por lo que había dicho en sueños en el avión, le encantaba. Liza le encantaba. Toda ella. No solo era algo físico, intelectualmente le atraía. Era lista, ingeniosa, ácida y sin pelos en la lengua. Suponía que debía ser simpática, pero él no había tenido ocasión de comprobar esa faceta suya todavía. Dios, le gustaba mucho.

Hacía mucho tiempo que no había mirado a ninguna mujer que no fuera Brooke. Era su novia y él no era de esos, pero ahora estaba otra vez libre. No pensaba que fuera a encontrar tan pronto a alguien que le atrajera tanto, nada más lejos de su intención, pues quería centrarse sobre todo en su nuevo trabajo, pero con Liza Brown todo había sido un cúmulo de pequeñas coincidencias que debían tener un porqué. Salvo lo de propiciar aquel fin de semana en esa cabaña en Lugano, en eso él sí había tenido mucho que ver. Tenía que reconocerlo. Había forzado la maquinaria para que todos los implicados se vieran obligados a ir, incluso Liza. Joder, de haber sabido que la abogada tenía pánico a volar habría maquinado otra cosa. ¡Qué cogorza se había pillado!

Le dio otro trago al gin tonic y soltó una risa. Había sido divertido verla así: colocada, desinhibida y diciendo todas aquellas cosas sobre lo que le gustaría hacerle, ¿serían verdad?

Arthur levantó la cabeza y lo miró con su único ojo, parecía un galán de cine negro haciendo una pose interesante.

—Y tú, coleguita, ¿qué opinas de todo esto?

El perro ladeó la cabeza, como meditando una respuesta, antes de volver a posarla sobre su pie, sin ofrecerle ninguna.

—Oye, que esto va contigo. No te hagas el sueco. Tendrás que elegir a uno de tus dueños este fin de semana, si es que tienes oportunidad —le dijo falsamente indignado con él y volvió a soltar una carcajada. Le dio otro trago a la copa y comprobó que se le había terminado el gin tonic—. ¿Y ahora qué hago yo? —preguntó en voz alta al animal, quien esta vez ni se molestó en dirigirle la mirada—. Joder, menuda diversión. Bueno... Al menos la vista es buena y la temperatura es estupenda. ¿Te parece que demos un paseo? —Ante el nulo caso de Arthur, movió un poco el pie sobre el que descansaba su cabeza—. No me mires así. Estoy aburrido. Venga, colega, en marcha —dijo, levantándose del sillón—. ¿Tienes correa o algo? —Arthur de pie a su lado movió la cabeza a los lados—. No lo sabes... Ni yo —suspiró.

—¿Habla solo, señor Greco? —La voz de Liza a sus espaldas lo

sobresaltó.

—No hablo solo. Hablo con Arthur —respondió y, al darse la vuelta, se le secó la garganta al ver el ejemplar de mujer que lo estaba observando, apoyada en el vano de la puerta. La abogada en pijama y con un sándwich en la mano tenía un aspecto muy sexy y desenfadado. La camiseta *oversize* dejaba a la vista uno de sus redondeados hombros y llevaba el cabello despeinado con mechones desprendidos de la coleta fluyéndole sobre el rostro—. ¿Ya te has despertado?

—Es evidente que sí.

—No era una pregunta, era una obviedad —le repuso, aunque sabía que su pregunta había sido del género estúpido que se dice cuando no se tiene nada mejor que decir. Decidió cambiar de tercio—. Íbamos a dar un paseo. ¿Te apetece venir con nosotros?

—Voy en pijama.

—Ya lo veo, pero no creo que a nadie de los presentes le importe. Verdad, ¿Arthur?

El perro al escuchar su nombre ladeó la cabeza y luego decidió tumbarse de nuevo.

—Me pregunto quién me lo ha puesto —dijo Liza, usando su tono profesional.

—La misma persona que se ha encargado de llevarte en brazos a la habitación.

—¿Y esa persona lleva barba? —Liza enarcó una ceja.

—No, letrada.

—¿Esa persona está embarazada? —El interrogatorio tomó velocidad.

—Eso sería científicamente imposible.

—¿Esa persona tiene por costumbre dejar plantadas a las mujeres en las citas?

—En absoluto, letrada. Se trata de un correcto caballero que no haría tal cosa sin una causa justificada.

—Mmmm. —Liza lo miró pensativa, ¿y si era verdad que la tenía? Debía ser cierto—. Probablemente ese presunto caballero diría cualquier cosa con tal de justificarse —le replicó en cambio.

—Puedo asegurarle que no es presunto. Se trata de un caballero de verdad y ese caballero, además, no cometería jamás un acto tan detestable. Puedo asegurar que tenía una razón de peso y lamentó mucho no poder acudir a la cita con Bella Pettegolezzo.

—Entiendo... Pero, de momento y hasta que no se demuestre lo contrario, seguiré tratándolo como presunto. —Liza levantó la barbilla, desconfiada. Tenía curiosidad por saber cuál sería ese motivo que alegaba, pero no quería dar el brazo a torcer con el guapo abogado—. En fin, me retiro —levantó el sándwich ante sus ojos— a mis aposentos.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—¿Por qué no cenas conmigo?

—¿Porque voy en pijama le parece una buena excusa a ese presunto caballero?

—Puedes cambiarte de ropa, si así lo deseas, aunque por el caballero o por Arthur no lo hagas, a los dos les gusta cómo te queda el presunto pijama —respondió Daniel sonriendo y le hizo un buen repaso de la cabeza a los pies, que esta vez secó la garganta de Liza—, y entretanto yo preparo algo para cenar que no sea un sándwich de jamón cocido.

—Podría, pero tengo sospechas fundamentadas para presumir que usted, letrado, podría no presentarse a la cena en cuestión, dado su historial reciente... Y... ¿Y qué tiene de presunto mi pijama? —preguntó, enderezándose y mostrándole una mejor perspectiva de su generosa delantera bajo el ligero tejido. Danny sonrió sin poder evitar que los ojos se le fueran donde no debían.

—Puedo asegurarte que no será el caso, y tiene de presunto pijama lo mismo que yo de presunto caballero.

—¿Trata de paliar la culpabilidad, letrado?

—¿Es eso lo que piensas?

—Hago mis conjeturas. —Liza entornó los ojos, pensativa. Tenía dos opciones: meterse en su habitación y comerse el sándwich mientras veía *Friends* en su ordenador portátil, o... Cambiarse de ropa y bajar a cenar con Daniel Greco, un hombre más que dispuesto a seducirla. La cuestión era: ¿Iba a darle pie ella para que la sedujera?

Danny asintió con la cabeza. Esa mujer cada vez le atraía más.

—Eres libre de hacerlas, pero ya sabes que uno es inocente hasta que se demuestra lo contrario —le repuso—. ¿Me dejas pasar? Quiero entrar en la cabaña y no de forma presunta.

—Claro. —Liza se apartó a un lado de pronto incomodada y Danny avanzó unos pasos, deteniéndose a su altura. Por unos segundos le mantuvo la mirada y luego bajó la vista a sus jugosos labios, ella sintió que se le

aflojaban las rodillas, mientras él barajaba la posibilidad de lanzarse en picado a por ellos.

—Gracias, Liza —habló, rompiendo el denso momento que se había establecido de pronto entre ellos—. Te espero en la cocina.

—No he dicho que sí —protestó sin convicción.

—Tampoco has dicho que no —le repuso rápidamente él.

—Todavía me lo estoy pensando. —Liza posó la mirada en sus bonitos labios.

—Te creía más impulsiva. —Los ojos del abogado volvieron a recorrer la distancia entre los ojos de Liza y sus labios entreabiertos, mostrándole cuánto deseaba besárselos.

—Pues... No lo soy —respondió un poco nerviosa—. No me ha ido bien cuando me he dejado llevar por los impulsos —añadió, recuperando su aplomo habitual.

—Ya veo. —Danny asintió y sonrió de lado—. Solo una.

—¿Una qué?

—Una oportunidad de paliar mi culpabilidad.

Liza soltó una pequeña carcajada.

—De acuerdo... Solo una. —Los ojos de la abogada bajaron deseosos a los labios de Danny.

—De acuerdo, nos vemos en la cocina en media hora. ¿Tiempo suficiente?

—¿Para huir y no presentarme a la cita? —preguntó con ironía Liza.

Danny se echó a reír y negó con la cabeza.

—Para ponerte guapa, mujer.

—Oh, vaya... —Ella chasqueó la lengua contra el paladar, fulminándolo con la mirada. Ese *mujer* había sido lanzado con toda la intención de picarla —... Así que piensa que no estoy lo suficientemente guapa.

El abogado levantó las palmas en son de paz.

—¿Puedo acogerme a mi derecho de mantener silencio? —le repuso esbozando su sonrisa de encantador de serpientes.

Ella meditó la respuesta por unos instantes, finalmente dijo:

—De acuerdo, pero solo por una vez.

16

—¿Esos dos no piensan bajar a cenar? Tendrán que recuperar fuerzas en algún momento, digo yo —comentó Liza entrando en la cocina. Con unos vaqueros ajustados, una camiseta sencilla de algodón blanco y unas deportivas de lona rojas, lucía un aspecto muy juvenil. Se había arreglado el cabello, tras comprobar en el espejo del dormitorio que estaba hecho un estropicio, y lo llevaba recogido con un moño en la coronilla, dejándose a propósito algunos mechones sueltos alrededor de la cara y en la nuca que le restaban seriedad.

Danny, de espaldas a la puerta, estaba improvisando una ensalada con algunas cosas que había encontrado en la nevera. En una sartén mantenía caliente la salsa carbonara y los *pennes* ya cocidos reposaban en un escurridor sobre la enorme pila de mármol, que regentaba la encimera de aquella amplia cocina de aires rústicos, pero completamente equipada. No había heredado las artes culinarias de su padre, no obstante, aquel plato se le daba bien y, además, era sencillo y rápido de preparar. Esperaba que fuera del agrado de Liza.

—Mientras te cambiabas, ha bajado el señor Blake a aprovisionarse —respondió, sin darse la vuelta.

—Ah, muy bien. —rió. Aquella pareja era un caso digno de estudio—. ¿De dónde ha salido toda esta comida? ¿No estará caducada?

—No, me comentaron al llegar, justo antes de atrincherarse en el dormitorio, que los caseros habían pasado antes a limpiar y llenar la despensa y el frigo para el fin de semana. Esos dos no escatiman en nada.

—Son de gustos caros. Olivia es toda una diva y Kasey, bueno, ya lo ha conocido. ¿Qué opina de él?

—¿Con sinceridad?

—Sí, de forma extraoficial. —Lo observó mientras trabajaba, deseando unirse a él y ver de cerca cómo usaba las manos.

Desde detrás y metido en su papel de chef, aquel espécimen de hombre estaba todavía más atractivo, si es que eso era posible. A esas alturas, la abogada presentía que con Daniel Greco tenía el juicio perdido por completo,

pero no el de su defendido, sino el suyo propio. Ese hombre la atraía de una forma rabiosa e ineludible. Su persona parecía atraerla poderosamente con la fuerza de la gravedad y si no hacía nada por evitarlo terminaría pegada a él. Por ello, optó por sentarse a la mesa de pino que ocupaba el centro de la estancia. Danny había preparado la mesa y abierto una botella de vino rosado. Se había tomado la libertad de servirle una copa.

—¿Esta copa es para mí? —le preguntó, deseando bebérsela de un trago. Tenía la garganta seca.

—Así es, todo tuyo, Liza —respondió jovial y se volvió hacia ella, limpiándose las manos en un trapo. ¿Todo tuyo? ¿El vino o él?, se preguntó al verlo de frente ahora—. Estás muy guapa.

—¿Lo estoy?! ¡Vaya! —Puso cara de fingida sorpresa—. Me alegra estar a la altura de sus expectativas —le repuso en tono ácido y seguido se felicitó mentalmente: «Muy bien, Liza. Ahí, manteniendo las distancias».

—¿No piensas volver a tutearme nunca? Resulta bastante ridículo, creo que ya nos conocemos lo suficiente como para hacerlo.

—Yo decidiré cuándo es el momento apropiado —le repuso ella tomando la copa y llevándosela a los labios. Danny la observó mientras bebía, pensando que estaba adorable con ese peinado.

—¿Estás preparada para degustar mis famosos carbonara?

—¿Dónde son famosos?

—En mi casa —rio él.

—Ese restaurante donde le vi. No trabaja allí, ¿verdad?

—Ese restaurante es de mis padres. Les estaba echando una mano.

Ella asintió y volvió a sorber un trago.

—¿Pensabas que era camarero? —preguntó, mientras servía los *pennes* y la salsa.

—¿Qué otra cosa podía pensar? Las pruebas apuntaban a que sí era.

—Claro, las pruebas —dijo, acercándose a la mesa y dejando encima los platos—. Como buena abogada que eres debes saber que las pruebas a veces pueden inducir a error.

—Las pruebas siempre son la base de una buena defensa.

—Pero no siempre son la verdad absoluta —le repuso Danny sentándose frente a ella—. ¿No comes? —Danny le señaló con el tenedor su plato.

Liza olió con gusto las volutas que emanaba la salsa y sonrió.

—Tiene buena pinta.

—Anda come... Y bebe. —Soltó una risa.

—¿Que beba? ¿Por qué? ¿Pretende emborracharme, señor Greco? —Liza entornó los ojos.

—¿Tanto se nota? —respondió con cara de no haber roto un plato en la vida.

—Es evidente —afirmó, dando otro trago—. ¡Está buenísimo este rosado!

—Lo he cogido de la despensa. Esos dos tienen una buena provisión de caldos de calidad.

—Sí. Tienen mucho dinero y se lo gastan a base de bien. Por cierto, ¿dónde está Arthur?

—Le he puesto la cena, se la ha zampado como si se acabara el mundo y luego se ha marchado. Creo que ahora está durmiendo en el salón. ¿No crees que es un chucho horrendo?

—Solo está tuerto y un poco cojo... Mmmm, es feísimo, sí... Horroroso. No entiendo tanta polémica por un perro tan feo —rió ella, antes de llenarse la boca de *pennes*.

—El perro solo es la excusa para pelearse.

—¿Crees que se divorciarán? No los veo ahora muy por la labor.

—Confío en ello. Ah... Mira, ya has decidido que quieres tutearme —bromeó él, sonriéndole chistoso.

—Debe ser el vino. Me atonta las neuronas. —Liza tomó otro sorbo y arqueó las cejas—. ¿Por qué dice que confía?

—Vaya, ya no me tuteas. —Hizo una mueca de pena—. Tendré que esforzarme un poco más. A ver... Yo sobre todo vivo de gente como ellos, que se divorcian. Y entiendo que tú también.

—Sí, así es. Pero ¿no prefiere que se arreglen?

Danny dejó el tenedor en el plato y la miró con interés mientras masticaba.

—¿Y perder mis honorarios?

—Sí. —Liza se encogió de hombros—. Que triunfe el amor.

El abogado abrió los ojos de forma desmesurada, gratamente sorprendido.

—Me gusta que triunfe el amor, siempre y cuando, eso no afecte a mi bolsillo.

—Te creía más pasional.

Daniel arqueó la ceja. Así que ella había estado pensando en él en términos románticos.

—Lo soy, pero no cuando se refiere a mis clientes. Me guardo la pasión para la intimidad.

—Así que eres un tacaño apasionado —afirmó ella sonriente.

—Yo no soy ningún tacaño, pero este es mi primer trabajo importante en Edimburgo y he dejado muchas cosas atrás para estar aquí y ahora.

—Entiendo, ¿una pizza especial sin terminar, acaso? —Liza se burló.

—No, nunca ha despertado en mí gran interés el ser chef de comida italiana, aunque no lo parezca —le repuso, mirando a su alrededor.

—¿Entonces?

—Entonces nada, he dejado mi vida y esa vida implicaba muchas cosas. —Danny torció el gesto y Liza pudo intuir que esas cosas incluían el amor.

—Creo que esas cosas a las que te refieren, no serían muy importantes si ya no están en tu vida.

—Lo eran y quizá todavía lo son, pero uno tiene que mirar hacia delante. ¿Estás lista para probar mi rico plato? —dijo, intentando desviar el tema de conversación.

—Me he cambiado para la ocasión, así que creo que estoy más que lista.

—¿Quieres queso rallado? Yo es que los prefiero vírgenes. Soy un italiano profano.

—¿Eh? Sí, vale. ¿Dónde está? —preguntó ella, haciendo el ademán de ir levantarse para buscarlo.

—No te muevas. —Danny le hizo una señal para que se mantuviera quieta, antes de ponerse en pie. Sobre la encimera, bastante limpia y despejada tras el paso del abogado, había una cuña de queso parmesano, que este cogió junto a un rallador—. Pásame el plato —le pidió y ella se lo acercó por encima de la mesa, luego vio cómo este empezaba a rallar la cuña directamente sobre la salsa, todavía sin tocar.

Liza no podía dejar de observar las manos de su contrincante jurídico deslizarse sobre el rallador. Tenía unos dedos realmente estilizados y las uñas muy cuidadas.

—Para no ser chef, te desenvuelves bien en la cocina —comentó cuando él le pasó el plato. Tenía muy buena pinta y olía deliciosamente.

—Creo que todo lo que uno se propone hacer en esta vida, lo tiene que hacer con gusto, aunque sea un hobby o un pasatiempo. ¿Tú tienes alguna afición, aparte de las drogas de venta en farmacia? —dijo y luego se metió un puñado de *pennes* en la boca para disimular la risa.

—¿Vas a estar recordándome ese bochornoso momento durante todo el fin de semana?

—Dependiendo de las veces que me recuerdes que te dejé plantada. Es cierto que aquello estuvo mal, pero también lo es que tenía una razón

importante para hacerlo.

—Razón que hasta ahora no me has dado.

—Al igual que tú no me has respondido sobre tus aficiones.

—No tengo aficiones, no tengo tiempo para dedicarme a otra cosa que no sea mi trabajo. —Liza dejó el tenedor en el plato y cogió la copa.

—Eso es un poco triste, ¿no crees?

—Es posible, pero no necesito distracciones.

—Todo el mundo las necesita, o el estrés puede apoderarse de ti hasta el punto de tomar ayudas para soportar ciertas situaciones. —Danny ladeó la cabeza e hizo un chasquido con la lengua.

—No vas a parar, ¿cierto?

—Lo siento, es que estuviste muy graciosa, y me gustaron mucho ciertas cosas que dijiste.

—No dije nada, no seas capullo.

—Señorita Brown, esa palabra es muy inapropiada —se burló, haciendo un leve vaivén con el tenedor en el aire a la vez que movía negativamente la cabeza a los lados—, quizá sea ese su gran hobby.

—Solo cuando tengo delante alguien tan odioso como usted, señor Greco, me permito soltar improperios que calman mi estado de ánimo.

—¿Me disculpas? —dijo Danny, levantándose de la mesa, dejando a Liza expectante de cuál iba a ser el siguiente movimiento del guapo abogado—. Lo siento, sé que estoy más atractivo sin lentes, pero me he quitado las lentillas para cocinar y empiezo a notar el cansancio en los ojos. —Danny volvió a sentarse frente a ella con unas gafas de pasta negra, que lejos de afearlo, multiplicaban por veinte mil su atractivo.

—Eso solo demuestra lo vanidoso y falso que eres.

—¿El hecho de llevar gafas te desvela todo eso de mí? —Danny parecía sorprendido ante aquella afirmación por parte de Liza. En el colegio solían llamarle cuatro ojos, como a todos los niños que usaban gafas, pero jamás vanidoso o falso.

—Y por más cosas.

—Estás desvariando, letrada, y eso solo puede ser por varias cosas, y una de ellas son los nervios de tenerme delante. No sabes cómo manejar esta situación y osas atacarme utilizando mi miopía, pero lo cierto es que la que te has vuelto estrábica soñando conmigo eres tú.

—Nunca he soñado contigo —dijo Liza con puro convencimiento.

—Tu ego hará que te enseñe algo que sé que no quieres ver.

—¡No creo que hayas sido capaz de hacerlo! Alguien como tú, tan correcto como haces ver que eres, nunca grabaría a una chica en ese estado tan lamentable.

—No me conoces tanto, querida Liza. A veces puedo ser un chico malo que cocina de vicio. Es una combinación muy tentadora, no me lo negarás. — Danny movió de manera graciosa sus gafas, levantando una de las patillas con el dedo.

—No soy buena combinando según qué cosas: el negro y el azul marino no combinan, aunque los diseñadores se empeñen en que sí.

—Pues yo creo, señorita Brown, que usted, a pesar de su pulcritud en cuanto a moda, en ocasiones deja salir a la fierecilla que lleva dentro. Nunca nadie había pronunciado mi nombre en sueños de una forma tan sugerente mientras me pedía que la besara porque le iban a estallar los labios.

A Liza el último bocado que se había metido en la boca se le empezó a hacer bola. ¿De qué estaba hablando?

—Eso te lo debes estar inventando —dijo, intentando digerir la comida y aquello que el abogado había soltado para incomodarla.

—¿Quieres verlo?

—No estoy segura... Pero quiero asegurarme de que no es cierto y te estás marcando un farol.

—Tendrás que esperar un poco, no quisiera que se te indigesten los carbonara. Esperaremos al postre.

—Claro, la venganza siempre se sirve fría, ¿verdad?

—No es por venganza, Liza. No eres tan lista como pensaba si piensas eso.

—¡¿Y ahora me llamas tonta en la cara?!

—No he dicho eso. Venga, come... Y bebe.

—Qué pesado con que beba —le repuso con los ojos en blanco, pero agarró la copa y le asestó un buen trago—. Ponme más.

—Lo vas a necesitar, créeme. —Danny arqueó chistoso las cejas un par de veces, luego le sirvió más vino.

—Empiezo a odiarte un poco.

Él le dirigió una mirada irónica.

—Pensaba que ya lo hacías.

—Estás haciendo puntos. Eres un chico muy aplicado —le repuso con la boca llena.

—Lo sé —rio—, pero has vuelto a tutearme.

—Ya, ya, que sí. —Negó con la cabeza y volvió a beber. Si seguía bebiendo a ese ritmo se le iba a subir pronto a la cabeza, pero ya le daba igual, estaba empezando a sentirse muy a gusto, pese a lo que suponía vendría después con aquel comprometido video.

Cuando terminaron los platos de pasta, Danny se levantó de la mesa para retirarlos y meterlos en el lavavajillas, ella lo observó divertida.

—Me sorprende lo limpio que está todo. Apenas se nota que has estado cocinando —comentó con sinceridad. Aquello de verdad la había impresionado para bien.

—Mis padres me enseñaron que no solo hay que saber cocinar, también que la limpieza y el orden son primordiales para el correcto funcionamiento de una cocina.

Liza sonrió y él le dirigió una sonrisa canalla.

—Me parece que acabo de ganar unos cuantos puntos.

—Puede.

—Venga, confiesa, no te hagas la dura. Estás encantada, ahí sentadita, viendo cómo yo lo recojo todo y te pongo el postre.

Ella alzó las cejas.

—¿También has hecho postre?

—No, ya sería la leche —soltó una carcajada—. Pero preparo unos gin tonics estupendos. ¿Quieres uno?

—Mmmm...

—¿Qué estás pensando? Lo quieres, lo sé.

—Eres muy listo, Greco. De acuerdo, ponme uno y yo decidiré si son tan estupendos como aseguras.

—¿Por qué no vas al salón y pones música, mientras yo preparo las bebidas?

Liza esta vez no replicó, se levantó y se dirigió al salón, con la copa de vino.

Danny había dejado una lámpara de pie encendida en un acogedor rincón de lectura, provisto de un sillón orejero, una alfombra de pelo largo y una librería, repleta de libros de autores clásicos encuadernados en piel. En esta, además, había un tocadiscos de aire retro y algunos discos de vinilo. Liza repasó los títulos, buscando con el ceño fruncido, alguno que fuera de su agrado. Finalmente se decidió por uno de Metallica, no porque le gustase, sino porque al menos le era algo conocido.

Cuando Danny entró en el salón con las dos copas de balón, una conocida

balada del grupo americano sonaba, y ella lo estaba esperando sentada en el sofá frente a la chimenea, que estaba apagada, pues la temperatura en esa época del año no llamaba a ponerla en marcha, algo que agradeció Liza en su fuero interno, pues aquello habría sido ya el colmo del romanticismo.

—Buena elección —comentó él acercándose y se detuvo ante ella sonriente, mientras barajaba mentalmente dónde sentarse. Optó por hacerlo junto a la abogada y ella carraspeó nerviosa sintiendo que se erizaba entera cuando el muslo de Danny rozó por una fracción de segundo el suyo—. Toma...

—¿Y bebe? —bromeó ella.

—Para eso está y ya me dirás qué te parece.

Liza se acercó la copa a los labios, notando la mirada de él fija en estos, y tomó un leve sorbo, que degustó con placer.

—¿Está bueno?

—Mucho. Acabas de ganar otros cuantos puntos.

Él soltó una carcajada.

—¿Qué pasa?

—A este paso voy a romper tu marcador.

«Si no fuera porque ya te lo has cargado antes con el numerito de amo de casa», pensó ella. En cambio, dijo:

—Tengo el listón muy alto.

—Bueno, si tú lo dices, será verdad. —Danny se rio, echándose hacia atrás, y al hacerlo su muslo volvió a rozar el de Liza. Su piel de nuevo reaccionó a aquel contacto bajo el tejido.

—Por supuesto que es verdad —afirmó ella, irguiendo la espalda.

—No, si yo lo digo por la parte que me toca. Tengo pruebas.

—Ya empezamos.

—Las tengo.

—Sácalas.

—¿Eso quieres?

—¿Quiero? —Liza puso cara de fingida angustia.

—No lo sé —respondió Danny, sorbiendo de su gin tonic, observándolo divertido—. Vaya, me ha salido fabuloso. Bebe, Liza, te va a hacer falta.

—No será para tanto. A ver... ¿Qué he podido decir que sea tan... tan...?

—Excitante.

—¿Excitante? —Soltó una risa nerviosa.

Él asintió con una sonrisa traviesa.

—Mucho, mucho, señorita Brown.

—Me cuesta creerlo. —Ella negó con la cabeza, antes de sorber del gin tonic.

—Ya te he dicho que llevas una fiera dentro.

A Liza se le atascó el trago en la garganta al escuchar esa afirmación.

—No lo dilatemos más, saque esa prueba, señor Greco —dijo cuando logró pasar el trago.

Daniel ladeó la cabeza, sonriendo, y acto seguido, se metió la mano en el bolsillo para sacar el móvil. Tras unos segundos buscando en la galería, accionó el vídeo.

Conforme lo visionaban, el rostro estupefacto de Liza pasó del color blanco al rojo. Era cierto que había estado diciendo todas aquellas cosas, y alguna más, mientras se le caía la baba literalmente con una estúpida sonrisa en la cara.

—¡Quita eso! —le exigió, totalmente molesta y avergonzada.

—No quiero quitarlo, me gustaría saber a qué labios te referías exactamente, me ronda la cabeza todo el día —dijo él, soltando una carcajada.

—¡Serás guarro, me refería a la boca!

—Entonces recuerdas perfectamente que lo has dicho y que has disfrutado de tu sueño erótico conmigo de protagonista.

—No... Sí... Yo qué sé. Estaba drogada. —Liza intentó en vano quitarle el móvil de las manos.

—Espera que ahora viene una de mis partes favoritas.

—¿Cuántas veces lo has visto? —Liza estaba a punto de combustionarse por la vergüenza.

«Sabes muy bien, Daniel. Estoy muy húmeda, mira lo que has provocado.»

—¿Estás segura de que seguías hablando de la boca? —Daniel estalló en una sonora carcajada.

—¡Borra eso inmediatamente! —Liza se levantó del sofá y amenazó a Danny con la copa, señalándolo directamente.

—¿Y si no quiero?

—Te denunciaré, Daniel Greco, ten por seguro que lo haré.

—¿En base a qué? ¿Vas a autoinculparte violadora en sueños? ¿O acaso vas a denunciarme por ser demasiado irresistible y provocarte sueños húmedos en contra de tu voluntad?

—Por abusar de mi inconsciencia y utilizar esas imágenes difamatorias.

—Si hemos estudiado lo mismo, sabes que no hay caso posible, a menos

que lo vaya publicando por ahí, pero es para uso domestico. —Daniel no paraba de reír, parecía divertirse mucho todo aquello, pero Liza estaba a punto de estallar en lágrimas y pensó que sería buena idea parar—. Lo borraré.

—Gracias. —Suspiró aliviada.

—Pero quiero algo a cambio.

—¿Hasta cuándo va a durar este suplicio? ¿Pretendes sobornarme? Te recuerdo que eso sí es un delito tipificado.

—Yo lo llamaría trueque. No voy a pedirte una indecente cantidad de dinero.

—¿Qué quieres, Greco? Si piensas que voy a cederte al perro para que ganes el caso, lo llevas claro. —Liza se cruzó de brazos plantada ante él y le lanzó una mirada desafiante.

—No me interesa lo más mínimo con quién se quiera quedar el perro, parece que está harto de esos dos. Lo que no me perdonaría es que te estallaran esos morritos jugosos que tienes.

—¿En serio me estás pidiendo que te bese después de todo?

—Así es, Brown. Un beso por un vídeo bochornoso, es un trato justo.

—No lo es. Es un abuso de poder.

—Yo no soy el que abusa de cuerpos ajenos. Además, es lo que querías, en todo caso la que sales ganando eres tú.

—Todo esto te está divirtiendo mucho, ¿verdad? Eres un loco pervertido.

—¿Quieres que le dé al *play* y descubramos quién es más pervertido de los dos? Te aseguro que lo que viene a continuación no tiene desperdicio.

—No, por favor, terminemos de una vez con todo esto —dijo, dejando la copa sobre la repisa de la chimenea.

Liza no tenía escapatoria, así que lentamente se acercó hasta Daniel, pensando aún que podría arrebatarse el móvil, pero este se lo guardó en el bolsillo del pantalón, adelantándose astuto a las intenciones de la guapa abogada. No había más donde rascar y tendría que besar a aquel guapo, pero indecente personaje.

Cuando lo tuvo frente a frente y el perfume de este invadió todo el aire que pululaba entre ambos, Liza sintió una sacudida en su entrepierna. Hacía escasos momentos estaba totalmente encolerizada y abochornada, pero ahora que el espacio de ambos se había reducido a unos escasos centímetros, su estado había virado a otro tipo de excitación.

Liza cerró los ojos, absorbió de nuevo el aroma de él y alzó la boca, esperando su recompensa. Deseaba besarlo, aunque fuera en esa extraña

circunstancia, igual había descubierto un peligroso hobby que ponía en riesgo su dignidad, pero en ese momento solo deseaba dejarse llevar y que, tras el beso, Danny la subiera a brazos a la habitación para culminar aquel sueño húmedo que había tenido y que recordaba a la perfección.

—Allá voy, señorita Brown —dijo, tomándose su tiempo mientras la observaba en silencio. Estaba muy tentadora, los párpados cerrados y los labios apretados formando un corazón mullido, mientras aguantaba la respiración. Tras inspirar hondo, la besó en la mejilla.

Danny deseaba besarla, pero jamás abusaría así de Liza. No era de esa clase de tíos, aunque reconocía que había disfrutado sacándola de sus casillas, y a la vez se había sorprendido de que ella accediera a tan vil chantaje. Estaba claro que ambos deseaban dejarse llevar por la pasión, pero no era el momento ni el lugar, por lo menos esa noche.

Liza abrió los ojos un instante después, desconcertada, dispuesta a poner las cosas en su lugar.

—¿Qué ha sido eso?

—Un beso.

—¡¿Eso ha sido un beso?!

—Pareces defraudada.

—Porque lo estoy. —Sacudió la cabeza molesta y echó a andar con decisión hacia las escaleras.

—¿Dónde vas?

—¿Adónde crees que voy?

—¿Arriba?

—Eso es una obviedad.

—Lo sé, pero tú has preguntado.

—Buenas noches, señor Greco.

—Vaya —rio él—. Me parece que acabo de perder los puntos ganados.

17

Aquella mañana Liza decidió hacer tiempo antes de bajar. De normal, conseguía arreglarse en poco más de treinta minutos, pero ese día disfrutó de una placentera ducha de veinte, se secó el pelo durante más de media hora, se maquilló con extremo cuidado consiguiendo una apariencia muy natural y eligió a conciencia su *look*, sacando toda la ropa que había traído de la maleta y extendiéndola sobre la cama.

Tras lo sucedido entre Daniel y ella la noche anterior se sentía rara. ¿A qué jugaba el abogado? Ahora sí, ahora no, ahora te dejó plantada, luego te pido un beso, después no te lo doy. ¿Qué le pasaba? ¿Qué pretendía con todo ese tira y afloja? ¿Enfadarla? ¿Crisparla? ¿Conquistarla? ¿Excitarla? Pues... Pues lo estaba consiguiendo. Liza se encontraba a esas alturas tan cabreada como seducida por ese presuntuoso y exasperante hombre, y eso solo podía suponer una combinación bastante peligrosa para su corazón no acostumbrado a sufrir mal de amores.

Liza no era una persona muy ducha en aspectos románticos, solo había tenido un par de relaciones medio serias, ninguna había superado el año y en solo una de ellas había sentido algo parecido al amor. Llevaba sola más de cinco y a sus treinta y cuatro, aunque no había desistido todavía en encontrar el hombre perfecto, era bastante escéptica al respecto.

Todos los tipos que se cruzaba tenían taras o estaban tarados (más locos que una cabra) y no habían conseguido llamarle la atención mínimamente, pero Daniel sí lo había hecho. Era guapo, algo indiscutible, pero, pese a que esa cualidad era la primera que había podido percibir, no era la que más le atraía de su persona. Su atractivo radicaba sobre todo en ese carisma arrollador que destilaba a raudales, en esa media sonrisa traviesa que lograba hacer temblar sus rodillas, en esa lengua mordaz que conseguía estremecerla. Desde el encuentro en el tren no había podido dejar de pensar en él y en lo mucho que le gustaría sentir su cuerpo pegado al suyo, dándole calor allí donde más lo necesitaba. Lo ansiaba de un modo que conseguía descolocarla, y así estaba ella esa mañana. Por completo descolocada y rara.

Cuando por fin entró en la cocina a las diez, Daniel no estaba allí. La que sí estaba era Olivia, metida en unos vaqueros tan pequeños que parecían sacados de la sección de niños de H&M. La modelo estaba preparándose el desayuno. Una especie de batido dietético de un color verde muy poco apetecible. Desde la puerta, Liza lo miró con asco y la saludó:

—Buenos días, señora Blake.

Olivia se dio la vuelta y le sonrió. Era guapísima y tenía un porte con el que solo se nace. No le extrañaba que fuera una de las top más *in* del momento.

—Buenos días, Liza. Creo que dadas las circunstancias podemos tutearnos, si te parece bien.

Ella asintió y se acercó a la mesa.

—Iba a desayunar un batido. He preparado mucho. ¿Te apetece? —preguntó la modelo.

—No estoy muy segura. ¿De qué es?

—De acelgas y tofu. Está muy rico. ¿Te pongo un poco y lo pruebas?

—De acuerdo, Olivia, lo probaré.

—Nunca hay que decir no a probar cosas nuevas por muy repulsivas que nos parezcan a primera vista. Los ojos no son un buen indicador siempre. De hecho, muchas veces mienten y nos venden basura disfrazada de glamur —comentó, sirviendo un par de vasos hasta los topes. Luego se acercó a la mesa y se sentó, dejándolos encima.

—Toma. —Le pasó el batido y Liza lo cogió para sorberlo con cautela.

—No está mal —reconoció la abogada, dándole otro traguito. Estaba horrible.

—Es fantástico. Te deja el cuerpo estupendo. Ya verás.

—¿Si tomo muchos de estos, acabaré teniendo un cuerpo como el tuyo? —rio Liza.

—No, no te engañes. Este cuerpo se consigue a base de muchas horas de trabajo en el gym. No solo estoy delgada, estoy fuerte y fibrada.

—No tengo tiempo para ir al gimnasio.

—Pues debes buscarlo, tu cuerpo y tu mente te lo agradecerán. Cuerpo sano, mente sana, ya sabes. —Alzó las cejas un par de veces, antes de beberse de un trago todo el batido—. ¿Te apetece salir a correr?

—¿Eh? ¿Quieres decir: correr como ejercicio? ¿Ahora?

—¿De qué otro modo podría ser?

—No sé —respondió—. Pero de todas formas no he traído ropa

adecuada.

—Esa ropa deportiva que llevas puede valerte.

—Es ropa de paseo.

La modelo ladeó la cabeza y sonrió.

—Si de algo estoy segura en esta vida es que eso que llevas puesto no es ropa de paseo.

—Supongo que no estoy muy al tanto en moda —le repuso Liza, un poco ofendida por las palabras de la modelo.

—Eres abogada, no *influencer* —se rio Olivia, quien no había hablado en ningún momento con intención de molestar a Liza—. Yo te puedo ayudar, te vendría bien. ¿Te parece que salgamos a pasear y nos aireamos un poco? Así te enseño el lugar y te cuento un poco.

—Pensaba que íbamos a trabajar con Arthur. Para eso estamos aquí, ¿no? Por cierto, ¿dónde está? No lo he visto al bajar —preguntó Liza reparando de pronto en la ausencia del perro.

—Kasey lo ha sacado a pasear. Ayer se nos olvidó... Estábamos un poco idos tras el viaje en avión y coche. Es algo que nos pasa siempre. Cuando estamos a menos de dos metros de distancia, perdemos la cordura por completo. Somos como animales, ¿entiendes? Imparables. En fin... —Puso los ojos en blanco y cambió de tema—. ¿Y qué me dices de ti? Te quedaste en coma. ¿Qué tomaste?

—Un par de calmantes. Tengo pánico a subir en avión... Bueno, en realidad a casi todos los espacios reducidos.

—Dijiste cosas muy interesantes mientras dormías.

—¿Quién, yo? —Liza se atragantó con el sorbo que acababa de dar al batido de acelgas y tofu. Pero ¿qué narices había pasado en ese dichoso avión del demonio? ¿Acaso Daniel había montado un circo a su costa?—. ¿Por qué lo dices, Olivia?

—En el coche del traslado, hablabas en sueños. Pero puedes estar tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Solo yo te escuchaba. —Olivia dibujó una graciosa mueca—. Debe gustarte mucho.

—¿De quién hablas? —Liza se temía lo peor. No solo había estado cascando como una cotorra en el avión, también luego en el coche.

—De mi abogado. Daniel Greco. No te lo reprocho. Está buenísimo.

—No me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Te aseguro que no... Pero estuviste muy graciosa, de verdad que sí.

—¿En serio? —Liza no lo creía.

—Sí, mucho... No sufras, mujer, creo que le gustas.

—¿A Daniel?

—Sí, claro, ¿a quién si no?

—¿Cómo voy a gustarle?

—No te menosprecies, Liza. Eres una mujer muy guapa, pese a que no te cuidas nada y eso se nota. Una buena sesión de peluquería hace milagros con las puntas quemadas. —La vista de la modelo estaba clavada en su cabello y ella entonces lamentó no habérselo saneado.

—¿Tan mal lo llevo?

—No, mujer —rio, haciendo un gesto de desdén con la mano—. Lo normal en la gente como tú.

—¿Como yo?

—Que no se cuida. Pero, no te preocupes, un problema que tiene solución, no es un problema. Te daré el número de Misty Jones y ya verás ¡qué cambio más radical! Tu pelo nunca sabrá que hubo un día en que lo abandonaste por completo. Misty es la mejor. Yo nunca dejo que nadie más meta las manos en mi pelo.

Seguro que esa tal Misty Jones costaba un ojo de la cara, pensó Liza. Aun así, asintió.

—¿Ha bajado ya?

—¿Daniel? —Divertida, negó con la cabeza en respuesta. Lo cierto es que la modelo se lo estaba pasando bomba. Pese a lo que muchos opinaran de ella en las redes sociales, no tenía un pelo de tonta, y ya en la primera reunión que habían mantenido los cuatro se había olido algo entre los dos abogados, cosa que había podido confirmar en el trayecto en coche desde el aeropuerto a la cabaña, cuando escuchó decir a Liza en sueños que quería desnudar a Daniel y vestirlo con su saliva.

Daniel salió distraído de su habitación y abrió la puerta del baño sin percatarse de que Kasey estaba dentro.

—Lo siento, no sabía que estaba ocupado —se disculpó, agachando la mirada por si Kasey se encontraba en una situación comprometida.

—Tranquilo, solo estaba comprobando mi peinado. Soy un poco inseguro, ¿sabes?

—Nadie lo diría. Es un cantante bastante activo en el escenario —comentó Danny, notando lo largo que llevaba el cabello el cantante cuando se lo dejaba suelto.

—A veces las personas jugamos papeles que no corresponden con nuestra realidad. ¿No te ha pasado alguna vez? —preguntó, observándose de lado en el espejo.

—Tendría que hacer memoria.

—¿Podemos tutearnos? —preguntó Kasey, a lo que Daniel afirmó con la cabeza—. Si quieres puedo refrescartela ahora mismo.

—¿A qué te refieres

—A ese juego que te llevas con mi abogada. ¿Crees que Olivia y yo no nos hemos dado cuenta? Anoche os oímos.

—¿Qué oísteis exactamente? —A Danny le parecía bastante improbable que esos dos hubieran estado en situación de escuchar nada.

—Nada y todo. Esa mujer te gusta y te estás haciendo el duro con ella, algo que suele funcionar con muchas mujeres. Pero Liza Brown es harina de otro costal, es muy inteligente y no creo que se deje enredar con esas artimañas tan infantiles.

—Lo es. —Daniel tenía muy claro que la abogada era muy inteligente, pero también que sí se iba a dejar seducir, porque él le gustaba—. ¿Puedo confiar en ti?

—Eso depende. —Kasey se apoyó en el lavamanos y se cruzó de brazos frente a él—. Eres el abogado de la parte contraria, ¿recuerdas?

—Para eso estamos aquí, pero, dadas ciertas circunstancias, me temo que vosotros dos no estáis ya por la labor de divorciaros.

—¿Y qué te hace pensar eso? —Kasey frunció el ceño, esperando una respuesta.

—Disculpa, pero Olivia y tú habéis pasado la noche juntos. —Daniel entrecomilló la última palabra con los dedos.

—Es algo que nos pasa siempre que estamos juntos y ya llevábamos mucho tiempo separados —el cantante trató de explicar su comportamiento—. Lo nuestro es puro fuego, nos desborda y no podemos hacer nada por no sentirlo, necesitamos liberar toda la pasión que nos devora por dentro haciendo el amor.

Daniel asintió.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —El abogado quizá estaba ahondando en temas que no le concernían, pero esa extraña pareja lo tenía desconcertado.

—Dispara, colega.

—¿Los quieres, a Olivia y a tu hijo?

—A Olivia la amo con todas mis fuerzas y al niño... —Kasey suspiró,

agobiado por tener que dar explicaciones—. Verás, Daniel, yo nunca he querido tener hijos, no me gustan los críos y pienso que son una molestia y una traba para realizarse uno mismo. Ahora mismo estamos a tope con nuestras carreras, mi grupo está pegando muy fuerte en todas las listas de ventas y tengo prevista una gira de varios meses. No tengo tiempo para niños, ni la cabeza para preocuparme por ellos. Pensaba que Olivia opinaba lo mismo y lo habíamos dejado claro antes de casarnos para no encontrarnos en un futuro con esta situación...

Kasey estaba molesto con la pregunta, porque las personas que desean tener hijos no entienden las razones de aquellas que eligen no tenerlos, pero así era. Quería a Olivia y no deseaba perderla, pero todavía no tenía claro si iba a ser capaz de querer a ese niño como se merecía.

—Pero ahora está embarazada y el niño que lleva en el vientre es carne de mi carne, sangre de mi sangre... Y no sé... Joder... Me siento un mierda todo el tiempo. La sigo queriendo en mi vida, pero todo ha cambiado. Nunca he querido un hijo y ahora estoy en cierta forma obligado a quererlo. Crees que es horrible todo lo que digo, ¿verdad que lo piensas? Pero era algo que habíamos acordado los dos.

—Siento haberte molestado. No era mi intención.

—Ya no sé qué hacer —dijo el cantante, apoyando los brazos en el lavamanos—. Solo sé que quiero a esa maldita mujer y, aunque me divorciara de ella, no podría mantenerme lejos de ese cuerpo y esa cara, me tiene atrapado. Soy suyo. Ahora y siempre.

—Pues en ese caso tendrás que valorar qué es más importante para ti.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? —bufó con la cabeza gacha.

—No tiene porque serlo. Olivia desea tener el niño y tenéis medios más que suficientes para que no suponga ninguna traba para tu carrera o la suya.

—Lo sé —asintió con pesadumbre—. Pero estoy acojonado, la verdad. ¿Y si soy un padre horrible?

Danny rio. ¿Quién no se preguntaría algo así?

—Qué va, seguro que lo haces bien —le repuso.

—No me conoces. —Abatido, se quedó mirando el suelo del baño.

—No, lo cierto es que no, pero de lo que sí estoy seguro es que prefieres ser un padre que no sabe muy bien cómo hacer las cosas, a no ser el padre de ese niño, y eso es lo que vas a conseguir, si sigues adelante con el divorcio. Yo si fuera tú lo tendría claro.

Kasey levantó la mirada y la fijó en el rostro del abogado.

—¿Qué tendrías claro?

Danny, dejando a un lado el hecho de por qué estaba metido en esa cabaña con el cantante, la modelo, Liza y el perro de la discordia, se sinceró:

—Que no dejaría nunca marchar la oportunidad de ser feliz.

Kasey asintió, estaba prácticamente convencido de que se había equivocado por completo al pedirle el divorcio a Olivia. ¿Cómo podría vivir sin ella? ¡El último mes había sido horrible!

—Buen consejo, colega —dijo, saliendo del baño sin más.

Cuando Daniel por fin bajó a la planta inferior, los tres estaban esperándolo, incluido Arthur que, con alegría, movía el rabo mientras su dueño le acariciaba la cabeza. Estaba claro que el perro sentía predilección por él y viceversa. Esa misma mañana había escuchado a Kasey sacarlo a pasear y luego cómo este lo invitaba a pasar a la habitación porque mami no estaba, refiriéndose a Olivia.

—Parece que me estéis esperando —dijo divertido cuando los siete ojos de los presentes se posaron sobre él.

—Lo estamos haciendo, es tarde señor Greco, aquí hemos venido a trabajar y le recuerdo que esta aventurilla la propuso usted —dijo Liza con fingida molestia, pues se alegraba demasiado de verlo y de compartir cabaña ese fin de semana con él.

—Lo siento, señorita Brown, si me permite tomar un café estaré encantado de acompañarles a donde quiera que hayan pensado ir.

—Esto no es un juego Daniel. El bienestar de Arthur está por encima de cualquier cosa en este momento —dijo Olivia a su abogado.

—Lo siento, señora Blake, no pretendía ofenderla... Ni a usted ni a su perro.

—Tomate ese café, mientras le enseñaremos a Liza las vistas desde la terraza. No te demores —le respondió a la vez que Liza le brindaba una mirada inquisidora.

Daniel asintió. ¿Qué narices acababa de pasar ahí? ¿Liza y Olivia habían confabulado contra él?

Daniel se sirvió un café y le añadió leche fría para poder tomárselo rápidamente y reunirse con los demás. No estaba seguro de cuál era el plan esa mañana, nadie le había consultado nada, pero debía ser profesional, no estaban allí de vacaciones, sino para satisfacer las necesidades de sus clientes

por muy absurdas que estas fueran.

—Ya estoy con vosotros. ¿Cuál es el plan?

—Verás, he consultado en internet varias técnicas de expertos adiestradores caninos para determinar cuál de los dos es su referente en la manada —respondió Liza, tomando la voz cantante.

—¿Tengo pinta yo de pertenecer a una manada? Yo soy su madre —le repuso Olivia, echándose el pelo hacia atrás.

—No, querida, los perros entienden que tú y Kasey sois su manada. Es un perro, no un niño. —Liza contestó sin mirarla.

—Está bien, si lo dice un experto. —La modelo rodó los ojos algo molesta.

—Lo dice todo el mundo, amorcito. Sé que quieres a Arthur como si fuera un hijo tuyo, pero reconoce que aquí el que manda soy yo, y yo ganaré esta competición —comentó su marido en tono jocosos.

—Eso no te lo crees ni tú —le replicó burlona—. Arthur me adora. Siempre le compro las mejores chuches caninas. Soy su mami, ¿recuerdas?

Kasey y Olivia se enzarzaron en una conversación sobre los cuidados de Arthur que dejó en segundo plano a los abogados.

—¿Y si nos escapamos al pueblo y tomamos un *brunch*? —le propuso Danny a la guapa abogada, tras darle un leve codazo en el costado

—Contigo, Greco, no voy ni a la vuelta de la esquina —contestó ella con cara de angustia, aunque en el fondo se moría por compartir un vino y unos quesos autóctonos con ese descarado.

18

Cuando la conversación entre la extraña pareja dio por terminada, Liza encabezó una caminata sin rumbo fijo por el monte. Daniel iba conversando animadamente con Kasey, mientras Arthur les seguía los pasos, y Olivia se entretenía fotografiando todo a su alrededor, alternando algún que otro *selfie*, que subiría de inmediato a las redes sociales con alguna frase tonta.

Liza, por su parte, estaba disfrutando mucho del paseo, aunque algunos tramos eran difíciles de sortear por los caprichos de la naturaleza. El aire en aquel paraje era exquisito y el silencio reinaba, salvo por las notificaciones del móvil de Olivia, que rompían la armonía acústica de las montañas en Lugano.

—¿Dónde narices vamos? —preguntó la modelo, parándose frente a una inmensa roca.

—No lo sé, supongo que a un lugar llano donde realizar las pruebas.

—Me temo que Arthur no está para muchos trotes —comentó Daniel, señalando al can que se había acomodado bajo la sombra de un gigantesco árbol.

—Mi viejo perro ya no está para muchos trotes. —Kasey se acercó a este y se aposentó para acariciarle el lomo.

—Perdona, nuestro viejo perro —puntualizó Olivia.

—Bien sabes, amorcito, que es más mío que tuyo —le repuso con rapidez Kasey.

—Pensaba que el perro lo habíais adoptado ambos —intervino Liza que no terminaba de comprender.

—Y así es, pero él dice eso porque está a su nombre. Pero Arthur es de los dos por igual.

—Si es así, no hay caso posible. Si Arthur está a nombre de Kasey, el perro es suyo. No hay más que hablar. —Liza estaba cansada de seguir con aquella pantomima. Olivia no hacía caso al perro, se había pasado el camino preocupándose de ella misma.

—¿Perdona? El perro es tan mío como suyo. Ese papel no tiene ninguna

validez, lo que cuenta son los sentimientos... Y yo quiero a Arthur.

Liza no se dejó ablandar por las palabras de la modelo. Si había unos documentos que acreditaban tal circunstancia el caso estaba zanjado.

—Que no es tu perro, no hay caso posible, y usted, señor Greco, debería haberlo sabido antes de habernos traído a este lugar a hacer nada—. Esta vez se dirigió al abogado que intentaba disimular la risa.

—¿Así que el perro se queda conmigo? —preguntó Kasey con alegría.

—Sí, siempre ha sido tu perro. Entiendo que tienes los papeles de la adopción.

—Sí, por supuesto.

—Entonces ¿me puede explicar alguien qué narices hacemos aquí? He drogado mi cuerpo para llegar hasta este lugar. Me he jugado la vida andando por estos montes para nada.

—No te quejes, monina, esta mañana parecías encantada de estar aquí con Daniel —soltó la modelo despechada.

—Eso no es cierto, has sido tú la que ha insinuado tal cosa. —Liza se puso en jarras frente a ella.

—Porque es evidente lo que pasa entre vosotros. Dejad de ser tan siesos y pasad a la acción como hacemos Kasey y yo, ¿verdad, cielito? —Olivia puso morritos y miró a su todavía esposo.

—Verdad. Además, Daniel está coladito por ti, hemos hablado esta mañana de eso en el baño.

—¡Kasey! —le reprendió Daniel.

—¿Habéis estado juntos en el baño? —Olivia miró a ambos hombres.

—Es una larga historia, volvamos a casa y te lo cuento todo.

Kasey se incorporó y, tirando de la correa de Arthur, se reunió con Olivia para emprender la marcha, cogidos de la mano, como si la cosa no fuera con ellos. Estaban chalados y, con sus idas de cabeza, estaban consiguiendo que Liza perdiera la paciencia.

Los dos abogados los observaron marcharse en silencio y luego se miraron.

—Se acabó —dijo Liza—. No tiene sentido alargar más esto. Quiero irme a Edimburgo.

—¿Por qué? —Danny estaba encantado por hallarse en aquel lugar tan maravilloso con ella.

—Pues porque me quiero ir. El perro es de mi defendido y ya está. No sé por qué no le pedí los papeles de la adopción, debería haberlo comprobado.

¿Tú lo sabías? —Liza estaba muy molesta consigo misma.

—No, tampoco se los pedí a Olivia. Lo di por sentado.

—Hemos sido unos incompetentes —se lamentó Liza entre dientes, que no entendía cómo podía habersele escapado un detalle así de importante. Era imperdonable. Era una prestigiosa profesional, no una recién licenciada sin experiencia.

—Hemos jugado al juego que ellos querían. Esos dos no se quieren divorciar, es evidente —dijo Danny que también lamentaba el error cometido al no comprobar los papeles de la adopción, pero que al tiempo se encontraba encantado con el resultado de tal error.

—Lo sé. Kasey está loco por Olivia, y ella por él. Son tal para cual y deben seguir juntos por el bienestar del resto de la humanidad.

—Así es. —Danny rio.

Liza ladeó la cabeza y lo observó fijamente durante unos instantes.

—¿Y perder tus honorarios del divorcio?

Él se encogió de hombros.

—Creo que no voy a poder hacer nada por evitarlo y la verdad es que ya me da igual. —Danny le brindó una sonrisa conciliadora.

—¿Te da igual?! ¡Te han hecho perder el tiempo... ¡Y a mí!

—Sí, puede, pero es que yo estoy encantado. ¿Tú has visto dónde estamos, Liza? —le preguntó, haciendo un barrido con la palma de la mano en el aire. Las vistas sobre el lago Lugano desde su posición eran fantásticas.

Liza miró a su alrededor y sonrió a su vez. Aquel lugar era ideal y muy romántico.

—Este lugar es maravilloso. Me encanta.

—Disfrutemos de él, Liza. Vayamos al pueblo, he leído que es precioso, y demos una vuelta, visitemos sus rincones y luego vayamos a cenar a un buen restaurante, disfrutemos de la situación, ya que estamos aquí.

—¿Y nuestros clientes?

—¿Crees que se van a dar cuenta de que no estamos?

—Lo dudo mucho. —Liza rio, recordando la noche anterior, cuando había abierto la puerta y los había pillado en esa postura tan extraña de la que desconocía el nombre.

—Entonces ¿qué me dices?

—Pues... Que tengo que pensarlo. No me fío de ti ni un pelo —respondió la abogada, terca como una mula.

—Venga, si lo estás deseando.

—Lo estás deseando tú. —La abogada echó a andar sin rumbo alguno.

—¿Dónde vas? —le preguntó Daniel.

—No lo sé —respondió volviendo apenas el rostro

—¿Puedo acompañarte?

—No, prefiero ir sola.

—Está bien, pero no te alejes mucho, no vayas a perderte.

—Puedes estar tranquilo, no pienso perderme, Greco. Llevo el móvil y sé usar el Google Maps perfectamente.

—No te fíes mucho de la cobertura. En estos sitios a veces se pierde la señal.

—Eso también lo sé —dijo con poca convicción, pero sin dejar de andar. No pensaba ir muy lejos, solo deseaba perderlo un rato de vista y hacerle sufrir un poco. Si pensaba que iba a aceptarle otra cita así de primeras, sin hacerse la dura, lo llevaba claro.

Una hora después, harta de dar vueltas por el monte, Liza volvió a la cabaña hambrienta y cansada. Fue directamente a la cocina y se bebió un gran vaso de agua para recuperar el aliento.

—Beber tan deprisa no debe ser bueno —le advirtió Daniel, sobresaltándola y provocándole la tos.

—Lo que no es bueno es asustar a alguien que está bebiendo, casi me ahogo.

—Te gusta magnificarlo todo, ¿cierto?

—¿Magnificar? Para nada, Greco.

—Todo lo llevas a la tremenda, te cabreas y te olvidas de disfrutar de la vida que tienes. ¿Qué carencias tienes, Liza? Tienes un buen trabajo, inteligencia y una cara preciosa. Y todas esas cosas hacen de ti una mujer poderosa a la que han regalado un fin de semana en Lugano.

—¿Esa es tu manera de convencerme para que tenga una cita contigo?

—Es la manera de convencerte de que te relajes un poco y que comas conmigo en un buen restaurante. Estoy seguro de que estás hambrienta, y que ese vaso de agua solo engañará a tu estómago un rato más.

—En eso es lo único que tienes razón: tengo hambre, pero la casa está repleta de comida. No necesito ir a ningún restaurante contigo.

—Venga, Liza, te pido una tregua. —Daniel juntó las palmas de las manos en plan rezo.

—Está bien, subiré a darme una ducha y cambiarme de ropa, pero más te

vale que el restaurante merezca la pena o lo magnificaré todo y tiraré la vajilla por los aires.

—Me esforzaré al máximo, aunque en Suiza hay muy buenos psiquiátricos.

Liza le sacó la lengua y subió a la planta superior para arreglarse. La cita prometía, pero no estaba segura si quería derribar por completo la barrera que había impuesto hacia él o dejarla solo a media altura, aunque el encantador Daniel Greco bien sabía cómo ponerla a tono y hacerle bajar la guardia.

19

El restaurante Elementi estaba situado en el casco antiguo de Lugano y ofrecía a sus clientes, a través de la fachada de cristal que ocupaba todo el frontal del local, una panorámica magnífica de la pintoresca calle donde se encontraba. Liza no podía sentirse más a gusto, pues distaba mucho de ser un lugar oscuro y angosto en el que sentirse encerrada, y la compañía de Daniel, por muy reacia que se hubiera mostrado a aceptar comer con él, le agradaba demasiado.

El abogado había encendido prácticamente desde el principio todas las conexiones neuronales de ella, pero Liza siempre se mostraba así de seca y estúpida con los hombres que le gustaban. Era una especie de mecanismo de defensa, una coraza para no parecer demasiado vulnerable y que, en muchas ocasiones, no había jugado muy a su favor. Sin embargo, seguía haciéndolo, pues era parte de su carácter y era difícil luchar contra sus propios demonios. En Glasgow, había bajado la guardia, aceptando aquella cita sin meditarlo demasiado, y ahora debía tener cautela si no quería volver a quedar como una idiota desesperada. Le gustaba su independencia, pero en su fuero interno, anhelaba acurrucarse por las noches con alguien en la cama que calmara el estrés de su día a día con un beso o una simple caricia.

—Este sitio es fantástico —comentó maravillada, mirando alrededor y recreándose con las vistas al exterior.

—Entonces ¿te alegras de haber aceptado?

—Ya sabes que solo he aceptado porque estaba aburrida. Puf —rodó los ojos—. ¿Esos dos no paran nunca de darle al asunto?

—Se ve que no. Es el ansia que los devora por dentro —Daniel rio—. Y también sé que has dicho que sí porque sabías que esta vez no tenía escapatoria —añadió en broma.

—Exacto.

—¿Es la primera vez que vienes a este sitio? —Daniel la observaba divertido, era la primera vez que la veía realmente relajada y se le notaba en la expresión del rostro.

—¿Me tomas el pelo? —Liza lo miró, arqueando una ceja.

—Es obvio que sí. ¿No bajas la guardia nunca, Brown?

—Solo cuando estoy con amigos y puedo confiar en ellos.

—Ajá, entonces eso significa que no somos amigos y que no confías en mí.

—Muy observador, Greco. Significa exactamente eso.

—Entonces tendré que ganármelo —dijo él, guiñándole el ojo de una forma encantadora y a Liza un revoloteo de mariposas desquiciadas comenzó a revolverle el estómago—. *Cameriere, per favore, una bottiglia di vino della zona* —pidió, levantando el brazo para captar la atención del camarero, quien asintió con la cabeza a su seña.

—¿Qué le has dicho? —Le encantaba, por no decir que le ponía mucho, cuando él hablaba en italiano. Era tan sexy.

—Que te traiga un babero.

—¿Un babero? —Liza abrió mucho los ojos.

—Sí, para no mancharte ese precioso vestido con las babas que se te caen por mí.

—Eres un poco engréido, ¿no crees?

—No lo creo. Me gusta tomarte el pelo. Pero no te negaré que lo que ha dicho Olivia sobre ti, no me ha emocionado un poco —comentó, sosteniéndole la mirada.

—Te recuerdo que Kasey ha dicho exactamente lo mismo de ti. —Liza apartó los ojos de los de Danny y movió la servilleta de manera nerviosa, enroscándola entre sus dedos.

—Entonces, ¿no crees que deberíamos dejarnos llevar por el momento y disfrutar mutuamente de nuestra compañía?

—Es posible, siempre y cuando dejes de pedir baberos para mí.

—He pedido vino de la zona.

—¿Pretendes emborracharme de nuevo? —Liza lo miró falsamente atónita.

—De eso sabes tú bastante sola.

—*Mi scusi, questo vino va bene?* —El camarero los interrumpió, enseñándole a Daniel una botella.

—*Perfetto, grazie.*

El camarero abrió la botella y sirvió un poco en la copa de Liza y esta bebió con delicadeza, dejando que el sabor de aquel vino le impregnara toda la boca, haciendo las delicias de su paladar.

—Está exquisito —dijo ella, tras tragar el líquido.

—Tenía ganas de probarlo, los vinos de Ticino tienen mucha fama y este en concreto es un Bianco de Merlot de 2011.

—No sabía que entendieras de vinos —comento Liza, a la vez que Daniel le daba el visto bueno al camarero y este servía ambas copas para dejarlos solos.

—No soy un experto, pero me interesan, sobre todo los italianos.

—No estamos en Italia.

—Creo que la cultura de un país se rige un poco por el idioma que se habla, ¿no crees?

—Es probable, pero hay excepciones.

—La esencia de la gente es la misma. Compartir un idioma es compartir una madre.

—Así que también eres filósofo.

—Soy muchas cosas que puedes descubrir tú misma si quieres.

—Aún no estoy del todo segura, déjame que beba una par de copas más de este Merlot y te cuento.

—Todas las que quieras, esta noche es sola para nosotros.

—¿Qué opinas de esos dos? —le preguntó Liza para desviar un poco el tono de la conversación.

—Que son dos chalados de aúpa y que no cobraremos ninguno de los dos ni una libra, porque no creo que se divorcien.

—Comparto esa opinión, son personajes muy acostumbrados a montar el circo. ¿Te preocupa haber trabajado gratis? Entiendo que es tu primer caso serio en Edimburgo y es un fastidio.

—La verdad —le dijo mirándola con ojos de cordero degollado—, no. De no ser por sus excentricidades no te hubiera vuelto a encontrar y no estaríamos disfrutando ahora mismo de una cena en Lugano. Creo que es un lugar encantador para dar comienzo a algo.

—¿Das por hecho que va a surgir algo entre nosotros? —bufó Liza, mientras le daba un buen trago a ese vino. Daniel estaba siendo demasiado encantador y sugerente y estaba a punto de rendirse ante él.

—Es algo que tú y yo deseamos. Esos dos locos lo han confirmado, nos han allanado el camino, y he de reconocer que me gustas, Liza.

—¿Te estás declarando?

—Me estoy abriendo. No tengo miedo a expresar mis sentimientos abiertamente, no es nada de lo que alguien deba avergonzarse.

—Entonces, ¿por qué me dejaste tirada?

—No te dejé tirada, tuve que asistir a un funeral fuera del país.

—Ahora me dirás que se murió tu abuela —dijo riéndose de aquella excusa tan manida.

—Efectivamente, sí. Mi *nonna* murió inesperadamente. —Daniel adoptó un gesto serio.

—¿Lo dices en serio? —Liza quiso que la tragara la tierra.

—Sí, totalmente en serio. ¿Quién usaría la muerte de su abuela para poner una excusa?

Liza pensó que mucha gente, recordando en especial a su amiga Valery en sexto curso para escaquearse de hacer un examen de historia, fingiendo abatimiento por la muerte de su abuelita, que ya llevaba diez años muerta, lo que la exculpaba en cierto modo de matarla en vida. Pero quizá Daniel fuera sincero.

—Lo siento, ha sido una grosería por mi parte —se disculpó.

—Tranquila, seguramente te he hecho creer con mi comportamiento que soy un capullo. Pero cuando una mujer me gusta de verdad, me comporto de ese modo extraño.

—Siento mucho de verdad lo de tu abuela, es duro perder a un ser querido. Además, yo también suelo hacerlo, lo de comportarme de un modo extraño cuando alguien me gusta, y he de confesar que ahora estoy más relajada y he empezado a tener hambre.

—Lo cierto es que fue un palo para mí, por la distancia me era imposible pasar mucho tiempo con ella, así que viajar a Italia para enterrarla no fue plato de buen gusto. Con todo el follón del viaje y el entierro, olvidé por completo que teníamos esa cita, y de verdad que me supo mal, Liza, pero las cosas a veces vienen así de golpe. —Danny se encogió de hombros, un poco afligido al recordar a su abuela—. Pero me sorprendió mucho y me alegré aun más al verte de nuevo, casi lo tomé como un acto providencial, porque Liza, me interesas mucho.

Liza asintió incómoda, lamentaba haber aflorado el dolor de Daniel al recordarle el motivo por el que no pudo acudir a la cita en el Bilson, y le sonrió.

—Para mí también fue una sorpresa.

Daniel ladeó la cabeza, brindándole una media sonrisa.

—¿Agradable?

—Puede que sí —cedió ella.

—Vaya —suspiró aliviado—. Esperaba un no rotundo. ¿Te parece si pedimos? Yo también estoy hambriento.

—Está bien. —Sonrió ella, pues la idea de volverlo a escuchar hablar en italiano le excitaba sobremanera.

Liza escogió un delicioso risotto de pulpo y Daniel solomillo de ternera al romero. Los dos disfrutaron mucho de aquellos platos de autor que combinaban la cocina tradicional con el vanguardismo, creando una fusión orgásmica que armonizaba muy bien con el ambiente de aquel local tan peculiar de fachada de cristal.

—Este lugar ha sido todo un descubrimiento. Lo encontré de casualidad en Trip Advisor.

—Pues te felicito, Daniel, hacía tiempo que no disfrutaba tanto de un lugar y una comida tan deliciosa.

—Gracias, espero que la compañía también haya tenido que ver.

—También, creo que ha sido lo más importante de la cena —dijo ella, dejándose llevar por primera vez en mucho tiempo.

—Entonces ¿ya estoy dentro de tu círculo de confianza? —preguntó él, tras limpiarse de forma varonil la comisura de los labios con la servilleta.

—Depende de para qué.

—Para compartir un postre, ¿tal vez?

—Si es de chocolate, sí.

—¿Y si nos arriesgamos un poco más?

—¿Qué me sugieres? —Liza empezaba a calentarse, al igual que la conversación.

—Tarta de tres chocolates suizos, con helado de Macadamia, virutas de trufa y sorbete de limón al cava —dijo, leyendo la carta a la vez que miraba a Liza, recitando lentamente todos los ingredientes de aquel postre.

—*Mi piace* —dijo ella, sorprendiendo a Daniel.

—¿Y eso?

—Yo también he estado mirando cosas por la web, una mujer inteligente debe crear munición que descargar en momentos puntuales.

—¿Y dónde pensabas descargar ese «me gusta» en italiano?

—Pues en esta ocasión, por ejemplo —respondió ella de forma resolutiva.

—No sabías que iríamos a cenar fuera.

—Una buena comida no siempre se sirve en un restaurante. —Liza estaba descargando demasiada munición. Estaba fuera de sí, suelta, loca, excitada.

—Me rindo, Bella Pettegolezzo, si seguimos esta conversación hasta el final, no podré contenerme y tendré que besarte.

—No hasta que compartamos esa tarta que me has prometido, soy muy golosa —dijo, acabando de rematar a Danny, quien hervía por dentro, deseoso también de saborear de arriba abajo a la guapa abogada.

20

Daniel se acercó a la barra y pagó la cena antes de que ella pudiera decir nada. Sabía que si dejaba que el camarero les trajera la cuenta a la mesa, Liza le obligaría a pagar a escote con algún discursito sobre el empoderamiento femenino. Una cualidad que, en realidad, le atraía de ella. Era una mujer fuerte e independiente, de esas que tenían las cosas claras y que no se achantaban ante nada, aunque eso implicara en alguna ocasión tomarse unas pastillas a lo Courtney Love.

—¿Nos vamos? —preguntó Daniel, apoyando los puños en la mesa, confiriendo a sus brazos unas marcadas líneas que no escaparon a los ojos de Liza.

—Tenemos que pagar.

—Ya he pagado y, antes de que digas nada, esta comida la he propuesto yo y es mi deber hacerlo.

—Gracias —respondió ella, pues estaba de acuerdo en que él se hiciera cargo, en cierto modo se lo debía—. ¿Dónde propones ir ahora?

—¿Y tú? Creo que ahora te toca mover ficha a ti.

—Eso suena antiguo, ¿no crees?

—¿El qué exactamente?

—Lo de mover ficha. —Liza se echó a reír de una forma encantadora.

—¿Y cómo prefieres que lo llame?

—Por su nombre.

—Lo haría, si supiera qué es lo que te apetece hacer ahora.

Las indirectas de Liza parecían no estar surtiendo efecto.

—¿Y a ti?

—Lo que a ti te apetezca Bella Pettegolezzo, ya te he dicho, que elijas tú.

—Daniel, ¡me estás volviendo loca! —Liza comenzaba a exasperarse. Ella lo que deseaba es que él la besara y la llevara de vuelta a la cabaña para hacer el amor apasionadamente. Su cuerpo llevaba días mandándole señales en forma de sacudidas esporádicas y necesitaba calmar las ganas con él.

—Y tú a mí, quieres decirme de una vez qué quieres. —Danny le estaba

tomando el pelo. Le encantaba verla a la desesperada y deseaba que fuera ella quien le pidiera lo que ambos tanto estaban deseando.

—Quiero volver a la cabaña y... —Liza se iba sonrojando por momentos.

—Y que te haga el amor, ¿no es cierto? —Danny se inclinó un poco sobre ella y la necesidad de contacto empezó a crecer en la abogada, primero a la altura de su ombligo y luego empezó a descender hasta llegar a su entrepierna.

—No te lo estoy rogando, solo sugiriendo —le espetó ella de nuevo, con ese genio loco suyo que tanto le gustaba al abogado.

—Liza. —Él le envolvió la cara con las manos y a ella se le puso la piel de gallina, bajo el ligero vestido que llevaba puesto—. Te estoy tomando el pelo. Deseo tanto o más que tú ir a la cabaña y besarte por todos los rincones de tu cuerpo, ver cómo tu espalda se arquea disfrutando de mí, y yo de ti. Pero, ya que estamos en un lugar público, empezaré por besarte en la boca.

Aquel beso arrancó suave. Danny acarició con las yemas de los dedos el perfil de sus labios, haciendo que Liza los entreabriera, sedienta de él. Se tornó loco, a medida que las embestidas de las lenguas calentaban sus deseos. Mordiéndose de forma sensual, sintiéndose y solapando sus respiraciones. Sus auras debieron fusionarse y formar un halo similar a las luces de la aurora boreal en Edimburgo. Era el beso más perfecto que ambos habían experimentado, de esos que van *in crescendo* y finalmente vuelven a descender para unir sus miradas y agrandar sus pupilas.

Al romper aquel beso, ya no pudieron esperar más. Si en algún momento se les había pasado por la cabeza dar una vuelta por el bonito pueblo y disfrutar de sus bellas vistas, a partir de ahí se les olvidó por completo. Volvieron a la cabaña con la necesidad apremiante de amarse por primera vez. Ambos habían sabido transformar el tira y afloja en algo mágico y espontáneo, dejando que la química y la física hicieran de las suyas, mientras compartían unos asientos de clase turista en un vagón de tren. Los dos llevaban el mismo destino de ida y vuelta, y es que la vida es así de caprichosa: une y desune parejas; las mueve por el tablero como piezas de ajedrez, haciendo combinaciones y jugadas, y del que solo saldrán victoriosos aquellos que deseen llegar hasta el fondo de su corazón. Y este parecía ser el caso de Liza y Daniel.

Durante el trayecto en taxi hasta la cabaña, reprimieron las ganas que se tenían, charlando por fin relajados de cualquier cosa, entre risas y leves caricias en las manos, pero al entrar en el dormitorio, la pasión estalló entre

los dos sin control.

Tras cerrar la puerta, Daniel aprisionó a Liza entre sus brazos, inclinó la cabeza y le lamió la línea de la mandíbula antes de cubrir sus labios con los suyos. Un jadeo salió de la garganta de la abogada cuando notó la erección de Daniel empujando contra su abdomen. Su cuerpo empezó a actuar por su cuenta y lo rodeó con una pierna, apretándose contra su excitación, la quería sentir más cerca, caliente e hinchada como la notaba pegada a su piel, y sus manos subieron hasta su pelo, que era tan suave como se lo había imaginado. Las bocas seguían unidas en besos que empezaban antes de terminar, sumidas en un revoltijo de lenguas, deslizándose por dentro de sus bocas, fluidas y ágiles. Danny comenzó a subirle el vestido por los muslos, deseando verla desnuda y ella se apartó lo justo para facilitarle la tarea de sacárselo por la cabeza con un rápido movimiento.

Mientras Liza se peleaba con el cinturón, él le desabrochó el sujetador, que poco después estaba en el suelo junto al vestido. La camiseta del abogado no tardó mucho en hacerles compañía y tampoco sus pantalones que, ayudados por las hábiles manos de Liza, descendieron por sus largas y fuertes piernas y, tras quitarse las zapatillas con ayuda de los pies, acabaron tirados en el suelo. Cuando solo las braguitas y calzoncillos cubrían sus cuerpos, se miraron con deseo largamente, comprobando que todo aquello que habían imaginado no superaba la realidad. Eran mucho mejor en vivo y directo, o al menos a ellos se lo parecía en aquel momento.

—Dime, Liza, ¿cuáles eran esos labios que te iban a explotar? —le susurró. Le puso las manos en la cintura y la miró a los ojos mientras le deslizaba las bragas hacia abajo, erizando la piel de las caderas de Liza con aquel contacto—. ¿Estos? —Le besó la boca—. ¿O estos otros? —Con besos calientes y húmedos, inició un viaje en descenso por su cuerpo: la barbilla, la clavícula, el valle entre los pechos, el vientre, el pubis y finalmente el corazón palpitante entre sus muslos.

De rodillas ante ella, le agarró el trasero desnudo y hundió la boca en su carne, lo que le hizo soltar un gemido, antes de que volviera a levantarse.

—¿Tú eliges, Liza? Quiero hacértelos explotar. No he deseado nada tanto como te deseo a ti ahora.

—Quizá eran estos—. Liza le tomó la mano y la llevó a su entrepierna. Estaba tan mojada que los dedos de Daniel se adentraron en ella sin ninguna dificultad cuando ella le instó a penetrarla.

Danny sonrió y dejó que ella le guiara la mano. Le gustaba rudo y rápido,

tal como pudo comprobar cuando al arquear los dedos le frotó la pared interna con fuerza y ella soltó un fuerte gemido. Su cuerpo se estremeció de puro gusto.

—Me vas a hacer explotar entera.

Él se rió por lo bajo y siguió jugando con ella, disfrutando de su placer. Las piernas le temblaban y más que lo iban a hacer si sus dedos seguían presionando su carne más íntima con ese ritmo tan perfecto que no tardaría en hacerle perder el control.

—Solo tienes que pedírmelo —susurró, deteniendo el movimiento de los dedos.

Ella negó con la cabeza.

—No pares, por favor. —La sensación de su cuerpo desnudo contra su piel desnuda, el sonido de su voz ronca y sus largos dedos entrando y saliendo de ella la estaban acercando al abismo orgásmico.

Subió la otra mano y le pellizcó con fuerza un pezón y Liza dejó escapar un gemido estrangulado. Estaba casi a punto.

—Tal vez eran estos otros labios —dijo él, llevando el pulgar a la boca de Liza para que ella se lo chupara, cosa que hizo con devoción, mientras él seguía penetrándola con los dedos de la otra mano, a la vez que los movía en círculos, provocándole un placer casi insoportable.

—Te quiero dentro de mí —le exigió ella, y Danny, que también deseaba entrar en Liza más que nada en la vida, la agarró por las mejillas y la besó como si no hubiera un mañana.

La tumbó sobre la cama y la siguió besando como si no existiera nada en el mundo que no fuera su boca. Sin dejar de besarla, su cuerpo se fue acoplando al suyo y Liza separó las piernas. Cuando su erección entró en contacto con la vulva de ella, ambos suspiraron a la vez. Danny empujó y entró con facilidad. Dios, qué sensación. Era como tocar el cielo estando en la tierra. Ella le atrapó el labio inferior entre los dientes, cuando él empezó a moverse rápido y fuerte, aplastándola contra el colchón. Las sensaciones se acumulaban en lo más profundo de sus cuerpos, creciendo en intensidad. Cada vez estaban más cerca del clímax, sus bocas todavía pegadas, resollando por el placer.

—Voy a hacerte explotar —le susurró, embistiendo su cuerpo cada vez más rápido, ganando profundidad con cada embestida.

Ella gimió contra su boca.

—Y yo a ti —respondió, antes de dejar escapar un grito, cuando su cuerpo

se tensó placentemente y después se apretó alrededor de su virilidad, desbordándola con un orgasmo que la estremeció entera, mientras él seguía arremetiendo, buscando lo que necesitaba, cada vez más rápido. El éxtasis empezó a desgarrarlo. Unas embestidas finales más profundas y fuertes y se derramó dentro de ella.

21

Liza salió del trabajo con la emoción asentada en el pecho. El fin de semana en Lugano había resultado finalmente mucho mejor de lo que había esperado. La verdad es que no había tenido mucha ocasión de explorar los bellos rincones de ese lugar idílico que comenzaba su verano, pues, tras la comida en Elementi, había estado más interesada en seguir explorando la geografía corporal del guapo abogado que en hacer turismo. Tampoco había llevado a cabo las pruebas de comportamiento con Arthur, algo innecesario, puesto que el matrimonio por su parte había resuelto sus propias diferencias, al parecer no tan irreconciliables, tal y como les habían anunciado el domingo por la mañana durante el desayuno. Incluso la vuelta en el avión había sido más llevadera de la mano de Daniel, y no había tenido la necesidad de empastillarse y perder los papeles a 33.000 pies de altura, aunque eso poco importaba ya. El fin de semana había sido cualquier cosa menos profesional, pero a Liza le daba completamente igual. Estaba feliz y relajada.

Tenía la sensación de que era cierto eso que decían que el amor todo lo cura y, aunque no estuviera segura de que ese sentimiento tan serio se hubiera catapultado hasta su corazón de esa manera tan fortuita, la alegría y agitación que sentía desde que había estrechado lazos con el abogado se le asemejaba bastante.

Nunca había sido defensora del *instant love*, creía que era una solemne chorrada y que eso solo pasaba en las películas y en los libros románticos, pero ahora quizá debiera tragarse sus palabras. Era algo totalmente posible, si la química entre dos personas se daba. Pero no quería llenarse la cabeza de pájaros, tan solo le apetecía disfrutar del dulce momento y saciarse de Daniel hasta decir basta. Así que tal como habían quedado, tomó un taxi y se dirigió al apartamento de este con una estúpida sonrisa esbozada en la cara y un conjunto de ropa interior de encaje negro, bajo su austero atuendo de abogada seria.

No habían dejado de mensajearse durante todo el día y Liza se sentía como una quinceañera con las hormonas a más de mil. Un emoticono por aquí,

un tengo ganas de verte por allá, el último mensaje, un no puedo dejar de pensar en ti, había llegado hacía un par de horas y desde entonces el abogado había estado fuera de línea. Liza suponía que habría estado ocupado, ella también estaba bastante liada y no era plan de distraerse con esas boberías tanto rato si habían quedado en verse esa noche.

Bajó del taxi con todas las ganas del mundo y pulsó el timbre con emoción y un gran suspiro. Iba a volver a disfrutar de Daniel, de su risa, de su deliciosa compañía y, por supuesto, de su definido y fibrado cuerpo italiano.

Nadie contestó al timbrazo, tan solo se abrió la puerta y ella subió al apartamento. En cuanto el ascensor la dejó en la tercera planta, vio a Daniel esperándola en el rellano con la puerta entreabierta.

—¿Tantas ganas tienes de verme que me recibes así? —bromeó ella.

—Lo siento, no es un buen momento. —La sonrisa y alegría de Liza se desvanecieron como el humo—. Debería haberte avisado, pero se me ha ido el santo al cielo.

Ella lo miró preocupada.

—¿Sucede algo?

—Nada importante, pero hoy no podemos vernos —respondió secamente.

—¿Qué pasa, Daniel?

Antes de que este pudiera decir nada, una mujer se asomó a la puerta.

—¿Quién es, Danny? —preguntó, pero, al ver a Liza allí de morros, volvió a meter la cabeza dentro.

La abogada no podía creerlo. Miró a Daniel con los ojos cargados de ira y le dio un bofetón antes de dirigirse de nuevo al ascensor.

—Liza, no es lo que parece —dijo Danny, agarrándola del brazo.

—Déjate las frases trilladas para los guiones de cine, Greco. Es totalmente lo que parece. He venido a fastidiarte tu plan de los lunes. Tienes una agenda muy ocupada, lo entiendo. Vuelve ahí dentro con ella.

—Liza, por favor.

—Suéltame o acabaré dándote una patada directa a tu herramienta de trabajo.

Él la soltó por miedo a sufrir un ataque directo a su virilidad y Liza entró en el ascensor con un nudo en la garganta y una opresión en el pecho, que estallaron en llanto en cuanto pisó la calle.

¿Cómo había sido tan tonta? Había bajado la guardia y se la habían dado con queso. Daniel Greco era un calienta bragas que se había aprovechado de ella para echarle un mísero polvo, quizá dos o tres más, antes de que ella lo

hubiera desenmascarado. Y ahora, toda esa alegría desmedida, esos sentimientos que habían florecido como las lilas en primavera, se habían mustiado en un segundo.

Se reprendió a sí misma mentalmente varias veces, mientras se secaba las lágrimas con la manga de la chaquetita rosa de Top Shop.

Comenzó a andar como un perro desvalido. Aquello le había roto el corazón. Tenía que haber seguido su instinto y haber sospechado de Daniel después de haberla dejado plantada la primera vez, ahora hasta dudaba de que su abuela realmente hubiera muerto. Las personas sin escrúpulos eran capaces de mentir con cualquier cosa y quizá esa señora ya llevara años muerta como la abuela de Valery.

Maldito Daniel Greco, maldito Lugano y maldito matrimonio de chalados. Entre los tres le habían roto el corazón y la cuenta corriente.

Una hora después, tras tranquilizarse y entrar en una cafetería para tomarse un té con el que calmar sus nervios, recibió una llamada de Daniel, que rechazó. No estaba dispuesta a seguir manteniendo contacto con ese ser despreciable que la había engatusado para llevársela a la cama. Solo quería estar sola y recomponerse lo antes posible del golpe. Pagó la cuenta y decidió irse a casa. Había andado demasiado con aquellos tacones del demonio, pero a Liza le encantaba encajar los problemas andando sin rumbo, como si el devenir del tiempo y el aire fresco de la calle fueran a hacer desaparecer los malos tragos como por arte de magia, y, en cierto modo, así era para ella. No le gustaba demasiado estar encerrada y, aunque su casa era su refugio, en momentos bajos le parecía una cárcel.

De camino a casa, con los pies pidiendo un descanso, recibió unos cuantos mensajes del abogado. Pero sin mirarlos siquiera, bloqueó el contacto y eliminó todo rastro de Daniel Greco de su teléfono. Incluidas algunas fotos divertidas que se habían hecho el fin de semana antes de volver a Edimburgo. Pensó en lanzar el móvil al río Leith, solo de pensar que ese aparato había estado infectado de palabrería barata, venida de ese traidor, le daba escalofríos. Pero su agenda de contactos laborales echó para atrás esa idea.

Cuando por fin cruzó el umbral de su casa, lanzó los zapatos de aquella manera en el salón y se dejó caer en el sofá para seguir llorando a moco tendido, sintiéndose una perdedora en el amor y maldiciendo la especialidad en Derecho que en su día había decidido escoger y que ahora le servía de lacra para que Cupido la esquivara, convirtiéndola en una desdichada.

22

El resto de la semana fue tranquilo. Nadie notó que a Liza le pasaba algo, pues tenía un don para camuflar los problemas, y el hecho de no poder tener contacto con el abogado ayudó bastante. No se arrepentía de haberlo bloqueado, aunque sí lo echaba de menos. De la misma manera que los sentimientos hacia este habían llegado rápido, no podía decir lo mismo de cómo se iban desvaneciendo. Esos sentimientos, por muy despechada que se sintiera, se habían agarrado con fuerza a su razón y no pretendían irse de rositas de momento. Amenazaban con torturarla un poco más, hasta que sus imaginarias manos se cansaran de aferrarse a lo que fuera que le hacían.

Pero las distancias en esa profesión eran cortas y Carol, el lunes siguiente, le lanzó desde una terraza un inmenso cubo de agua helada, cuando le comunicó que el señor Blake había solicitado citarse con ella y con la parte contraria para hablar de un asunto importante.

¿De qué iba todo aquello? Creía que el tema por el momento había terminado, o eso le había dado a entender el matrimonio, aunque no de una manera formal. Solo esperaba que esos dos no hubieran vuelto a las andadas y estuvieran todavía dispuestos a divorciarse. En ese caso, no podría soportar lidiar de nuevo con Daniel Greco y la loca de Olivia Milo.

—Perdona, Carol, ¿cuándo dices que vienen?

—Mañana. He revisado su agenda y no tiene nada importante, he creído conveniente citarlos. ¿Quiere que lo cancele? —preguntó cautelosa Carol, que notó a Liza molesta con aquello.

—No, tranquila. Está bien —respondió, volviendo a su despacho para digerir la noticia. Cuanto antes se enfrentara a Daniel y pusiera fin a la relación laboral que los unía, antes podría empezar verdaderamente a olvidarlo por completo.

El fatídico momento de volver a enfrentarse cara a cara con el Viajero Despreciable estaba cada vez más cerca. Durante la noche no había conseguido pegar ojo, había dado más vueltas en la cama que una lavadora

centrifugando y se había levantado con unas ojeras tamaño pack familiar.

El café la había ayudado hasta el momento a paliar los efectos del cansancio y el hastío, pero los nervios que comenzaron a removerse en su cuerpo conforme se acercaba la hora de la cita eran harina de otro costal.

—¿Todo bien, señorita Brown? —preguntó Carol al verla dar largos paseos por el pasillo, inhalando aire como una descosida.

—Nada grave, Carol, tan solo estoy un poco nerviosa.

—En ese caso sabe que puede recurrir a mi botiquín mágico —dijo, haciendo alusión a aquellas dichosas pastillas.

—Ahora que lo mencionas, ya que no quise comentarte nada. Esas pastillas son un peligro para la salud pública y jamás deberían mezclarse con alcohol.

—Perdone, señorita Brown, pero ¿no estará usted insinuando que soy una traficante? —preguntó Carol con dramatismo, posando una de sus manos en su pecho, haciéndose la afligida.

—No digo que lo seas, tan solo que lleves cuidado con las cosas que recetas y con la automedicación. Esas píldoras milagrosas son un potente relajante muscular, además de muy adictivas.

—Son unas pastillas que me recetaron cuando mi hijo James tuvo el accidente de tráfico, las tomo solo en caso de necesidad. Tan solo quería brindarle una ayuda extra, lamento si le ocasionaron algún problema, señorita Brown. Recuerdo haberle dicho que con un dedal de alcohol harían efecto más rápido.

—Lo sé... No estoy diciendo que me bebiera una botella de champán con un par de ellas, tan solo que lleve cuidado —dijo disimulando y alejándose de la recepcionista para seguir andando por el pasillo, como si estuviera esperando la salida de alguien conocido del quirófano de un hospital.

—Entiendo —dijo Carol intuyendo que Liza se había pasado de dosis con aquellas pastillas que a ella tanto le habían ayudado y que para nada tenía en consideración como algo peligroso para nadie.

—¡Liza! ¡A mis brazos! —Kasey hizo su aparición estelar en las oficinas, en cuanto las puertas del ascensor se abrieron, dejando a Carol sin palabras, pues ya no era necesario anunciar su llegada.

—Hola, Kasey —lo saludó Liza, acercándose a este para estrecharle la mano formalmente.

—No seas sosa, Liza —le reprochó él, tirando de ella para darle un efusivo abrazo—. Los cuatro hemos pasado momentos estupendos en Lugano

para andarnos con estos formalismos. Además, que gracias a nosotros, dos personas volvieron muy acaramelados y felices, ¿verdad que sí, pilluela?

—En eso estoy de acuerdo, tú y Olivia parecíais muy enamorados.

—¡Siempre hemos estado enamorados! Me refiero a ti y a Daniel. —Liza intentó por todos los medios que no nombrara aquello delante de Carol, haciéndole gestos de los que obviamente Kasey no quiso percatarse.

—Vayamos a la sala de reuniones a esperarlos, por favor. Tú, primero —dijo, haciendo un ademán con la mano para que el cantante echara a andar hacia allí. Cuando este dio un par de pasos, Liza aprovechó que no la veía, e hizo un gesto a Carol, indicándole que su cliente estaba loco, girando el dedo índice sobre su sien.

Una vez en la sala y, tras preguntarle a Kasey si quería tomar algo, Liza se sentó frente a él.

—¿A qué se debe esta visita con tanta urgencia? Creo que al señor Greco como a mí nos quedó claro, dada vuestra actuación en Lugano, que el divorcio no era ya parte de vuestros planes.

—¿Señor Greco? Pensaba que las parejas no usaban esos formalismos, Liza... Pero si os pone.

—Si prefieres puedo referirme a él como Daniel, pero te informo que ese hombre y yo no somos nada. Además, estamos aquí para hablar de ti, no de mí.

—Vaya, es una pena. Se os veía bastante bien juntos, y ese hombre me dijo que le gustabas.

—No creo que te dijera eso, quizá fuese una treta entre vosotros dos para que pudiera llevarme al huerto.

—Para, para, para —dijo Kasey, haciendo el gesto de *tiempo muerto* con las manos—. ¿Qué clase de persona crees que soy? ¿Crees que confabularía con otro tío para que este pudiera aprovecharse de ti? —le preguntó algo molesto.

—Yo ya no sé qué pensar.

—Pues te pediría que no pensaras eso de mí. No sé qué te ha hecho ese cabroncete, pero te aseguro que yo no tengo nada que ver.

—Siento haberte ofendido, Kasey.

—Sé que tengo aspecto de ser despreciable, que todo me da igual y que soy un rebelde sin causa, pero no es así. ¡Voy a ser padre! Por el amor de Dios, es la hostia. La puta hostia.

—¿Entonces has decidido y aceptado ese hecho?

—Para eso estoy aquí. Olivia tenía una sesión de fotos y vendrá de un

momento a otro. Tenemos mucho que agradeceros a vosotros dos y hemos pensado que lo mejor sería daros la noticia cara a cara y cerrar todo este asunto.

—Estoy muy contenta de que así sea, y no pongo en duda de que seréis unos padres estupendos.

—Creo que jamás había sentido una ilusión más grande que esta, ni siquiera en el primer concierto que di estaba tan pletórico —afirmó Kasey con una amplia sonrisa. Verdaderamente se le veía contento y más humano que nunca.

—De verdad es una gran noticia.

—Lo es, pero te veo triste, Liza. Se os veía tan bien.

—Bueno, supongo que lo que rápido empieza, rápido se acaba —dijo ella, intentando no desmoronarse delante de su cliente, que ahora parecía más un amigo preocupado por ella que otra cosa.

—No siempre es así. A veces las personas tenemos circunstancias que nos impiden ver más allá. También existen los malos entendidos, los orgullos...

—Y los capullos.

—Eso también, pero permíteme decir que creo que Daniel no lo es. ¿Has hablado con él de lo que sea que os ha pasado?

—No, ni quiero. Disculpa si no estoy muy elocuente y no te cuento nada de lo que ha pasado, pero creo que remover la mierda hace que el golpe dure más de lo que debería.

—Disculpen —intervino Carol, asomando la cabeza en la sala—, la señora Blake y el señor Greco han llegado. ¿Les hago pasar?

—Sí, Carol, por favor —respondió Liza, enderezándose en la silla y tragando saliva. Había llegado el momento de enfrentarse a sus demonios.

23

Los segundos que transcurrieron desde que Carol había anunciado que Daniel ya estaba allí hasta que este entró en la sala a Liza le parecieron eternos. Tuvo tiempo de recolocarse en la silla un par de veces, sin saber qué postura adoptar, y de que la boca se le secase por los nervios.

Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba, y temía decir o hacer cualquier cosa que a él le indicara que su presencia la perturbaba. No quería mostrar debilidad ante Daniel. No podía permitírselo, o simplemente no quería. Eso era para flojas y Liza no lo era, o eso pensaba hasta que ese hombre había llegado a su vida, poniéndolo todo patas arriba. Le había robado la calma y el sosiego, y en varias ocasiones su preciado bienestar. Desmelenándose por completo, dejándose llevar por sus instintos más primarios, entre unas sábanas de algodón carísimo en una cama de Lugano.

Algunas escenas de aquellos exquisitos polvos tuvieron cabida en su mente durante esos segundos, el tiempo parecía haberse ralentizado, hasta el punto de trasladarla de tal manera hasta aquel fin de semana, que no se dio cuenta de que Daniel ya se había sentado a su lado.

—Señorita Brown —dijo él, acercando la silla hasta la mesa para dejar encima su carpeta de cuero gris.

—¿Sí? —dijo, sobresaltada y saliendo de inmediato de sus pensamientos.

—Un placer verla de nuevo —dijo cordialmente y sin apenas aguantarle la mirada.

—Qué bien volver a estar los cuatro juntitos, ¿verdad? —preguntó Olivia con su jovial actitud.

—¿Qué tal estas, Olivia? Te veo cada vez más guapa, el embarazo te está sentando de maravilla.

—Gracias, Liza. Lo cierto es que no estoy segura de poder decir lo mismo. Tienes carucha —comentó sin filtro y poniendo morritos.

—Solo es cansancio, Olivia, intentaré descansar más —le repuso, aguantándose las ganas de decirle lo grosera que podía ser a veces—. Decidnos, a qué se debe esta reunión.

—Veréis, estamos muy agradecidos, en especial a Daniel —empezó Olivia, dirigiendo una mirada cómplice a su abogado—. Por haber propuesto ese viaje a nuestra preciosa cabaña. Gracias a eso, Kasey y yo hemos reconectado de nuevo y nos hemos dado cuenta de que el amor todo lo puede. Ya no nos queremos divorciar, queremos ser unos papás fantásticos para nuestro bebé.

—Es una gran noticia, pareja. Os felicito —intervino Daniel, acelerando el corazón de Liza con tan solo escuchar su voz.

—Lo mismo digo, si en algo hemos contribuido, me alegro doblemente —afirmó Liza—. Si no tenéis nada más que decir, podríamos dar por concluida esta reunión. Tengo mucho trabajo acumulado.

—Liza, por favor. ¿Podrías dedicarnos un poco más de tu valioso tiempo? —preguntó Kasey, a lo que ella solo asintió—. Nos gustaría recompensaros de alguna manera.

—Eso no es necesario. Soy abogada, cobro por servicios legales y aquí ya no hay caso que resolver.

—¿Acaso no has resuelto el caso favorablemente? —le preguntó Kasey de nuevo con una sonrisa.

—A menos que vayáis a divorciaros, no.

—Creo que habéis resuelto algo más grandioso, nos habéis dado la oportunidad de ser una familia. Es más, nos habéis divorciado del divorcio. ¿No es fantástico? —rio Olivia que a veces también sabía decir cosas fantásticas como esa.

—Visto así... —dijo Liza dubitativa.

—Entonces no se hable más. Cariño, por favor, hazles entrega de los cheques —dijo Kasey, y una solícita Olivia sacó dos sobres de su bolso de Hermés.

—No estoy seguro de poder aceptar esto —dijo Daniel viendo la intención de la extravagante pareja.

—No te estoy pidiendo que valores el aceptarlo o no, te exijo que lo hagas —dijo Kasey—. No son unos honorarios para el bufete en vuestro nombre, es un regalo para vosotros de nuestra parte. Un regalo de amigos.

—Pero no estaría bien —terció Liza.

—¿No está bien porque estamos en el bufete o porque no somos amigos? —preguntó el cantante molesto. Era fácil adivinar cuando algo le incomodaba, pues su gesto se tornaba serio y arrugaba la frente como una oruga.

—Por supuesto que somos amigos, pero...

—Si preferís podemos ir a cenar los cuatro y os metemos los sobres en una cajita de regalo —dijo Olivia, adoptando la misma cara que Kasey. Eso de que los matrimonios acaban pareciéndose físicamente con el tiempo era cierto en su caso, salvo por las barbas que exhibía el cantante.

—No, no será necesario. Gracias —dijo Liza cogiendo el sobre. Más tarde pensaría qué hacer con él, pero no quería dilatar esa situación tan incómoda, y Daniel acabó haciendo lo mismo.

—Muy bien, chicos. De verdad os estamos muy agradecidos. Y lo de la cena no suena nada mal. Podríamos ir a un restaurante en Londres. El avión está preparado para llevarnos a donde queramos cuando queramos —dijo Kasey emocionadísimo de haberse salido con la suya.

—Te lo agradezco mucho, pero ahora mismo tengo mucho trabajo en el bufete y no puedo ausentarme. Pero estaremos en contacto, os llamaré pronto —aseguró Liza.

—¿Duermes en el bufete? Creo que por las noches te ausentarás. Podemos ir y venir la misma noche, aunque, si os apetece, podemos quedarnos a dormir en nuestro piso del Soho.

—Me refería a que por las noches tengo que adelantar trabajo atrasado. Os lo agradezco mucho, de verdad. Os llamaré pronto.

—Venga, amorcito, Liza no quiere. Deberíamos irnos —le dijo Olivia a su marido. La modelo había captado que la abogada no estaba por la labor de compartir mesa con Daniel, y de un tirón levantó a Kasey con la intención de dejarlos solos.

—Llamadnos, por favor —insistió Kasey, antes de abandonar la sala.

Liza intentó salir tras ellos, pero Daniel la frenó cogiéndola del brazo como la última vez.

—Liza, por favor.

—Suélteme, señor Greco, o gritaré.

—No lo harás, Liza. No eres esa clase de gente. Por favor, necesito hablar contigo.

—¿Para qué? Para decirme que lo sientes, que no era tu intención, que lo nuestro no era nada serio.

—No, para decirte la verdad de lo que viste ese lunes en mi piso.

—La verdad ya la sé.

—No, no la sabes. Fue algo que no pude evitar, me pilló de sorpresa, de haber sabido que venía no hubiera quedado contigo.

—Gracias, hubiera sido todo un detalle.

—No por lo que tú te piensas. Esa chica es Brooke, mi exnovia.

—Felicidades, ¿y eso a mí qué me importa?

—Te importa, si estás dispuesta a escucharme y a darme otra oportunidad.

—¿Oportunidad? Si me conoces tan bien para saber que no iba a gritar, sabrás que no suelo dar segundas oportunidades.

—Liza, esa mujer me dejó. Teníamos grandes planes de futuro y, cuando decidí venir a Edimburgo y aceptar la oferta de trabajo, ella decidió cortar la nuestro. No estaba dispuesta a seguirme y me dolió mucho. Creí que jamás iba a olvidarme de ella, hasta que apareciste tú.

—¿Pretendes darme lástima con eso y justificar que te la tiraste ese lunes en tu piso?

—¿Quién se ha tirado a quién? Eso solo lo piensas tú. Apareció sin avisar, arrepentida, diciéndome que me echaba mucho de menos. ¿Qué querías que hiciera, que la echara a la calle? Para ella también supuso un gran golpe saber que ya no estaba dispuesto a seguir con ella porque me había enamorado de otra mujer.

—¿Y por eso tuviste que acostarte con ella, para calmar su pena?

—Liza, no me he acostado con ella. ¿Quién te crees que soy? Te he dicho que eso solo te lo estás imaginando tú.

—¿Cómo sé que me estás diciendo la verdad?

—No tengo manera de demostrarlo y lo sabes, solo te puedo ofrecer mi palabra.

—No sé si creerte. —Liza tuvo que reprimir las lágrimas. Tenía enfrente al hombre del que estaba enamorada declarándole que él también lo estaba de ella, pero le costaba asumirlo tan a la ligera por miedo a que volviera a hacerle daño.

—Te pido por favor que me creas. Si fuera un cabrón que solo busca acostarse con mujeres, no necesitaría decirte que estoy rabiosamente enamorado de ti, podría salir a buscar más conquistas y serías solo una más en mi triste lista. Pero no es así, tienes el poder de hacerme olvidar cualquier cosa que me haya pasado con una mirada tuya. Olvidar los dos años que he estado con Brooke y renunciar a la que creía que era el amor de mi vida, porque creo que el amor de mi vida eres tú. Puedo parecer un loco enamorado, que es imposible enamorarse tan rápido de alguien, pero puedo verificar y tengo pruebas de ello, de que es real. Mi corazón está palpitando a mil por hora solo de tenerte cerca y mi cuerpo reacciona de esta otra con solo mirarte —afirmó, dirigiendo una fugaz mirada a su entrepierna.

—¿Estás intentando desarmarme con eso?

—No intento convencerte ni doblegarte con mis palabras, solo quiero que lo sepas y que me des la oportunidad de demostrártelo día a día.

—Daniel, yo... —A Liza le temblaban las piernas.

—Dímelo, Liza.

—Yo también estoy rabiosamente enamorada de ti, nunca creí posible que algo así fuera posible tan rápido, pero te has metido aquí dentro —se sinceró, señalándose el corazón—, y aquí —se señaló la cabeza—, y es imposible que te deje escapar, porque me encantaría poder retomar lo que empezamos en aquel tren a Glasgow. El destino lo ha querido así y habrá que hacerle caso.

Sus cuerpos se pegaron y sus bocas comenzaron a devorarse en la sala de reuniones de Lefkowitz y Maddox Asociados. Una sala que ya antes había sido testigo en primera persona del amor de otros abogados. Primero con Gene y Lewis, luego con Janice y Jack, y ahora con Liza y Daniel. Esas austeras paredes tenían muchas historias que contar y algún que otro secreto, pero siempre en pro del amor, puro y verdadero.

FIN

Y ahora un poquito de:

Amor glassé

Patty Love

1

Isabella Wilson estaba desesperada, su pequeña pastelería, inaugurada hacía tan solo dos meses en las afueras de Painswaick, no acababa de despegar. Había invertido todos sus ahorros, tras recaudar tacita a tacita, la cantidad suficiente para pagar los tres primeros meses de alquiler y fianza del local, además de una entrada más que generosa, que había salido directamente del bolsillo de su padre, y que había usado en la redecoración del establecimiento. Pero, aun así, si no conseguía pronto clientela, todo se iría al garete para regocijo de su madre, quien había vaticinado el fracaso del negocio en cuanto expuso la idea en una comida familiar.

A diferencia de su padre, que apoyaba sin objeciones a todos sus hijos, Catherine ponía pegas a todo y conseguía envolver las ideas de los demás de una negatividad capaz de dilapidar los sueños de los pobres incautos, como Isabella, que ya desde la adolescencia, había experimentado una gran satisfacción horneando todo tipo de pasteles. Por ello, y pese al disgusto que supuso para su madre, había decidido estudiar repostería en la academia Cookery School de Gloucester, obteniendo un diploma en Pastelería Profesional y especializándose en Decoración de Pasteles.

Catherine Wilson nunca había aprobado que su hija decidiera dedicar su vida a cocinar para otros, pues en su casa los roles eran diferentes. Su madre no había tocado una olla ni para simular un tambor. Hubiera preferido que se dedicara a la odontología como su padre, pero Isabella era perseverante y muy cabezota, y siempre conseguía todo lo que se proponía, pasando por encima de cualquier adversidad. Y en ese momento se encontraba en uno de esos puntos en los que la vida le ponía un reto delante, levantar su propio negocio.

—¿Para qué haces tantas tartaletas? Estás desperdiciando ingredientes para nada —le dijo Dana, su mejor amiga y ahora también compañera de trabajo.

—¿Siempre eres tan positiva? Vas a hacer que me arrepienta de haberte contratado. Para hundirme en la miseria ya tengo a mi madre —la reprendió Isabella, mirando con lástima las treinta tartaletas de manzana con caramelo

salado que le iba a tocar congelar.

Cuando abrió las puertas de Isa Deli, pensó que iba a necesitar ayuda en la tienda. No podía hornear, decorar y atender a los clientes y por ello pensó en Dana. Su amiga tenía don de gentes y una cara bonita que conferiría al local un trato agradable para con los clientes, pero la realidad era que no tenía clientes, e Isabella hacía cábalas para poder pagar a su amiga el sueldo que le había prometido, anteponiendo su bienestar económico a su sentido de la palabra.

—Sabes perfectamente que me necesitas. Si yo no estuviera aquí ya hubieras metido la cabeza en el horno —comentó Dana con los brazos en jarras y ladeando la cabeza.

—Muy graciosa, pero jamás haría semejante cosa.

—Es posible, pero si en menos de dos semanas no encuentras un tío que te ponga los ojos del revés, seguro que te lo plantearás —dijo Dana, saliendo del obrador al escuchar el aviso de la puerta de la entrada de un cliente.

Isabella no solo se sentía una fracasada en los negocios, también en el amor. Desde que había roto con su último novio hacía dos años, se había centrado demasiado en su pasión repostera y había dejado aparcado su corazón. Durante todo ese tiempo, no había necesitado vivir al cobijo de una pareja, pero la triste realidad era que, al volver a casa cada noche, sentía una leve y transitoria pena por no tener a nadie que le diera un abrazo o le levantara los ánimos a golpe de sexo. Es posible que sus partes bajas se encontraran dormidas desde hacía un tiempo, no obstante, no había olvidado lo mucho que le gustaba disfrutar de una noche de pasión con un hombre, y acurrucarse junto a él para esperar relajada la llegada de Morfeo.

—¿Tienes planes para este fin de semana? ¿Alguna cita? —preguntó Dana, entrando en el obrador tras atender al cliente.

—Ya sabes que no.

—Pues ya tienes planazo. —Dana dejó un papel sobre la encimera, levantando una nube de harina.

—¿No me habrás preparado una cita a ciegas?

—No, pero no sería mala idea. Esto es el encargo de una tarta de cumpleaños para el domingo a primera hora.

—¡No trabajamos los domingos! —exclamó Isabella, contrariada.

—La gente no cumple años cuando tú quieres. Si no la quieres hacer tú, irá a la pastelería del centro. Tú eliges —dijo Dana, volviendo a la pose en jarras que tanto le gustaba usar para destilar autoridad.

—Está bien, tampoco tengo nada mejor que hacer —admitió, tras recapacitar que su amiga tenía razón.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que pedírmelo.

—Me las arreglaré, tú disfruta de tu noche de sábado con Adam —dijo apenada.

—Isa, ¿estás bien? —le preguntó su amiga tras notar su gesto de abatimiento.

—Sí, solo es cansancio. Venga, ayúdame a meter todas estas tartaletas en el congelador.

—Todas menos una —dijo Dana, cogiendo una y dándole un gran bocado, provocando la risa de Isabella.

Continuará...